



Un
regalo
para
Emma

Patty Love



Un
regalo
para
Emma

Patty Love

©Patty Love, noviembre 2018

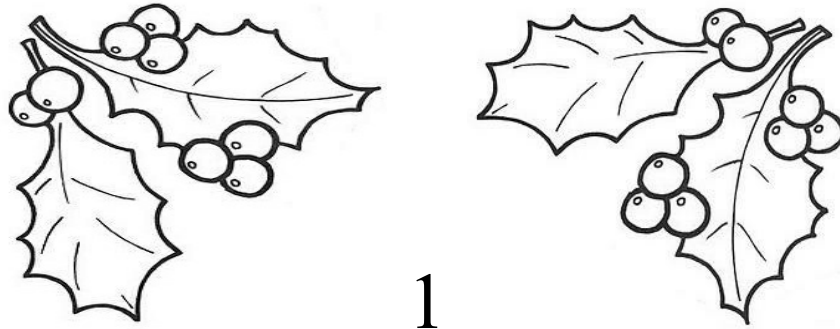
©Imagen de la cubierta e interiores: Senivpetro, Freepic.diller – FreePick

Título original: Un regalo para Emma

ISBN: 9781790463039

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



El alquiler del apartamento de Queen Charlotte Street, que Sarah Morgan compartía desde hacía cuatro años con dos amigas, se había quedado cojo tras la marcha de una de ellas. Hacía unos tres meses que Genevieve se había mudado a vivir con su novio y desde entonces solo quedaban allí Janice Stone y ella, pero por suerte Sarah había encontrado el inquilino ideal hacía un par de semanas, dispuesto a trasladarse de inmediato. Un alivio para las dos amigas, pues el alquiler que su casero, el señor McDermot, les había impuesto no era barato. Pero ningún piso por esa zona de Edimburgo lo era, así que lo llevaban con resignación, porque el piso les gustaba.

Sin embargo, a Janice, la idea de compartir piso con un hombre no le había hecho ninguna gracia desde el principio, y, mucho menos, cuando se enteró de que el nuevo inquilino traía pegado, como un pack indivisible, una niña de cinco años. Visiblemente, se le desencajó la cara nada más escuchar la noticia.

—Tenemos que hablar, Sarah —le dijo Janice a Sarah en un tono dramático.

—Si vas a volver a quejarte respecto a la llegada de Jude al piso, te recuerdo que se mudan mañana y ya han pagado el mes.

—No es eso. ¿Quieres sentarte de una vez? —le pidió, ofreciéndole una taza de café en la cocina.

—Dispara. —Lo que tuviera que contarle Janice le intrigaba.

—Me voy del piso.

—¿No crees que estás siendo muy exagerada con lo de Jude y Emma?

—No es por ese chico y su hija, no soy tan horrible. Jack y yo hemos

pensado convivir antes de la boda. Solo faltan unos meses y creemos que pasar las Navidades juntos afianzará mi relación con su madre. Sabes que me odia, bueno, ya no tanto, pero esa mujer es difícil de contentar —le explicó Janice. Sabía que su deseo de marcharse no llegaba en un buen momento, pero tenía decidido que quería vivir con Jack y más después de todo lo que habían pasado.

—¿Me abandonas? ¿Y si ese Jude es un loco asesino?

—Si lo es, te hubiera matado ya —le repuso Janice riendo—. Ya sabes que voy a casarme. —No pudo evitar exhibir el anillo de compromiso ante los ojos de una triste Sarah—. No pensaba quedarme a vivir aquí eternamente. Además, las dos sabemos que le ofreciste la habitación a Jude porque ese tío te gusta.

—¡Eso no es cierto! Lo hice por nuestra economía —replicó Sarah, sonrojándose por momentos.

—A otra con ese cuento, amiga. No te discuto que necesitábamos alquilar esa habitación como agua de mayo, pero ese tal Jude te gusta. Y no me sorprende, es un hombre muy guapo —comentó Janice, moviendo las cejas de arriba a abajo.

—Si tú lo dices.

—Te recuerdo que me lo dijiste tú. Tus palabras textuales fueron: «Vale, puede que me guste un poco, pero la situación es complicada».

—Vaya, ¿desde cuándo tienes tanta memoria? —le espetó Sarah irónicamente.

—¡Desde siempre!

—Entonces ¿recordarás que hoy te toca limpiar el baño? Mientras sigas viviendo aquí, tendrás que seguir haciendo tus tareas —dijo Sarah levantándose de la mesa.

—Venga, Sarah, no seas tan melodramática. Solo te intento decir que, si ese chico te gusta, lo vas a tener para ti solita en el cuarto de enfrente, y si no quieres que te lo quiten puedes alquilar mi habitación a otro chico —gritó Janice para que la escuchara.

Sarah había conocido por casualidad a Jude Myers en Whistlebinkis, un pub de la ciudad. La primera vez que se vieron fue de manera casi fugaz, pero ambos tuvieron el suficiente tiempo para intercambiar los números de teléfono. Jude le había dicho que buscaba piso en la ciudad y Sarah no había dudado en ofrecerle la habitación libre del apartamento, no por su evidente

atractivo físico, sino porque era lo más ético dadas las circunstancias del chico.

Unos días después de aquello, Jude le escribió un mensaje y Sarah quedó con él en una cafetería del centro para hablar. Era preciso comprobar previamente que no se trataba de un maleante o un psicópata en potencia. Ese día, al abrigo de un buen café, Jude le contó por encima su vida. Era de Ohio, pero hacía ocho años que vivía en Edimburgo, algo que le sorprendió, pues no quedaba ningún atisbo en su acento de que fuera americano. Pero aquello no fue lo que más sorprendió a Sarah: Jude no se mudaría solo. Tenía una niña de cinco años llamada Emma. Sarah fue prudente y no quiso preguntarle por su madre, supuso que no estaba presente en sus vidas, pero no quiso indagar más, no era de su incumbencia. Jude le contó que estaban pasando una mala época económica y que no podían pagar un piso para ellos solos. Sarah, de carácter bondadoso, no lo dudó ni un solo segundo y le ofreció la habitación libre sin darle más vueltas al asunto. Jude parecía una buena persona y quedaron otro día para que conociera a Emma. Sería lo mejor para la niña, ya que tendría que adaptarse al cambio de vivir con una completa desconocida.

Desde hacía dos semanas pasaba algo de tiempo con ellos. Emma era una niña encantadora. Tenía la gracia de cualquier niña de cinco años en la forma de hablar, pero un sorprendente intelecto para su edad. Jude parecía estar haciéndolo bien como padre en una situación de esas características y eso acabó de conquistar el corazón de Sarah.

Jude le gustaba, pero era consciente de que la cosa sería complicada. Además, no había recibido señales claras de que a él también le atrajera ella. Iban a ser compañeros de piso y la prioridad, en ese momento, era que Emma se sintiera lo más cómoda posible en su nuevo hogar con las dos amigas.

Janice, sin embargo, no había tenido tiempo de interactuar con ellos. Algunas tardes, padre e hija habían ido al piso para que Emma se fuera familiarizando con la casa, pero no habían coincidido con su amiga que, entre la carrera de medicina y su trabajo en una cafetería del Old Town, pasaba poco tiempo en casa. Sarah, tras conocer la noticia de su pronta marcha, sospechaba ahora que Janice no había tenido nunca intenciones reales de estrechar lazos con aquellos dos desconocidos, poniendo como excusa la falta de tiempo.

Con una amarga sensación, Sarah se marchó a su trabajo en una tienda muy variopinta de suvenires, donde se podía encontrar prácticamente de todo. A diferencia de sus amigas, ella no tenía una carrera universitaria que terminar o

un trabajo de éxito, pero era feliz consigo misma y le encantaba el trato con la gente. Siempre había soñado con ser escritora y de vez en cuando escribía relatos y leía libros románticos que la hacían soñar. Era una mujer de grandes sentimientos, quizá demasiado intensa para temas del corazón. Algo que acababa siendo su némesis en las relaciones, pues nunca encontraba el príncipe azul de los cuentos que se montaba en su cabeza.

La idea de que Janice abandonara el piso la dejaba bastante desolada, había pensado que, con ella, tanto el mantenimiento de este como la convivencia con Jude y Emma, serían más fáciles. Pero su marcha le dejaba poco margen de actuación para pagar el alquiler y tendría que buscar otro inquilino, dispuesto, además, a convivir con una niña.

—¿Qué te pasa, Sarah? Te noto rara esta mañana —le dijo Mary, su compañera de trabajo.

—Nada, preocupaciones del día a día. Nada grave —respondió Sarah, llenando una cesta de guirnaldas navideñas.

—Sabes que puedes contármelo, las penas compartidas son menos penas —le repuso Mary, colocándose una diadema con cuernos de reno y poniendo una carita sonriente.

—Janice se va del piso y mañana se mudan los nuevos inquilinos. Tendré que buscar a alguien para ocupar la habitación que se queda libre.

—Si mal no recuerdo, el piso tiene tres habitaciones y, si dices inquilinos, es porque son más de uno.

—Sí, vienen en pack.

—¿Como las bolas de Navidad?

—Más o menos —rio Sarah—, más concretamente una bola pequeña y una grande.

—No te pillo.

—El nuevo inquilino viene con su hija Emma, van a compartir la habitación. Digamos que la niña no paga, ¿me comprendes ahora?

—Ajá, así que vas a acoger a un papi soltero.

—Exacto.

—¿Y está bueno? —preguntó Mary mientras colocaba unas cajas de velas en la estantería.

—¿Qué importancia tiene eso?

—¡Mucha! No es lo mismo ver en pijama a Danny de Vito que a Joe Manganiello.

Sarah no pudo evitar soltar una carcajada ante tal ocurrencia y dijo:

—¡Eres la monda! ¿De dónde te sacas esas cosas?

—Me salen solas —respondió Mary, encogiéndose de hombros.

—Tú no necesitarás cambiar de aires y mudarte a otro piso, ¿verdad?

—No, lo siento. Además, Tom me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos.

—¿Qué tengo yo de malo? Todo el mundo encuentra su media naranja menos yo —se lamentó Sarah, soltando un bufido.

—Tú eres estupenda —dijo Mary, posando una mano en su hombro—. Algún día llegará el adecuado y, cuando eso suceda, vivirás una historia de amor llena de emociones y pasión.

—¿Tú crees?

—Lo creo, además, estamos casi en Navidad, y ya sabes que en Navidad suceden siempre cosas mágicas.

—Si tú lo dices —dijo Sarah, acabando de rellenar la cesta de guirnaldas para ponerlas en la entrada de la tienda.

—¿Y lo tuyo? —preguntó Mary desconcertando a Sara, que dejó las manos quietas para centrar la mirada en ella.

—¿Qué es exactamente lo mío?

—¡La escritura, mujer! No me mires así.

—Es que nunca sé por dónde vas a salir. —Sarah le repuso con una sonrisa, volviendo a la tarea.

—Antes no parabas de hablar de ello. Intuyo que estás un poco decepcionada.

—Lo estoy, y mucho. Vine aquí pensando que estar en la capital me abriría más puertas. Tenía una realidad bastante distorsionada entonces. —Hizo una mueca de disgusto—. Creía que aquí conocería a gente importante. ¡Ya ves! Pensamientos de juventud exacerbados.

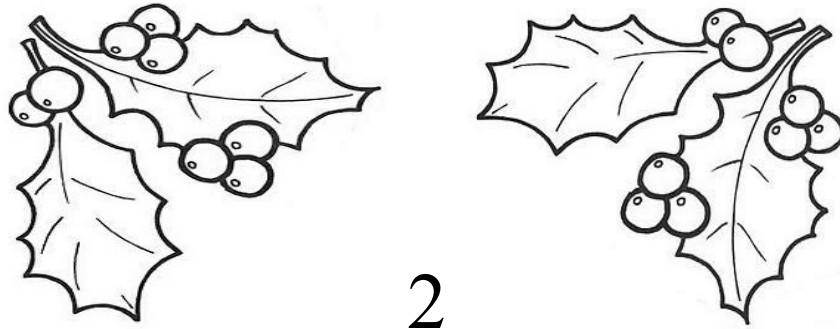
—Perdona, pero has conocido a gente muy importante..

—¿Sí? ¿A quién?

—A mí y a Robert. No olvides que es un gran empresario que heredó un imperio de imanes y figuritas de cerámica baratas.

—He de darte la razón. Eres muy importante para mí —dijo, tras reír con sus ocurrencias

—Ahora, ánimo, amiga. Nunca sabes cuándo surgirá la oportunidad de tu vida, en lo profesional y en el amor.



Sarah se pasó aquella tarde adecentando el piso sin la ayuda de nadie. Janice había aprovechado la mañana para embalar sus cosas y había dejado las cajas de cualquier manera desperdigadas por el salón. Al parecer, su amiga tenía demasiada prisa en abandonar el que había sido el hogar de ambas durante varios años, pero estaba enamorada y comprometida, y Sarah lo entendía. Era algo que ella anhelaba. Sus últimas relaciones no habían salido demasiado bien, Sarah se había hecho falsas ilusiones y ellos la habían desechado como novia formal. Siempre había sido un mero entretenimiento para los hombres por su belleza exótica. Sarah era mulata de ojos azules y tenía un cuerpo escultural por genética. Mucha gente le había dicho que bien podría ser la Beyoncé escocesa, un apelativo que a ella le sonaba un tanto exagerado.

Cuando terminó de hacer las tareas del hogar, se sintió muy satisfecha. Era muy pulcra con la limpieza. Se preparó una taza de té y cogió el libro que estaba leyendo de la mesa de centro. Leer la ayudaba a calmar los nervios que le provocaban ciertas situaciones, y la llegada de sus nuevos compañeros de piso al día siguiente era una de ellas.

El despertador sonó a las siete de la mañana. Jude le había escrito un mensaje, antes de que se quedara dormida libro en mano, diciéndole que llegaría al piso después de dejar a Emma en el colegio. Hizo la cama, se dio una ducha y preparó café. También calentó unos scones en el horno, pues le encantaba el olor a repostería en las casas, ya que le confería un ambiente acogedor y hogareño.

Mientras esperaba, aprovechó para sacar los adornos navideños del atilillo de su armario. Supuso que a Emma le encantaría decorar con ella la casa, una actividad divertida que ayudaría a paliar el efecto del primer día en la mente de una niña. Al fin y al cabo, estaban a 30 de noviembre, las fiestas estaban cerca y las calles de Edimburgo ya estaban engalanadas para tal fin. El Christmas Market de George Street ya había abierto sus puertas y el mercado navideño de East Princes Street Garden se desplegaría, en el corazón de la ciudad para deleite de todos, tan solo un día después.

A Sarah le encantaba la Navidad, sobre todo pasarla con su familia en Fort Augustus, un pueblecito encantador en las Tierras Altas de Escocia, al sudoeste del lago Ness.

Su madre no tardaría en llamarla para darle instrucciones de cómo serían las fiestas ese año, cuánta gente iría a comer a casa el día de Navidad, los regalos, el día de producción masiva de dulces navideños, hasta los villancicos con los que iban a amenizar la velada de Nochebuena. En su familia se tomaban muy en serio las Navidades, era la típica familia que compartía el mismo modelo de jersey tejido para la ocasión, y estaba deseando saber cuál era el modelito en el que su madre había estado trabajando todo el año. Sheila tejía los jerséis de todos sus hijos, teniendo en cuenta sus tallas. Para ello, en marzo, les hacía medirse por si había habido algún cambio importante en sus cuerpos.

Pensar en eso provocó que Sarah esbozara una sonrisa, los echaba de menos y tenía muchas ganas de ver a sus padres y a sus tres hermanos.

Esa mañana había pedido incorporarse más tarde al trabajo, aprovechando unas cuantas horas extras acumuladas que le debían. A las nueve y media, tal y como Jude le había dicho la noche anterior, llamó al timbre y poco después entró en el piso, cargando dos maletas de descomunales dimensiones.

—¿Has metido toda tu vida en esas maletas? —preguntó Sarah, a la vez que intentaba arrastrar una de ellas dentro del apartamento.

—No, faltan algunas cajas con objetos personales y los juguetes de Emma. Espero que no te importe, pero me temo que invadirá el salón con sus coches y juegos.

—¿A Emma le gustan los coches?

—Son su pasión, no habla de otra cosa. Es una niña muy peculiar —respondió Jude parándose en el salón. Aquel hombre era imponente, sus dimensiones eran impresionantes. Era tan alto que daba la sensación de que se

golpearía la cabeza con los dinteles de las puertas y tan ancho de hombros que no pasaría por estas, pero eso solo era una impresión, pues pudo entrar al apartamento sin ningún problema. Sin embargo, Sarah, viéndolo parado ante ella, tan grandioso y apabullante, no pudo evitar pensar en lo frágil que podría parecer ella entre sus brazos, ya que daba la impresión de que Jude podría tomar en brazos a cualquier mujer y moverla a su antojo como si se tratara de un bastón de *majorette*.

—Es una niña estupenda —convino Sarah riendo, tratando de disimular el azoro que la había invadido, al pensar en Jude de aquel modo tan poco procedente en ese momento—. Espero que se sienta a gusto aquí.

—Seguro que sí, se adapta muy bien a los cambios. Es una niña muy valiente, hemos pasado mucho y lo ha sobrellevado de maravilla.

—Lo supongo —dijo Sarah, haciéndose cargo de que algo malo debió pasarles en el pasado—. Pasa, no te quedes ahí parado, ahora esta es tu casa.

—Lo sé, lo siento, es todo tan extraño —dijo Jude mesándose el oscuro cabello y produciéndose justo el efecto contrario, pues se lo dejó adorablemente revuelto. Sarah de nuevo tuvo un pensamiento poco oportuno. ¿Qué se sentiría si esas fuertes manos la acariciaran a ella? Eran tan grandes que podrían abarcar centímetros y centímetros de piel.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó intentando alejar esos pensamientos de su cabeza.

—No me malinterpretes. Es extraño por la manera en que nos conocimos. Aún recuerdo lo *simpática* que fue tu amiga y pensar que ahora tendré que convivir con ella.

—Bueno, ya no tendrás que hacerlo, Janice se marcha.

—¿Por mí?

—No, no digas esas cosas. Janice tiene mucho carácter, pero es buena persona. Se va a vivir con su prometido.

—Entonces me dejas más tranquilo. No querría suponer una molestia en esta casa y mucho menos provocar una discusión entre tu amiga y tú —Jude opinó sinceramente, aunque alegrándose en el fondo de que la amiga de Sarah se marchara pronto, pues no habían hecho demasiadas buenas migas lo poco que se habían visto.

—Las discusiones con mi amiga se provocan solas, créeme —rio Sarah—. ¿Te apetece un café?

—Sí, por favor, esta noche no he dormido muy bien.

—He pensado que la habitación que se va a quedar libre puede

quedársela Emma —dijo Sarah, ofreciéndole un café y un scone.

—Gracias, pero ya sabes que ando justo de presupuesto. Puedes realquilarla a otra persona si quieres —le propuso él. Pagar el precio de una única habitación ya le suponía un esfuerzo importante, pero merecía la pena por el apartamento, la zona y Sarah, que parecía una buena chica y había congeniado enseguida con Emma. La pequeña necesitaba estabilidad y alguien que se ocupara de ella como era debido.

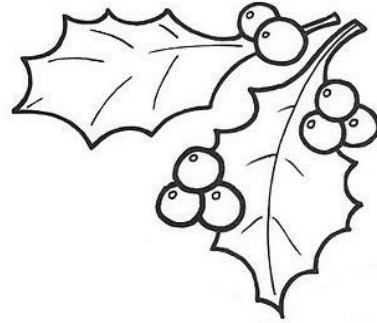
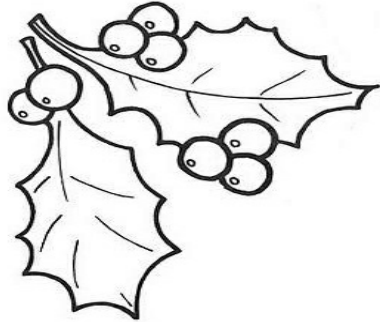
—No pensaba cobrártela y tampoco tengo pensado meter a cualquiera con Emma en el piso —dijo Sarah un poco ofendida—. La niña necesita una seguridad.

Jude suspiró de alivio por dentro. Sarah era precisamente lo que necesitaba para Emma.

—Es muy amable por tu parte, pero deberías buscar a alguien para esa habitación, mientras tanto me haré cargo también de esa parte. Tengo algunos ahorros y puedo tirar de ellos

—Tranquilo, nos apañaremos. Bébete el café. Luego te enseñaré la habitación. Janice aún no se ha marchado del todo, pero en un par de días podremos instalar a Emma y a sus coches.

A las once, Sarah entregó una copia de las llaves a Jude y se despidió para ir a la tienda. Él se quedó en su nueva habitación deshaciendo las maletas, las otras cajas las recogería por la tarde, a la vuelta de recoger a Emma del colegio. De entre los enseres personales y la ropa sacó una botella de *bourbon*, desenroscó el tapón y le dio un largo trago que acabó con un resoplido. La bebida era su talón de Aquiles, algo que le estaba costando superar desde que la madre de Emma desapareció de sus vidas.



Esa tarde, cuando Janice entró en el piso, sin recordar que Jude y Emma acababan de instalarse, se encontró a una niña sentada frente al televisor viendo dibujos animados. Eran las ocho de la tarde y Sarah todavía no había vuelto del trabajo.

—Hola. ¿Eres Emma? —le preguntó, dejando las llaves en el mueble de la entrada.

—Sí, y tú debes ser la chica que va a dejarme su habitación, papá me lo ha contado —le respondió, sin apartar la vista del televisor.

—Sí, supongo que esa soy yo. Me llamo Janice. ¿Dónde está tu papá?

—Ha bajado a comprar unas cosas, no tardará mucho, pero, si lo hace, la señora Goldberg vendrá a cuidarme.

—¿Quién? —Janice la miró sin entender a quién se refería la pequeña.

—Nuestra vecina, siempre que papá sale y llega tarde a casa ella me cuida. Pero la última vez se enfadó mucho con él, supongo que por eso hemos tenido que mudarnos.

—Entiendo, pero no creo que esa señora sepa dónde estás —dijo Janice, que en realidad no entendía nada.

—¿Has venido tú a cuidarme?

—No, yo he venido a recoger unas cosas, pero supongo que estaré un rato por aquí.

—Vale —dijo la niña, volviendo la mirada hacia el televisor.

Janice no entendía muy bien a qué se refería Emma con todo aquello, pero no parecía nada bueno. Llamó a Jack y le dijo que se retrasaría, no podía dejar a la pequeña sola en el piso, esperaría a que Sarah volviera del trabajo para

comentarlo con ella.

—¿Quieres que te prepare algo para comer? —le preguntó media hora después.

—Un vaso de leche con galletas estaría bien.

—Eso está hecho —dijo Janice, esbozando una sonrisa a aquella pobre niña.

Poco después de haberle servido la leche a Emma, Sarah entró en el piso y se sorprendió de ver a Janice conversando con la niña en el sofá de manera divertida.

—Hola, no esperaba encontrarte aquí —le dijo a Janice.

—Hola, Sarah. Janice ha sido muy buena conmigo y me ha hecho la cena —dijo Emma que ya conocía a Sarah y le caía genial.

—Es que mi amiga es una canguro estupenda. Lástima que no vaya a quedarse con nosotros en el piso.

—Me lo ha dicho papá, pero podré quedarme con su habitación y montar mi pista de carreras.

—Ya lo ves, soy una mujer muy generosa —dijo Janice, levantándose del sofá y haciendo un gesto a su amiga para hablar en privado.

Sarah dejó el bolso y se quitó el abrigo, luego siguió a Janice hasta la cocina.

—¿Dónde está Jude? —preguntó Sarah sirviéndose un vaso de agua.

—Eso me gustaría saber a mí. He venido de casualidad y me he encontrado a la niña sola en el piso. Me ha dicho algo de una vecina que la cuidaba cuando su padre salía hasta tarde y sobre una pelea. No he querido indagar, porque los niños tienen una imaginación pasmosa, pero me temo que ese amigo tuyo esconde algo raro.

—¿Ha dejado a la niña sola?

—¿Tú ves a su padre por aquí?

—No.

—Pues no preguntes obviedades. ¿A quién has metido en este piso, Sarah? Ahora me voy intranquila.

—Hablaré con él, no tardará mucho en llegar. Las veces que he quedado con ellos, me pareció un padre responsable. Debe haber una explicación lógica para todo esto.

—Pues encuéntrala y, si tienes algún problema, llámanos, por favor.

—Descuida.

Janice se despidió de Emma y volvió a advertir a su amiga que llevara

cuidado. Lo que había pasado no era algo normal, nadie dejaba sola a una niña de cinco años tanto tiempo.

Pasaron un par de horas y Jude seguía sin aparecer. Sarah pensó que Emma debía acostarse, tenía colegio al día siguiente y no eran horas para que una niña estuviera despierta.

La obligó a lavarse los dientes con la yema de los dedos, puesto que no encontró sus cosas de aseo, y luego rebuscó en una de las maletas aún sin deshacer y le colocó un pijama.

—¿Me contarás un cuento? —le pidió la niña—. La señora Goldberg lo hacía.

—En ese caso debo hacerlo, no es bueno perder las buenas costumbres —le dijo arropándola.

—¿Puedes acostarte a mi lado? Mi amiga Chloe me dice que su madre se acuesta con ella hasta que se queda dormida.

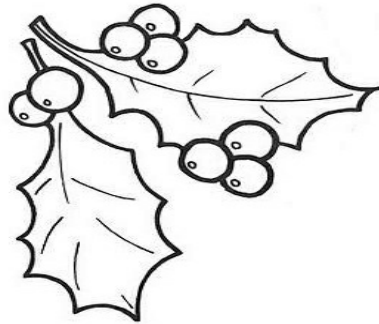
—Está bien, pero no debes acostumbrarte o tu padre se pondrá celoso, seguro que a él le encanta dormir contigo —respondió Sarah, a la que la niña había inspirado una gran ternura.

—No lo hace nunca, no creo que se moleste —repuso Emma con ojos tristes, poniendo en alerta a Sarah.

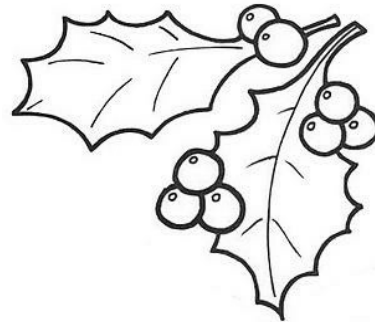
—Venga, hazme un hueco —le dijo a la niña.

Emma se acurrucó contra ella y Sarah le contó un cuento que su padre solía contarle cuando era pequeña, el único que apenas recordaba por la nostalgia de aquellos tiempos en los que verdaderamente se sentía la princesa de su casa. Convivir con tres hermanos varones la dotaban de ciertos privilegios, como ser el ojito derecho de su padre. Peter Morgan había sido un padre excepcional, trabajador y entregado a su familia, y sintió pena por Emma, que claramente estaba algo falta de esas cosas.

Tras contarle el cuento y sintiéndose arropada por los bracitos de esa niña que la abrazaba, ambas cayeron dormidas sin percatarse de que Jude había entrado en el apartamento dando tumbos hasta el sofá.



4



A la mañana siguiente, Sarah se levantó sobresaltada. Era temprano, aún estaba el cielo oscuro. Miró su reloj de pulsera para comprobar la hora que era, pero no consiguió ver nada. A su lado, Emma seguía durmiendo plácidamente, así que no quiso encender la lamparilla de la mesita para no despertarla.

Se levantó sigilosamente y se percató de que aún llevaba la ropa del día anterior. Salió de la habitación y encendió las luces del salón, encontrándose la lamentable escena. Jude estaba tendido en el sofá con un brazo colgando. El olor a alcohol podía respirarse en el ambiente cerrado. Volvió a mirar su reloj, eran las seis y media. Se acercó a él y repasó las facciones de Jude detenidamente.

Era un hombre tremendamente guapo y fuerte. El cabello oscuro le caía con gracia sobre la cara, no era largo, pero tampoco corto. Le dio lástima verlo así, pero estaba enfadada por su comportamiento para con su hija y, en consecuencia, con ella misma.

Le dio unos golpecitos en el brazo para que se despertara, solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba en esa incómoda postura.

—Jude, despierta —dijo sin elevar la voz—. Jude, levántate, por el amor de Dios —le dijo una segunda vez con un poco más de énfasis.

Ninguna de las dos veces hizo ademán de despertarse, ni siquiera se había movido un ápice. Sarah, ni corta ni perezosa, fue a la cocina y llenó un vaso de agua. Iba a utilizar la técnica más antigua para despertar borrachos y, cuando estuvo a su altura, no dudó ni un segundo en derramarle el contenido del vaso en la cara.

—¡Joder! —exclamó, sobresaltado, dando un brinco en el sofá—. ¿Tú estás loca?

—¿Y tú? ¿Eres consciente de lo que has hecho? —inquirió Sarah, dejando el vaso en la mesa y cruzándose de brazos después.

—¿Qué narices he hecho, dormir en el sofá? ¿Está prohibido y es una extraña regla de esta casa?

—No digas sandeces. No llevas aquí ni veinticuatro horas y dejas a Emma sola, sin cenar y sin acostar para irte de borrachera.

—No me he ido de borrachera, fui a hablar con un tío sobre un trabajo y se complicó un poco la cosa. Supuse que estarías a punto de llegar a casa y podrías encargarte de Emma.

—La próxima vez avisa. ¿No sabes lo que es el teléfono móvil? —le espetó Sarah, que no sabía si la versión que le estaba dando Jude era sincera.

—Lo siento, no pensé en eso, ha sido un error por mi parte.

—Por suerte Janice vino a recoger unas cosas y se quedó con ella hasta que llegué yo. Tenemos mucho lío en la tienda de suvenires con la campaña de Navidad.

—¿Vendéis artículos navideños en una tienda de suvenires? —preguntó él, quitándose el jersey empapado y dejando a la vista su imponente torso.

—Es una tienda muy peculiar, mi jefe vende de todo, también tenemos una sección de chocolates —respondió Sarah, desviando la mirada, la imagen de Jude en esa tesitura la ponía nerviosa.

—Creo que debería darme una ducha —dijo él, examinándose el cuerpo, provocando que Sarah se sonrojase.

—No te vendría mal. Supongo que la masiva ingesta de alcohol se debe a que conseguiste ese empleo.

—Más bien lo contrario. Me vine un poco abajo y me bebí un par de copas. No creas que es algo que hago habitualmente —dijo Jude arqueando una ceja.

—No, yo no he sugerido tal cosa.

—Está bien, voy a darme esa ducha. Luego prepararé el desayuno para compensarte. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —convino Sarah.

Sarah aprovechó para despertar a Emma, supuso que debía prepararse para ir al colegio. La situación con Jude tenía una explicación, no era del todo convincente, pero supuso que todos cometíamos errores alguna vez.

—Emma, despierta. Es hora de prepararse para el colegio.

La pequeña abrió los ojos y se activó en segundos. Era sorprendente la capacidad de carga de energía que tenían los niños. A Sarah le costaba una eternidad desperezarse y poner un pie fuera de la cama.

—¿Ha llegado ya mi papá? —preguntó mientras Sarah le iba quitando el pijama.

—Sí, se está dando una ducha y ha prometido hacernos el desayuno.

—Mi papá no sabe hacer eso, solo sabe servir cereales en un bol —le repuso la niña con una mueca.

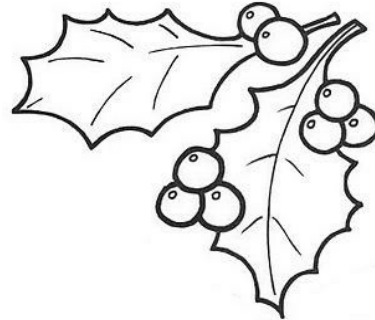
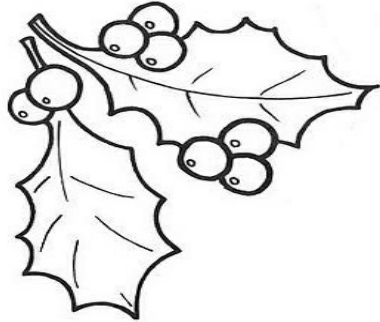
—¿Acaso no es eso un desayuno? —dijo Sarah restándole importancia al asunto, a la vez que le daba un toque con el índice en la diminuta nariz.

—Supongo —respondió la niña encogiéndose de hombros.

—Vamos a buscar algo de ropa tuya en esa gran maleta.

—Hoy quiero ponerme los pantalones rosas y mi sudadera de Mario Kart.

—Pues empecemos a buscarla o te quedarás helada.



Tal y como había vaticinado Emma, el desayuno que había preparado Jude se limitaba a unos zumos de naranja de tetrabrik y un bol de cereales.

—¿Y el café? —preguntó Sarah.

—No he encontrado la cafetera, lo siento —dijo Jude, sorbiendo de su vaso.

—Papá, ¿lo pasaste bien anoche? —preguntó Emma con toda la inocencia del mundo.

—No, cariño. Papá estaba triste, porque no conseguí ese trabajo. —Jude miró a Sarah mientras contestaba a su hija.

—Lo siento, papi.

—No te preocupes, cariño. Papá acabará encontrando algo —dijo él, acariciando su cabecita.

—¿No trabajas en nada? Entendí que estabas de mozo en un almacén —dijo Sarah, poniendo la cafetera al fuego.

—Lo estaba, pero me despidieron. Recortes de personal.

—Tendrás paro, ¿no?

—Sí, tengo paro. ¿A qué viene esa pregunta? —preguntó molesto.

—Preocupación.

—¿Preocupación de que no podamos pagarte el alquiler?

—No, no. Preocupación por ti y por Emma.

—No te compadezcas de nosotros. Odio que la gente sienta pena por nosotros —dijo Jude muy a la defensiva.

—No entiendo esa actitud después de todo —contestó Sarah con el corazón acelerado. No le gustaban las salidas de tono y mucho menos discutir

—. Vigila el café, si es que puedes. He de ducharme y prepararme para ir a trabajar —le pidió antes de marcharse de la cocina.

A Sarah se le había revuelto el estómago con aquello. No entendía cómo podía ponerse así con ella después de su buena voluntad con él y su hija. Igual Janice tenía razón y haberle ofrecido cobijo no había sido una buena idea. Ahora no podía hacer nada, no podía pedirle que se marcharan, no por el bien de Emma que no tenía culpa de nada.

Cuando salió de la ducha, Jude y Emma ya se habían marchado al colegio. Pensó que ahora podría tomarse ese ansiado café tranquila. Cuando llegó a la cocina se encontró una taza servida con una nota: «Lo siento».

Ese día, el Old Town era un hervidero de turistas deseosos de recuerdos de la ciudad. El artículo más demandado durante todo el año eran los imanes de nevera. Baratos y fáciles de transportar en una maleta sin ocupar espacio. Pero, en esa época del año, la cosa cambiaba y el producto estrella eran los adornos navideños con la bandera escocesa o las figuritas de Mary, reina de los escoceses, para el árbol. Sacaban cajas de diez unidades del almacén cada cinco minutos.

—¿Por qué querría un japonés poner la figurita de María Tudor en su árbol de Navidad, acaso celebran la Navidad? —preguntó Mary, mientras llevaba al mostrador otra caja de figuritas para entregar a los clientes sedientos de gastar dinero.

—Supongo que la Navidad se ha vuelto una fiesta muy pagana y todo el mundo la celebra. Lo mismo que tú comes sushi una vez a la semana sin ser japonesa —le repuso Sarah, sin perder la sonrisa hacia el cliente al que le estaba empaquetando las compras.

—El sushi es el plato estrella de las dietas para bajar de peso de medio mundo. La Navidad es mucho más perjudicial. He visto matarse a familias enteras mientras trinchan el pavo —dijo Mary haciendo una filigrana con la mano.

—¿Tienes argumentos para todo?

—Para casi todo. No entiendo qué hay de bonito en los platos de cerámica con la cara estampada de Camilla Parker Bowles.

—Eso es un gran misterio. Deberías indagar sobre ello —le dijo Sarah, entregándole el tique de compra al cliente.

—Lo haré. Ahora me voy corriendo a la sección de chocolates. Hace diez minutos que me avisaron de una emergencia de Cranachan, y Robert nos está

mirando mal.

—Anda ve, nos vemos a la hora de comer —dijo Sarah, pensando en que su trabajo en la tienda se hacía más llevadero gracias a Mary y su buen sentido del humor.

A las doce y media, Sarah y Mary salieron para hacer su descanso de una hora en un pub cercano donde servían buena comida.

—¿Qué tal con el nuevo inquilino? —preguntó Mary, hincándole el diente a un succulento sándwich de pavo y bacon.

—Si te soy sincera, creo que me he equivocado con él.

—¿De veras? Creí que habías estado conociéndolo un poco y te parecía maravilloso. ¿Qué ha pasado?

—¿Que no ha pasado, dirás? Porque ha pasado de todo en menos de veinticuatro horas. No sé cómo no lo he echado de la casa esta mañana.

—Eso suena bastante grave. ¿Montó una juerga con strippers? ¿Vende droga? ¿No tenía una niña? —preguntó Mary, extrañada.

—No montó una fiesta en casa, sino fuera de casa. Y sí, tiene una niña, a la que dejó sola y de la que tuve que hacerme cargo hasta esta mañana. Me encontré a Jude tirado en el sofá durmiendo la mona —respondió Sarah chasqueando la lengua muy enfadada.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—Pues deberías hablar con él. Eso no es ni medio aceptable.

—Lo he hecho y me ha contado una historia poco convincente. Esta mañana estaba muy a la defensiva conmigo. Tengo claro que, si vuelve a repetirse algo así, tendré que tomar una determinación, aunque me pese. Pienso en Emma y se me encoje el corazón.

—Vaya, también me dijiste que el tío te gustaba.

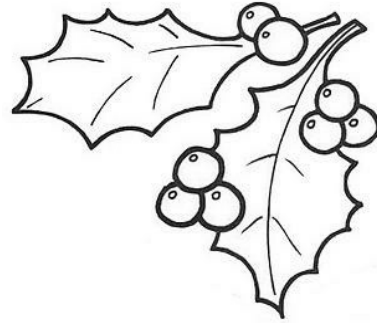
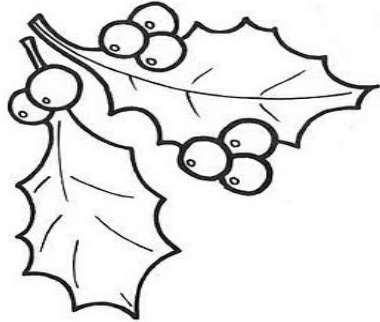
—Sí, no voy a negarlo. Pero ahora mismo no le guardo mucha estima. Supongo que habrá que darle el beneficio de la duda.

—Igual tuvo un mal día, deberás observarlo.

—Y eso haré. Espero encontrarlo en casa cuando llegue, haciendo las tareas con su hija. Yo puedo echarle una mano de vez en cuando, pero no es mi obligación.

—No, no lo es. Pero prométeme que harás lo correcto por el bien de esa niña. No puedo soportar cuando los niños se ven involucrados en los problemas de sus padres —comentó Mary, adoptando su lado más humano.

—Eso por descontado.



Cuando Sarah llegó a casa, el alivio de ver a Jude con Emma, jugando en el salón con unos coches, le invadió todo el cuerpo. Lo del día anterior debía ser algo esporádico, siempre había visto a Jude como un buen padre, y hoy había vuelto a su faceta más familiar.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo, con una sonrisa espléndida, poniendo los brazos en jarras.

—¿Estamos haciendo una carrera? —comentó Emma.

—¿Y no hay ningún coche para mí? —le preguntó Sarah dejando la bufanda y el abrigo en el perchero de la entrada.

—Claro que sí, puedes elegir cualquiera de estos —respondió la pequeña, mostrándole tres coches que acababa de sacar de la caja que tenía al lado.

—Tendrás hambre. Hemos hecho espaguetis y te hemos guardado un plato en la cocina —intervino Jude intentando calmar las aguas entre ellos. Aquella mañana no se había portado bien con ella e intentaba arreglarlo.

—Gracias, luego probaré vuestras dotes culinarias. Ahora tengo una carrera que ganar —dijo, arrodillándose y remangándose las mangas, con un cochecito en la mano.

—No creo que ganes, Sarah. Las chicas guapas como tú no saben jugar bien a los coches —dijo Emma provocando las risas de Jude y Sarah.

—Perdona, jovencita, pero tú también eres muy guapa y se te dan genial las carreras. ¿Por qué a mí no? Tengo tres hermanos y te aseguro que jugaba mucho con ellos.

—En ese caso, demuéstremelo —la retó la niña, enseñándole una mella.

Jugaron un rato en el salón con Emma hasta que se hizo la hora de

mandarla a la cama. Esta lo hizo a regañadientes, el ambiente era demasiado divertido y se resistía a dejar a los adultos de la casa para que se relajaran.

—¿Se ha conformado? —preguntó Sarah dejando el tenedor en el plato.

—Sí, pero me ha dicho que te recordara lo de la decoración del árbol.

—Sí, me hubiera gustado hacerlo ayer, pero tampoco tenemos árbol.

—Traeré uno mañana.

—Gracias. Por cierto, los espaguetis están bastante ricos. ¿Has hecho tú la salsa?

—Si te refieres a si he abierto un bote de salsa napolitana, sí la he hecho yo.

—¡Chico listo! Me alegra haberte encontrado en casa —dijo Sarah esquivando su mirada y centrándola en el plato.

—Ya te he dicho esta mañana que lo que pasó ayer no es algo habitual. Mi vida es demasiado dura y a veces uno no puede más y se deja llevar. Te prometo que no se repetirá —aseguró Jude observándola, apoyado en la esquina de encimera, provocando que Sarah volviera a sonrojarse de nuevo por pensar en él de una manera inapropiada.

—Puedes salir de vez en cuando, pero debes avisarme. Yo suelo pasar mucho tiempo en casa y no me importará cuidar de Emma.

—¿Cómo una mujer como tú pasa tanto tiempo en casa? Deberías salir y divertirte, seguro que tienes a muchos tíos esperando hincarte el diente.

—No tantos, digamos que no tengo suerte en el amor, así que he dejado de buscarlo —le repuso ella dando vueltas a los pocos espaguetis que le quedaban en el plato.

—El amor no se busca, él te encuentra.

—Pues debo estar bien camuflada —dijo ella soltando una carcajada.

—Yo creo que estás bien visible a los ojos de cualquier hombre inteligente. Estarían locos si no vieran todas las cualidades maravillosas que hay en ti.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —quiso saber Sarah, intentado soportarle la mirada sin sonrojarse.

—Desde el primer día que te vi en el pub. ¿Por qué crees que me acerqué a ti?

—¿Por qué buscabas una habitación, tal vez?

—¿Y cómo iba a saber yo que alquilabas una?

—No lo sé, pero tienes pinta de tener superpoderes.

Jude soltó una risotada que Sarah consideró de lo más seductora. Parecía

que le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies.

—Qué más quisiera yo tener ese tipo de don, si así fuera no me iría como me va —le replicó mesándose el pelo y soltando un suspiro.

—Todo se arreglará —dijo Sarah.

—Supongo que sí. —Jude la miró fijamente y Sarah apartó la mirada bruscamente—. ¿De qué tienes miedo, Sarah?

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Me apartas la mirada.

—Soy tímida.

—No es cierto. Solo estás herida, todos lo estamos. Pero no huyas de mí. No estoy aquí para incomodarte, somos amigos.

—No huyo de ti, solo es que me intimidas.

—Yo no puedo intimidar a nadie, soy un puto perdedor.

—No digas esas cosas, no lo eres. Eres un padre coraje, un luchador.

—Yo no lo creo, Sarah.

—Entonces creo que no soy yo la que está herida, eres tú, Jude.

—Lo estoy, ya te he dicho que todos lo estamos.

—Yo no estoy herida, solo soy precavida.

—¿Y te has impuesto esa barrera conmigo?

—No contigo en particular, aunque he de confesar que me gustas, pero no quiero estropear la amistad que tenemos.

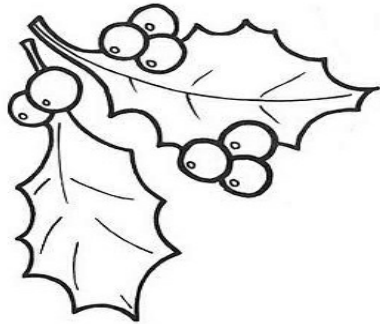
—Me alegra tu sinceridad, pero puedes estar tranquila, no soy hombre para ti, haces bien en mantenerte al margen.

Aquellas palabras hicieron daño a Sarah, que se apresuró a replicarle:

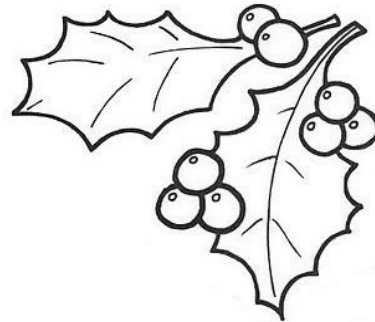
—No pretendía molestarte y que malinterpretaras mis palabras.

—Y no lo has hecho, buenas noches, Sarah.

Jude la dejó allí pensativa. Se había vuelto a molestar con ella a pesar de que, dejando a un margen su timidez, Sarah le había confesado que le gustaba. ¿Qué le pasaba a Jude? Estaba claro que le atormentaba aquello que hubiera pasado con la madre de Emma, un tema que todavía no había querido tocar para no parecer una entrometida. No le gustaba preguntar demasiadas cosas a la gente, era ese tipo de persona que espera que sean los demás los que decidan el momento en el que abrirse. Solía ser muy empática, pero con Jude las cosas funcionaban de otra manera. Era hermético y reservado, quizá algo raro. Pensó que con el tiempo él acabaría abriéndose a ella y, si no lo hacía, estaba en su derecho de no hacerlo. Ella no era psicóloga, solo una simple dependienta con buen corazón, dispuesta a abrirlo a quien lo necesitara.



7



Al día siguiente, tras una dura jornada en la tienda, Sarah llegó agotada al apartamento de Queen Charlotte Street. Los turistas habían hecho piquete, dispuestos a llevarse cualquier recuerdo de la ciudad costara lo que costara. ¡Hasta las chanclas se vendían en esa época del año! Cuando cruzó la puerta del piso y vio un árbol gigantesco ocupando la mitad del salón, recordó que había prometido a Emma decorarlo esa misma noche.

Dejó su ropa de abrigo en el perchero y gritó sus nombres, pero no obtuvo respuesta. Supuso que habían salido, así que se dirigió a la cocina para tomarse una aspirina. El frío se le había calado en los huesos y un fuerte dolor de cabeza amenazaba con aparecer.

Al cabo de cinco minutos, sonó el timbre y cuál fue su sorpresa al encontrarse la cara seria y austera del señor McDermot junto a Emma.

—Vengo a traerle a esta señorita y aprovecho para advertirles a usted y a su prometido que dentro de mis labores como casero no está la de hacer de canguro.

—Señor McDermot, no sé de qué prometido me habla y, por supuesto, que me hago cargo de que usted no presta esos servicios a la comunidad —le dijo Sarah torciendo el gesto.

—Pues usted debería saber con quién piensa casarse, señorita Morgan. Su novio vino esta tarde a pedirme el favor de que cuidara a su hija hasta que usted llegara. Podría haberme negado, pero, dadas las fechas navideñas que se nos avecinan, quise hacer gala de mi buen corazón. No le negaré que me sorprendió conocer a ese tal Jude, él mismo me aseguró que no era un desconocido para usted y que tenían previsto casarse el próximo año. Ya sabe

usted que jamás aprobaría que metiera en casa a un concubino.

—Disculpe. Todo lo que le ha dicho es cierto, es tan solo que aún no me he hecho a la idea de que voy a casarme y todavía no me he acostumbrado a ese apelativo.

—Pues en ese caso, le doy mi más sincera enhorabuena y espero que esta situación no se repita —dijo el casero, empujando levemente el hombro de Emma para que entrara en la casa con Sarah antes de marcharse con su semblante serio.

Sarah le quitó el abrigo a Emma y, arrodillada a su altura, le preguntó dónde estaba su padre.

—No lo sé, me dijo que me dejaría con ese señor hasta que tú llegaras —respondió la pequeña encogiéndose de hombros.

—¿Y te lo has pasado bien en casa del señor McDermot?

—Es un gruñón, pero me dio un zumo de manzana y galletas. ¿Te ha gustado el árbol que ha traído mi papá? —La cara de Emma se iluminó.

—Un poco grande para el salón de esta casa, pero sí, es muy bonito y majestuoso —respondió Sarah incorporándose del suelo, limpiándose las rodillas con las manos.

—¿Podemos decorarlo?

—Claro, los adornos están ahí mismo, en esa caja —respondió señalando la caja que había sacado el primer día y que aún aguardaba en un rincón del salón.

—¿Estás enfadada con mi papá? —le preguntó Emma.

—No, no lo estoy. Aunque no deberías preocuparte de esas cosas.

—¿Y es verdad que os vais a casar?

—Supongo que no. Tu padre se lo ha dicho porque es un señor muy antiguo y no entiende que pueda haber amistad entre hombres y mujeres.

—Yo tengo muchos amigos en el cole.

—Claro y yo también los tenía, y no pensaba casarme con ninguno de ellos.

—A mí me gustaría que te casaras con mi papá. Me caes muy bien, Sarah, y siempre eres muy buena conmigo.

—A mí también me gustas tú —le dijo revolviéndole el pelo—. Ve sacando los adornos mientras yo preparo un chocolate caliente, ¿te parece?

—Síiii —dijo Sarah dando unos saltitos de regocijo.

Sarah entró en la cocina dispuesta a enviar un mensaje a Jude, ¿dónde narices se había metido? ¿Qué persona dejaba a su hija con un vecino

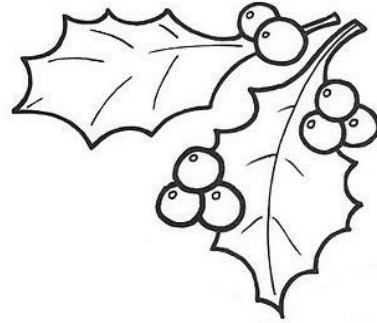
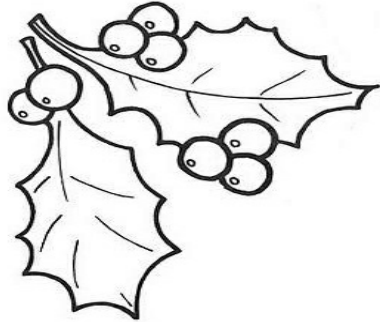
desconocido y le contaba toda esa sarta de mentiras? Le había vuelto a fallar. Sabía que Jude escondía un secreto, un secreto que ella ya consideraba una verdad a viva voz. Jude era alcohólico y necesitaba ayuda.

Le escribió un par de mensajes, pero ninguno le llegaba al WhatsApp. El muy desgraciado había apagado el teléfono, hecho que confirmó cuando intentó llamarlo.

—¿Crees que papá llegará a tiempo de colocar algún adorno? —le preguntó Emma en cuanto vio aparecer a Sara con dos humeantes tazas de chocolate caliente.

—No lo sé, cariño. Pero podemos dejarle un par de bolas para que las ponga cuando llegue.

—Me parece una buena idea —afirmó Emma, reservando un par de bolas doradas a un lado de la caja.



El árbol quedó de aquella manera. El abeto que había traído Jude era demasiado grande y los adornos que Sarah tenía no habían cubierto toda su extensión, pero Emma estaba contenta con el resultado.

—Ha quedado muy bonito, a papá le va a gustar.

—¿Tú crees? —dijo Sarah, mirando el árbol con detenimiento.

—Sí, nunca hemos tenido un árbol como este —aseguró Emma, recolocando una piña decorada.

—Yo tampoco, salvo en casa de mis padres.

—¿Tienes padres? —preguntó Emma.

—Claro, como todo el mundo.

—Yo solo tengo un padre.

—Lo sé, pero para ti será el mejor del mundo.

—Sí, mi papá es genial, pero me gustaría tener una mamá.

—¿Y tus abuelos?

—Viven muy lejos, también tengo solo un par de abuelos.

Aquello dejó a Sarah algo descolocada, por lo que Emma le había dicho, parecía que no había conocido a su madre ni a los padres de esta. Y Jude no era lo que se decía un padre ejemplar como había pensado en un principio. ¿Dónde narices se había metido? Podría haber seguido preguntando a Emma sobre sus temas familiares, pero no le parecía ético, además, la carita de Emma se había entristecido contando aquello.

—Es hora de dormir, jovencita.

—¿Ya? —se quejó la pequeña, haciendo un puchero.

—Me temo que sí, ¿no querrás que Jude me quite el título de canguro

oficial?

—No lo haré, eres la mejor canguro que he tenido. La señora Goldberg estaba bien, pero a veces se enfadaba mucho con mi papá.

—Algo he oído.

—¿La conoces?

—No, pero me lo ha contado un pajarito.

—Entonces sabrás por qué hemos tenido que mudarnos.

—Sí —mintió Sarah—, pero no es tema de conversación para niños. Venga, ve a lavarte los dientes, mientras buscaré tu pijama.

Sarah se quedó pensativa, algo estaba pasando con Jude, algo que no le había contado y que afectaba directamente a sus funciones paternas. Rebuscó en el armario, buscando el pijama de Emma y, entre la ropa, encontró varias botellas de *bourbon* barato. Sus sospechas estaban cada vez más claras, Jude aparte de problemas financieros y a saber con qué más cosas, tenía un serio problema con la bebida. Un problema que arrastraba a su hija a una vida poco convencional. Cogió una de las botellas, la escondió detrás de la puerta para que Emma no la viera y esperó que volviera del baño.

—Mira mis dientes, ¿a que están brillantes? —preguntó la pequeña con los dientes apretados, extendiendo sus labios en una sonrisa.

—Parecen perlas. Ven, vamos a quitarte la ropa.

Entre conversaciones infantiles, Sarah le colocó el pijama y, como la última vez, se acurrucó con ella en la cama.

—No te duermas, tienes que contarme el cuento.

—No lo haré, pero tú cierra los ojos e intenta descansar mientras te lo cuento.

Emma asintió y cerró sus ojitos, provocando ternura y compasión en Sarah. Pensó en la suerte que Emma había tenido de que ella se encontrara con su padre en Whistlebinkis aquella noche, de no ser así, ¿dónde narices hubiera acabado esa pobre criatura?

Cuando Emma se hubo dormido, Sarah se levantó sigilosamente de la cama, cogió la botella de *bourbon* y se fue directa al salón.

Encendió la televisión y buscó alguna película en Netflix con la que entretenerse, pero no podía concentrarse. Miraba el móvil una y otra vez, no quería llamarlo ni enviarle ningún mensaje, no era su novia ni nada parecido para estar atosigándolo. Por otro lado, tampoco era responsable de Emma y Jude no tenía derecho a hacerle aquello.

La vida le había cambiado repentinamente. Tan solo unos meses atrás,

vivía en compañía de dos amigas y no tenía otra preocupación que llenar la despensa de palomitas para el microondas. Ahora, ellas habían encontrado el amor y la habían dejado sola con un problema que no sabía cómo solventar, un problema que además no era suyo, pero con el que había establecido un vínculo emocional. Jude le gustaba y Emma era una víctima inocente de todo aquello.

A eso de las tres de la mañana, Sarah cerró los ojos sin poder evitarlo, pero, cinco minutos más tarde, alguien intentando abrir la puerta torpemente la despertó y la puso en alerta. Se cubrió con la manta y miró por la mirilla. Era Jude. Venía en un estado lamentable. No coordinaba bien y se tambaleaba de un lado a otro.

Sarah respiró hondo antes de abrir la puerta.

—¿Te parece normal el estado en el que te encuentras? —le increpó, cogiéndolo por el abrigo y tirando de él hacia el interior de la casa.

—Tranquila. ¿Acaso eres mi esposa para estar esperándome de esta manera?

—Todavía no, pero ya me han informado que nos casaremos pronto. ¿En qué estabas pensando?

—¿En una boda preciosa? —respondió él tirándose en el sofá con una sonrisa burlona en la cara.

—¿Cómo has podido dejar a Emma con el señor McDermot? ¿Has perdido el juicio?

—Solo he salido a divertirme un rato, no la he abandonado en un callejón. No seas dramática.

—¿Divertirte? Eres un irresponsable y un mal padre. Además, he encontrado esto en el armario junto a un par más. ¿Me vas a decir que es medicinal? —dijo Sarah alzando la botella de *bourbon*.

—¿Has estado rebuscando entre mis cosas?

—No, la he encontrado mientras buscaba el pijama de tu hija, algo que deberías haber hecho tú.

—Me dijiste que me echarías una mano con ella, no sabía que eras tan falsa.

—Y yo que tú fueras un alcohólico, tienes un problema.

—No soy ningún borracho, y sí, tengo muchos problemas que a ti no te importan —le espetó Jude con el gesto torcido por el alcohol.

—Pues si no me importan, no me hagas cómplice de ellos. Y date una ducha, hueles a cloaca.

—Sí, mamá —respondió en tono guasón.

—No te consiento que te rías de mí después de todo lo que he hecho por ti y por Emma. Eres un desagradecido.

—Nadie te pidió que hicieras nada. —Jude se incorporó con dificultad y se enfrentó a Sarah de mala manera.

—Soy una buena persona, no merezco que me uses así ni me hables de esa manera. Pon solución a tus problemas con el alcohol, te lo advierto.

—¿Me estás amenazando?

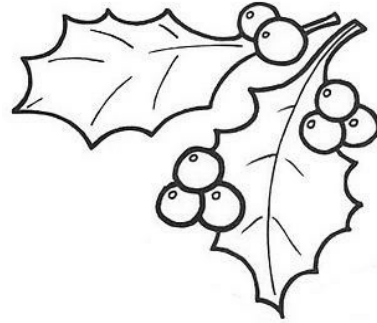
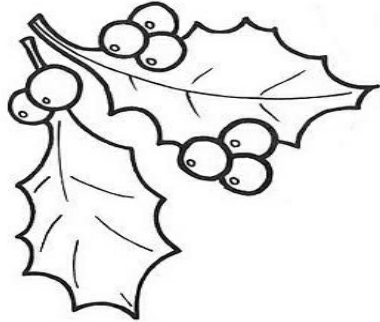
—Te estoy advirtiéndote, si no me veré obligada a llamar a servicios sociales. Emma no puede vivir con un padre como tú.

—No te atreverás, Sarah.

—Sí, si lo haré, Jude. Mi prioridad ahora mismo es el bienestar de esa niña. Te estás perdiendo verla crecer, además de la oportunidad de formar de nuevo una familia —dijo Sarah enjugándose las lágrimas.

—Ya tuve una familia, no necesito otra.

—Todos la necesitamos, Jude, todos. Y lo que sea que te haya pasado anteriormente, no debe ser lo que siga guiando tu presente. Cuando estés listo para contarme qué narices te pasa, estaré dispuesta a ayudarte —dijo Sarah antes de marcharse a su habitación para intentar descansar un poco.



El resto de la semana, Sarah intentó evitar por todos los medios encontrarse con Jude. Esperaba a escucharlos marcharse al colegio para salir de su habitación y por las noches quedaba con alguna amiga, siempre asegurándose primero de que él estaba en casa con Emma.

—¿Por qué tenemos que pasar por tu apartamento cada noche? —preguntó Mary, cansada de hacer aquello durante tres días.

—Porque quiero asegurarme de que Jude está en casa con Emma. Si veo la luz sé que está ahí. Además, puedo ver las sombras y hay dos. Mira —dijo, señalando la ventana—, una grande y una pequeñita.

—La grande podría ser la del señor McDermot o la de un fumador de crack —comentó Mary.

—No, es Jude. Además, cuando llego compruebo que está en su cama dormido.

—¿Y cuánto rato te quedas mirando como una psicópata?

—Ninguno, solo miro una vez.

—Mientes, seguro que te quedas embobada mirándolo como una obsesa —volvió a repetir Mary entre risas.

—¡No digas tonterías!

—Ese tío te cabrea y te gusta a partes iguales. No lo describías así hace unos días.

—Puede que me gustara, pero ya no me gusta. Es un alcohólico, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, pero eso se puede curar y tú quieres ser su enfermera. Sarah, te conozco, eres la versión negra de la madre Teresa de Calcuta.

—La madre Teresa no se liaba con la gente a la que ayudaba —la reprendió Sarah.

—Lo sé, pero tú no eres una monja y no estás muerta de piernas para abajo. Además, la Navidad pulula por el aire y eres muy de milagros navideños.

—Y tú de montarte películas. Anda, vayámonos —le dijo tirando de ella.

Durante la cena en un restaurante hindú del centro, Mary estuvo contándole a Sarah todos los planes que tenía con su novio y su inminente vida en común.

—Me alegro mucho por ti, se te ve tan ilusionada —dijo Sarah, dando vueltas a la pajita de su refresco.

—Lo estoy, yo me mudo de casa y a ti te echan de la tuya. No puedes seguir así, debe ser incómodo sentirte una extraña en tu propia casa.

—Lo sé, y sí, es bastante extraño.

—No puedo seguir cenando contigo fuera cada noche, ¡me voy a arruinar!

—Esta noche invito yo, te agradezco mucho que me hagas compañía.

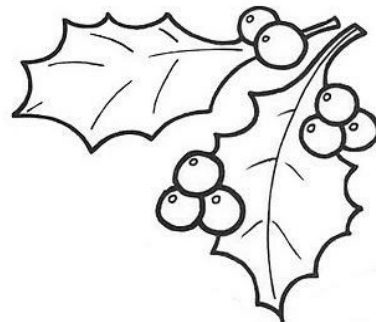
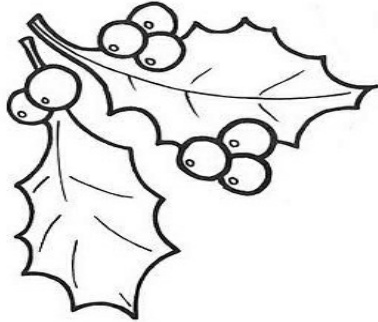
—Tienes que solucionarlo mañana mismo. Este fin de semana nos vamos fuera de la ciudad y no quiero que deambules sola en la angosta noche de Edimburgo. No me perdonaría que acabaras viviendo en un contenedor.

—Muy graciosa, sabes que prefiero los cajeros. —Sarah le hizo una burla a Mary.

—Ahora en serio, Sarah, tienes que arreglar la situación, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Bien, ahora paga y nos vamos. Necesito dormir. Tengo tantas ojeras, que me van a confundir con el fantasma de Canongate.



Sarah abrió la puerta con cuidado, no quería despertar a Jude y Emma. Entró de puntillas, dejó el abrigo y el bolso con cuidado en el perchero de la entrada, y cerró despacio, intentando hacer el menor ruido posible. Cuando encendió la luz, se dio un susto tremendo.

—¿Qué haces ahí en plan Nosferatu? —le preguntó a Jude, que permanecía estático en el sofá mirándola fijamente.

—No sé qué decirte, Sarah.

—Pues di lo que sea... Es muy tarde y quiero dormir.

—Lo siento.

—Gracias, te lo agradezco. ¿Algo más?

—Por favor, siéntate. Sé que me he comportado como un auténtico imbécil, que me has ayudado en todo. Necesito hablar con alguien de lo que me pasa, y tú eres lo más parecido a una familia que tengo ahora —dijo Jude con la mirada triste.

—Tengo miedo de creerte y que me la vuelvas a jugar. —Ella, sin moverse, lo miró con recelo.

—No me digas eso por favor. Déjame explicarte, seré totalmente sincero contigo.

—Está bien —accedió Sarah con un suspiro, dejándose llevar por su carácter compasivo—. Tienes cinco minutos.

—Voy a necesitar mínimo veinte —dijo Jude, ladeando la cabeza y esbozando una tímida sonrisa.

—En ese caso prepararé té.

Unos minutos después, Sarah sirvió sendas tazas de té y se sentó a su lado

en el sofá. Estaba dispuesta a escuchar lo que Jude tuviera que contarle. En su casa le habían enseñado a oír y atender a las personas antes de juzgarlas. Aunque Jude, había acumulado muchas faltas para con ella en un corto periodo de tiempo y la imagen que tenía de él, se había emborronado por completo, merecía una oportunidad.

—Aquí me tienes, cuéntame —dijo Sarah, intentando adoptar una postura relajada.

—No sé ni cómo empezar. Hace años que evito hablar del tema.

—Te sugiero que lo hagas por el principio.

—Como sabes, vine a esta ciudad hace muchos años —comenzó a decir Jude, pasando por alto la vehemencia en las palabras de Sarah—, años felices en los que estaba enamorado, ilusionado. Me enamoré de una persona maravillosa y dejé toda mi vida en Estados Unidos para estar con ella. Megan era todo mi mundo, la mujer más maravillosa que un hombre puede encontrarse en su camino. Nos conocimos durante un viaje que ella hizo a Estados Unidos para visitar a sus tíos paternos. Entonces solo éramos unos críos de dieciséis años. Sus tíos la invitaron a pasar el verano en Port Clinton, lugar donde solía pasar yo también las vacaciones de verano.

—Suen a película —dijo Sarah sonriendo.

—Sí, créeme que daría para un guion de película juvenil. Fue un verano increíble, pero llegó el día que tuvimos que separarnos. Nos intercambiamos las direcciones y quedamos en escribirnos hasta que nos pudiéramos volver a reunir. Y así lo hicimos, no dejamos de cartearnos hasta que cumplimos veinte años.

—¿Ella dejó de hacerlo?

—En realidad fui yo quien dejó de escribirle. Conocí a una chica en la universidad.

—Bueno, eso son cosas normales. No entiendo por qué tendrías problemas personales y mentales por algo así.

—No he terminado de contarte y no creo que tenga problemas mentales —dijo Jude sorbiendo de su taza.

—Es justo lo que diría un loco —rio Sarah un poco más relajada.

—Estuve dos años con esa chica —dijo, rodando los ojos—. Era divertida, amable, trabajadora, pero no estaba enamorado de ella.

—¿Pero no decías que Megan era maravillosa?

—Sí, pero Megan era la chica que conocí en Port Clinton. ¿Me sigues el hilo? —dijo Jude algo molesto.

—Sí, lo siento, estoy algo cansada.

—Si no te interesa puedes decírmelo.

—Me interesa, de verdad. Es solo que no sé adónde quieres llegar con todo esto.

—Quiero llegar al día en el que decidí retomar el contacto con Megan y dejarlo todo para venir con ella a Edimburgo. No pude olvidarla durante todo ese tiempo que estuvimos sin contacto. Pero, cuando decidí hacerlo, ella estaba dispuesta a darme una segunda oportunidad, algo que yo no me merecía, pero lo hizo. Así que metí cuatro cosas en una maleta y, tras unos meses de cartas y llamadas telefónicas, volé ocho mil kilómetros para reunirme con ella.

—¿Hiciste eso?

—Sí, el Jude que conoces ahora es solo un despojo.

—Me ha tocado en suerte —dijo Sarah.

—Siento que así sea, y ya te he dicho que te agradezco todo lo que has hecho por nosotros. —Jude posó una mano sobre la rodilla de Sarah, y está sintió que un cosquilleo extraño le recorría el cuerpo, encendiendo sus mejillas.

—¿Y dónde está Megan?

—Megan por desgracia está solo en mi corazón —respondió Jude, mirando al cielo, dando a entender a Sarah que había fallecido.

—¿Es la madre de Emma?

Jude asintió y dijo:

—Pero no tiene recuerdos de ella, era tan solo un bebé cuando murió.

—¿Qué pasó?

—Cuando llegué a la ciudad alquilamos un pequeño estudio en Marchmond y, tras tres meses de convivencia, Megan se quedó embarazada. Fue algo inesperado, pero lo aceptamos con alegría. El embarazo fue complicado y decidimos instalarnos con sus padres. Encontré un trabajo en el que pasaba muchas horas fuera de casa y pensamos que vivir con ellos sería lo mejor para que Megan tuviera cerca a alguien por si se encontraba mal. El embarazo llegó a término con muchas dificultades, pero todo salió bien. Ella y Emma estaban sanas, y volvimos a casa con nuestra hija y una felicidad inmensa. Un mes después de nacer Emma, Megan y mis suegros fueron a hacer unas compras, la Navidad estaba cerca. Yo decidí quedarme con Emma en casa, hacía demasiado frío y no queríamos que se resfriara. Salieron a las cinco de la tarde y a las diez todavía no habían vuelto. Recuerdo que empecé a ponerme nervioso y llamé a Megan de manera insistente, pero, siempre que lo

hacía, el teléfono estaba apagado, y lo mismo pasaba con el de sus padres. Ahí fue cuando me temí lo peor. Media hora después, llamaron a la puerta y fue entonces la policía quien me lo confirmó. Habían tenido un accidente y los tres habían fallecido. Un conductor de transportes, se quedó dormido al volante e invadió el carril contrario, colisionando de frente contra ellos. Los tres murieron en el acto por el fuerte impacto del camión.

—Eso es horrible. —A Sarah se le hizo un nudo en la garganta.

—El mundo cayó sobre mí como una losa pesada. Megan y yo no llegamos a casarnos, era algo que teníamos previsto hacer después de que naciera Emma. Me quedé solo con ella. Los primeros años fueron duros. Me costaba horrores encontrar trabajo y no podía seguir viviendo en casa de mis suegros, mis cuñados querían vender la propiedad y tuve que irme.

—¿Y no pensaron en su sobrina?

—Cuando hay herencias de por medio la gente se vuelve egoísta, y no les culpo, esa no era mi casa. No podía reclamar nada. Megan y yo no éramos matrimonio y tampoco pude solicitar una prestación por viudedad. Emma sí recibió su parte, pero ese dinero solo dio para subsistir hasta hace un año. Para trabajar tenía que invertir mucho en canguros. Las escuelas infantiles tienen un horario poco compatible con las jornadas laborales. Sé que el Estado ayuda mucho en esos casos, pero no tenía tiempo de acercarme a las instituciones. No pude vivir un duelo, no pude llorar la muerte de Megan, tenía que sacar adelante a Emma y eso causó un gran impacto a largo plazo en mí.

—¿Por eso bebes?

—Supongo que me ayuda a evadirme de la realidad... Es... Es el único consuelo que encuentro y más en estas fechas.

—Entiendo tu dolor, pero no puedes seguir haciendo eso. Emma no lo dice, pero se siente sola, y en su cabecita sabe que lo que haces no está bien. Esa niña te adora, no tiene a nadie más, Jude. Tienes que parar.

—Ayúdame, Sarah, necesito que me ayudes —le pidió con la voz temblorosa.

—Lo haré. No llores, Jude. No voy a dejarte solo en esto.

Sarah lo abrazó fuerte y sintió cómo los músculos de la espalda se le contraían con el llanto. Se reprendió mentalmente por pensar en Jude de manera indecorosa en ese momento, pero era tan fuerte y atractivo. Sarah tenía debilidad por la vulnerabilidad de los hombres y, ver llorar a Jude de esa manera, hizo que un sentimiento extraño le recorriera el cuerpo. Le hubiera gustado besarlo, incluso haberle hecho el amor. Que Jude la cogiera en

volandas y la llevara a su cuarto y la poseyera con furia. Pensar todo aquello la incomodó y se deshizo de ese abrazo.

—Es tarde, ambos necesitamos descansar —dijo Sarah intentando desviar la mirada.

—Estás incómoda, te lo noto. Lo siento, siento haberte contado toda esta mierda.

—No, te lo agradezco. Necesitaba comprender el porqué de tus actos y sé que todo eso que has contado ha debido ser horrible, pero tenemos que ponerle solución.

—He sido un egoísta en pedirte que me ayudaras. No tenemos, tengo que ponerle solución. Al fin y al cabo, es mi problema.

—Me importáis, los dos, más de lo que te puedas imaginar. Siento si no te ha parecido que así sea.

—¿Podemos seguir mañana? No me veo con fuerzas de seguir manteniendo esta conversación.

—Por supuesto, descansa.

Sarah casi por instinto acercó sus labios a la mejilla de Jude para darle un beso, como hacía con sus hermanos antes de irse a dormir, pero este giró la cara inesperadamente y sus bocas se juntaron. Durante unos segundos ninguno de los dos hizo nada, se quedaron unidos por los labios, hasta que Jude tomó la iniciativa y los movió suavemente para besarla con ternura. Sarah se dejó hacer, mientras él le agarraba la cara con las manos, provocando que esta se excitara. Jude acariciaba sus labios con los de ella, absorbiendo todo el aire que había entre ambos, uniendo sus respiraciones entrecortadas y deseosas de seguir con aquello en el dormitorio.

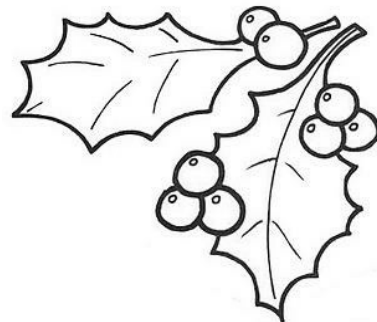
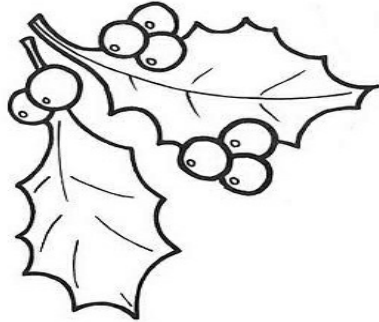
—Papá, ¿le pasa algo a Sarah?

Emma irrumpió en el salón sobresaltándolos.

—No, cariño, está bien. Solo estaba mirándole el ojo... Porque se le ha metido algo.

—Sí, pero ya estoy bien. Gracias, Jude, ha sido...

—Fantástico —dijo él, terminando la frase mientras tomaba a Emma en brazos y la devolvía a la cama.



Sarah se levantó de mejor humor, parecía que haberse alejado de Jude un par de días lo había hecho recapacitar. Se había abierto ante ella contándole cómo había sido su vida y aunque aquello no justificaba su comportamiento, sintió que aquel paso era importante para recuperarse física y mentalmente. También recordó el beso, ese beso que el destino había forzado de casualidad, pero que ambos recibieron gustosamente hasta que Emma los interrumpió.

—Buenos días, Sarah —dijo Emma, peinada de aquella manera, mientras desayunaba un bol de cereales.

—Buenos días. ¿Quién te ha hecho esa coleta?

—Papá —dijo felizmente la niña.

—¿Qué pasa, no está bien? —preguntó Jude tranquilamente, sirviendo café en dos tazas, ante la mirada que le echó Sarah.

—No, no está bien. Parece que le ha atacado un perro rabioso.

—A mí me gusta —repuso Emma, defendiendo las habilidades de su padre—. ¿Cómo está tu ojo?

—¿Mi ojo? —preguntó Sarah a la vez que Jude le servía una taza humeante de café.

—Sí, papá estaba curándotelo anoche.

—Ah, sí, mi ojo —dijo Sarah con nerviosismo—. Está bien, gracias por preguntar.

—Emma, si has terminado, deberías ir a lavarte los dientes. Es hora de irnos al colegio.

—Vaaale —dijo la niña con desgana.

En cuanto estuvieron solos, Jude ocupó el asiento de Emma y miró

fijamente a Sarah.

—Te noto incómoda.

—No, estoy bien, de hecho, estoy muy bien.

—Yo también estoy muy bien, y muy animado —dijo él ladeando la cabeza sonriendo.

—Me alegro mucho, Jude.

—Quiero encontrar un trabajo, hacer cosas, empezar a ser feliz.

—Esa es una actitud muy positiva, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé, pero quiero intentar hacer las cosas por mí mismo. No quiero ser una carga para nadie.

—No eres una carga para mí.

—Me gustas, Sarah. Me gustas mucho, y yo quiero gustarte por mis logros, no por compasión.

Sarah agachó la mirada, hablar de sentimientos siempre la ponía nerviosa, su carácter tímido no ayudaba.

—Tú también me gustas. Me gusta el Jude de ayer y el de hoy. Pero no el Jude destructivo, despreocupado e irresponsable.

—Ese Jude ha desaparecido, te lo prometo.

—No tienes que prometérmelo a mí, es algo que te debes a ti mismo y a Emma.

—Papá, ya estoy lista —dijo Emma desde la puerta de la cocina con el abrigo puesto y la mini mochila en una mano.

—¿Vas a dejarla ir con esos pelos? —preguntó Sarah divertida.

—A ella le gusta —respondió Jude, encogiéndose de hombros y agarrando a Emma en brazos—. Di adiós a Sarah.

—Adiós, Sarah, y cuida tu ojo —dijo ella haciéndole un guiño. Aquella niña era muy lista.

Cuando Sarah llegó a la tienda, Robert, Mary y los demás empleados estaban en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sarah, mirando el cartel de madera de la tienda, tendido en la nieve.

—Unos vándalos lo han descolgado y destrozado durante la noche. Robert está que trina —contestó Mary, cruzada de brazos, sin apartar la vista del estropicio.

—¡Y en estas fechas! Esto es una desgracia, una maldita desgracia —rezaba Robert, echándose las manos a la cabeza.

—Tranquilo, seguro que encuentras a alguien que te lo arregle. Además, es la tienda más bonita de la zona, no necesitas un cartel para llamar la atención de los clientes —dijo Sarah posando la mano en la espalda de Robert.

—Es un cartel muy antiguo, Sarah. Mi padre lo mandó a hacer a un carpintero muy famoso de Dundee. Siempre he creído que me daba suerte. Es una superchería, lo sé, pero me siento desnudo sin él.

—Seguro que encontraremos a alguien para arreglarlo. Solo lo han pintado un poco y tiene algunos desperfectos. Recuperarás tu cartel —le aseguró Sarah.

—Venga, ayudadme a meterlo en el almacén y abramos las puertas, pero seguro que hoy viene poca gente —dijo Robert con un humor de perros.

El pronóstico de Robert estaba bastante equivocado. Los clientes entraban a pares, como casi todos los días, y más especialmente en aquellas fechas. Edimburgo era una ciudad turística durante todo el año, pero la Navidad suponía un incentivo para la ciudad, ya que esta se engalanaba de una forma espectacular. El frío, las pocas horas de luz diurna y la iluminación de las calles hacían que visitar la ciudad en esa época del año fuera una experiencia casi mágica.

Cuando llegó la hora del cierre, Robert no parecía haber mejorado su humor. El montón de libras que había sacado ese día tampoco había ayudado. Sarah quería recordarle que ese año se iría de vacaciones el día veinte, pero sería mejor esperar a otro momento. Robert solo permitía marcharse a uno de los empleados fijos cada año en esas fechas tan señaladas y este le había tocado a Sarah, que había renunciado al verano para poder pasar toda la Navidad con su familia, con la condición de que le pagaran las dos semanas que le faltaban por disfrutar.

—Tampoco ha ido tan mal —le dijo a Robert cerrando la caja con llave.

—Con el cartel hubiera ido mejor —le repuso gruñendo como un jabalí.

—Bueno, si tú lo dices. —Sarah se encogió de hombros y se despidió—: Hasta mañana.

En respuesta, Robert solo hizo un leve movimiento de cabeza.

—¿Hoy no requieres mis servicios? —le preguntó Mary alcanzándola y agarrándola del brazo.

—Lo siento, he salido sin pensar. Robert está de un humor de perros y quería irme cuanto antes.

—Tranquila. ¿Has hablado con él?

—¿Con Robert?

—No, tonta. Con Jude.

—Ah, disculpa. Estoy algo distraída. Sí, ayer tuvimos una conversación muy interesante.

—¿Cómo de interesante? —preguntó su amiga, alzando una ceja y haciéndola parar en seco en medio de la calle.

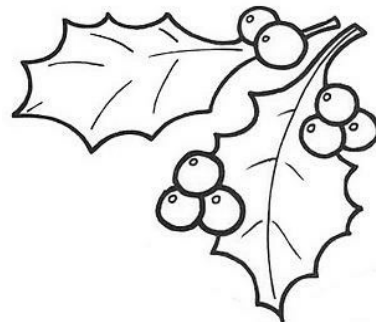
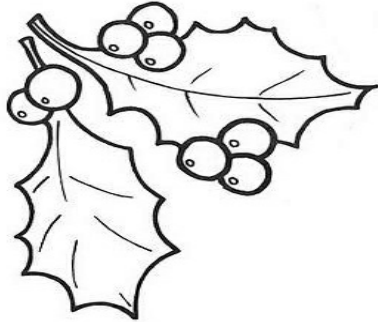
—De lo que le pasaba, de su vida, de cómo falleció la madre de Emma.

—Vaya, lo siento por ellos. Esa historia parece larga, quizá puedas contármela otro día, ahora me tengo que ir. Empieza mi fin de semana romántico —dijo Mary jovialmente—. Sé que te habrás ofrecido a ayudar y te vas a involucrar a fondo con ese tío. Lleva cuidado, ¿vale?

—Lo haré.

—No te creo, pero sé que estarás bien. —Mary le dio un beso en la mejilla y corrió hacia el coche que la estaba esperando.

—Pásalo bien —gritó Sarah, despidiéndose de ella, con el brazo en alto.



Al llegar a Queen Charlotte Street, vio a Jude saliendo del portal de su casa y el corazón de dio un vuelco.

—¿Dónde crees que vas? —le increpó en un tono reprobatorio.

—A tirar la basura —respondió él alzando la bolsa como prueba del delito.

—Perdona. —Sarah se rascó la nariz, algo avergonzada—. Creía que te ibas a alguna parte.

—Sarah, confía en mí. Te he dado mi palabra.

—Lo siento. Te acompaño —dijo ella por si le daba por tirar la bolsa y salir corriendo.

—Solo son veinte metros, pero si quieres —dijo él—. ¿Qué tal en el trabajo?

—Ha sido un día de locos. Mi jefe estaba de un humor de perros. Unos vándalos han destrozado el cartel de madera de la tienda y cree que es un tipo de talismán que atrae a los compradores.

—Vaya, ¿y han ido mal las ventas?

—No, para nada. Pero Robert es un poco dramático y nervioso. Dice que no encontrará a nadie que repare eso en estas fechas.

—Yo puedo hacerlo —aseguró Jude, lanzando la bolsa dentro del contenedor.

—¿Tú?

—Sí, soy muy bueno con el bricolaje y, en especial, con la madera. Cuando era más joven solía hacer muebles con mi padre. Teníamos un pequeño taller en el garaje.

—No tenía ni idea —dijo Sarah, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Lógicamente, nunca te lo he dicho.

—Es cierto. ¿Y crees que podrás arreglarlo este fin de semana?

—Depende de los daños y de si tu jefe quiere que lo haga.

—Mañana mismo se lo diré, seguro que accede, estaba como loco con el tema del cartel.

—¿Trabajas todo el fin de semana?

—No, solo sábado medio día. El turno de la tarde y el domingo lo cubre la gente que tiene contratada como extra para los fines de semana. Estudiantes en su mayoría.

—Entonces podremos hacer algo juntos si no tienes otros planes. Emma quiere ir al mercadillo de East Princes Street Gardens.

—Me parece una idea genial. Además, necesitamos más adornos para el árbol. Te excediste en el tamaño.

—Burro grande ande o no ande.

—Pues andemos hacia casa, hace un frío de mil demonios —dijo Sarah agarrándolo por el brazo.

Aquella noche cenaron pizza congelada, no era ningún manjar, pero Jude había hecho una pequeña compra en la que había incluido una botella de vino tinto.

—¿Qué celebramos? —preguntó Sarah.

—Celebramos que todo va a ir bien a partir de ahora —respondió, sirviéndole una copa.

—¿Tú no bebes? —quiso saber ella.

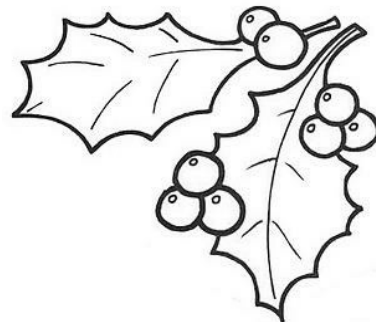
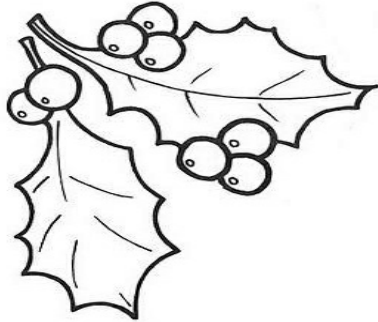
—Yo brindaré con zumo de manzana, el favorito de Emma —dijo, mirando a su hija con ternura.

—Me parece estupendo. —Sarah encontró en ese detalle muchos matices y se alegró por ello.

—Por nosotros —dijo Jude alzando el vaso.

—Por nosotros —repitió Sarah.

—Y por la magia de la Navidad —añadió Emma mirando a ambos con una espléndida sonrisa en la cara.



A la mañana siguiente, Sarah le habló de Jude a Robert y este se mostró contento de que pudiera arreglar el cartel para el quince de diciembre. Así que aprovechó el buen humor de su jefe para recordarle que el día veinte comenzarían sus vacaciones, y este accedió encantado, recordándole a su vez que ya lo tenía en cuenta.

A las dos en punto, Jude apareció en una furgoneta de un amigo y entre los dos cargaron el cartel que tenía unas dimensiones considerables. Acordó con Robert un precio que encajó a ambos y que incluía los materiales que Jude iba a necesitar para restaurarlo. Le prometió que el día quince lo tendría de nuevo colgado y luciendo mejor que nunca. Emma y Sarah quedaron en encontrarse con él en el mercadillo, pues Jude y su amigo Patrick iban a dejar el cartel en el garaje de este, lugar donde realizaría el trabajo de restauración.

—Te gusta mi papá, ¿verdad? —preguntó Emma de pronto, tras sorber un poco de chocolate de menta, mientras paseaban por el mercadillo.

—Me gustas más tú —dijo Sarah—. No deberían preocuparte esas cosas de mayores.

—No me preocupan —le repuso, mirando hacia el lugar, donde estaba Papá Noel recibiendo las cartas de los niños—. Aún no he escrito mi carta.

—No importa, tan solo tienes que decirle a Santa lo que quieres y él lo recordará.

—Entonces ¿podemos ir, podemos ir?

—Claro, pero esperaremos a que venga tu padre. Le encantará ver cómo subes a saludar a Santa y te hacen una foto. No querrá perderselo.

—Me parece bien, mientras ¿podemos ir a ver los puestos de adornos?

Quiero comprar un ángel para la copa del árbol. Mi amiga Amanda dice que si le pides un deseo la noche antes de Navidad te lo concede.

—Entonces habrá que buscar un ángel mágico. Yo te lo regalo.

—¿De veras? —preguntó la niña con los ojos abiertos como platos, llenos de ilusión.

—Claro que sí, vayamos ahora mismo.

Emma eligió un ángel vestido de blanco, portando un arpa, con unas majestuosas alas doradas.

—Me gusta este —dijo la niña aferrándose a él—. Se parece a ti.

—¿No crees que es demasiado blanco para parecerse a mí? —comentó Sarah entre risas.

—Eso es porque no le ha dado el sol todavía. Es un ángel de invierno, Sarah. Los adultos no sabéis nada.

—Tienes razón. Los mayores no sabemos de cosas importantes, siempre nos metemos en líos. Deberíamos escucharos más —le dijo a Emma mientras entregaba el ángel al hombre del puesto para pagarlo.

—Este ángel se llama Logan.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho antes —respondió Emma, como si aquello fuera lo más normal del mundo—. Mira, ¡es papá! —exclamó antes de ir corriendo a por él.

—¿Qué me he perdido?

—Una charla sobre ángeles mágicos que no toman el sol —dijo Sarah, alzando la bolsa que contenía el ángel.

—Vaya, parecía interesante.

—Papá, quiero ir a ver a Papá Noel, ¿puedo?

—Claro, qué Navidad sería si no vamos a ver al viejo barbudo.

Los tres volvieron al lugar donde había la mayor concentración de gente. Una cola larguísima de niños con sus padres aguardaba para ver a su preciado Papá Noel. El camino hasta el escenario, donde sentado en un suntuoso sillón, Santa recibía a los infantes, estaba decorado con gigantescos palos de caramelo. Una bucólica imagen navideña que hacía las delicias de los allí presentes, incluida Sarah, que adoraba aquella época del año.

—Sé que sonará infantil, pero me encanta la Navidad —comentó Sarah mirando a alrededor.

—No es infantil. Entiendo que te guste, aunque yo no pueda decir lo mismo.

—Lo sé, pero eso puede cambiar.

—Ya está cambiando. Estoy aquí y me siento bien. Antes no podía escuchar un villancico sin que me dieran ganas de tomar un trago.

—Estoy orgullosa de ti y Emma está encantada de compartir contigo todo esto.

—Se la ve feliz y es gracias a ti. Ha sido un milagro que aparecieras en nuestras vidas.

—La casualidad, el destino, ¿quién sabe? Lo importante es lo que vivimos en cada momento.

—¿Podemos hacernos una foto? —preguntó Emma, volviendo al lado de ambos, tras distraerse con otro niño haciendo bolas de nieve.

—Claro. Os haré una con el móvil —respondió Sarah.

—No, los tres, junto a los palos de caramelo —dijo Emma.

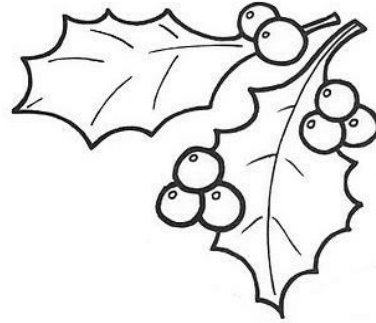
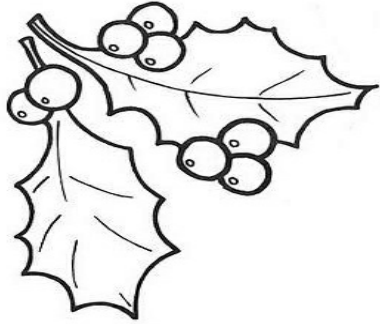
—Un *selfie* entonces, pero tendrás que ser tú quien le dé clic a la foto, tienes el brazo más largo —le dijo a Jude dándole el teléfono.

—A ver, haceos más para atrás —dijo él, intentando encuadrar la foto—. Un poco más... Un poco más.

—¡Cuidado! —gritó alguien de la fila, pero era demasiado tarde.

Los palos de caramelo gigantes empezaron a caer generando un efecto dominó. Jude cayó de espaldas sobre la nieve, seguido de Sarah, que cayó de bruces sobre él. Sus miradas se quedaron fijas el uno en el otro con las bocas entreabiertas. Emma divertida, ajena a todo el estropicio que habían ocasionado con aquel *selfie*, recogió el móvil del suelo y les hizo una foto en esa tesitura.

—Gracias, angelito —dijo luego Emma en voz baja.



—¿Ustedes son conscientes del estropicio que han ocasionado? —les increpó uno de los organizadores del mercadillo, plantándose con los brazos en jarras ante ellos.

—Lo sentimos mucho. ¿Cómo podemos compensarlo? —preguntó Sarah muy avergonzada por todo aquello.

—Hemos tenido que suspender la entrega de cartas. Vamos a necesitar contratar gente para que monte de nuevo el decorado.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Jude levantándose y ofreciéndole luego la mano a Sarah.

—¿Usted? —le dijo el hombrecillo mirándolo desde abajo.

—Sí, yo. Yo lo he estropeado y yo lo arreglaré.

—Le advierto que debe estar listo para mañana a las cinco. —El organizador no se achantó ante las grandes dimensiones de Jude—. El domingo es el día de más afluencia.

—No se preocupe. Me quedaré toda la noche si hace falta —aseguró Jude, intentando apaciguar los ánimos.

—Está bien, pero no le pagaremos por ello. ¿No pretenderá hacer negocio de su propio estropicio?

—Lo entiendo, y no pretendía tal cosa.

—Está bien. Confío en usted —le dijo el organizador estrechándole la mano.

—Vaya, en menudo lío nos hemos metido —dijo Sarah, tapándose la cara con las manos.

—No te preocupes. Solo es colocar de nuevo los bastones y montar los

adornos que se han caído. No creo que sea para tanto.

—Aun así, es mucha presión para alguien al que no le gusta la Navidad.

—Ha merecido la pena —le repuso él, mirándola fijamente y provocando que a Sarah le revolotearan mariposas en el estómago.

—Tengo hambre —dijo Emma, rompiendo la magia del momento.

—Idos a casa, yo he de quedarme. Ahora soy un elfo albañil —comentó Jude, agarrando uno de los bastones para calibrar cuánto pesaba.

—¿Estás seguro? Podemos comer algo en esa cafetería y echarte una mano.

—No es necesario. Hace demasiado frío. Prefiero que te lleves a Emma a casa y os pongáis a salvo de la noche. Parece que va a nevar.

—Lo siento mucho, en parte todo esto también es culpa mía.

—No tardaré demasiado, te lo prometo —dijo Jude cogiendo una de sus manos.

—¿Nos podemos ir ya? Tengo la nariz congelada —dijo Emma, tirando del abrigo de Sarah.

—Venga, marchaos —les ordenó Jude.

—Si necesitas algo, llámame —dijo Sarah, antes de marcharse con Emma.

—Sarah —gritó Jude.

—¿Qué?

—Gracias.

—Lo tienes en el bote —afirmó Emma, sin dejar de andar y mirando al frente.

—Eres una brujilla, ¿lo sabías?

—Eso dicen en el cole.

Sarah le preparó la cena a Emma y luego la ayudó a bañarse. Después vieron juntas *Blancas Navidades*, una película musical muy tradicional en esas fechas, y a las once la mandó a la cama. Tras contarle el ya reglamentario cuento, volvió al salón. Mandó un par de mensajes a Jude y este le respondió con algunas fotos de cómo iban los arreglos y se sintió aliviada. Aunque a él no se lo demostrara, temía que pudiera irse a algún bar a ahogar las penas. Jude le gustaba, le gustaba mucho y desde que se habían besado no pensaba en otra cosa. Sabía que aquello podía ser difícil, mucho más que cualquier otra relación que hubiera tenido, pero Sarah era una mujer sentimental y se dejaba llevar fácilmente por el amor, pese a que acabase siempre equivocándose.

Estuvo despierta hasta las dos, pero el peso de sus párpados pudo más

que las ganas que tenía de verlo llegar a casa, así que decidió acostarse.

La mañana del domingo, Emma corrió a despertarla.

—Sarah, mi papá no se levanta de la cama. Tiene una cara muy rara y apenas le sale la voz —explicó Emma zarandeando las sábanas.

—¡Mierda! —exclamó. Ese maldito Jude había vuelto a hacer de las suyas.

Al entrar en la habitación, lo vio allí acurrucado y sintió una rabia tremenda. Así que, sin pensarlo dos veces, tiró del nórdico, dejándolo desprovisto del abrigo de las ropas de la cama.

—Levántate y enfréntate a la realidad de tus actos —gritó sin obtener respuesta—. ¡Será posible! ¡Ve a darte una ducha y prepárale el desayuno a Emma!

—Está temblando —dijo la niña, cuando vio a su padre tiritando e intentando taparse el cuerpo con los brazos.

Sarah se acercó a la cama y vio el rostro contraído de Jude.

—Dios mío, estás ardiendo —dijo, tras tocarle la frente—. Emma pásame el edredón.

Sarah volvió a taparlo y se sintió culpable por haber reaccionado de esa forma. La noche a la intemperie, arreglando el decorado navideño, le había pasado factura.

—¿Se va a morir? —preguntó Emma preocupada.

—No, cariño. Solo está resfriado. Pero se pondrá bien. Ahora voy a salir un momento a comprar algo en la farmacia, pero te voy a dar instrucciones de lo que tienes que hacer, ¿de acuerdo?

Emma asintió.

Sarah cogió un trapo y lo mojó, lo escurrió y se lo puso a Jude en la frente.

—Debes dejárselo puesto cinco minutos y luego lo vuelves a humedecer, ¿podrás hacerlo?

—Creo que sí —respondió la niña poco convencida.

—No tardaré nada.

Sarah se marchó lo antes que pudo. No tenía antitérmicos adecuados más allá de una aspirina. Pero Jude era un hombre grande y fuerte e iba a necesitar algo más potente que le bajara la fiebre. Por suerte, en el barrio había un supermercado que abría todos los días de la semana y que tenía mostrador de farmacia.

Compró todo lo necesario para paliar los efectos de un resfriado y volvió a casa.

—Emma, ya estoy aquí —dijo, dejando las llaves y despojándose de la ropa—. ¿Cómo está?

—Ha preguntado por ti, se ha movido un poco.

—Vale, cariño, ya has hecho suficiente. Ve al salón, enseguida voy a prepararte leche caliente y galletas.

—Vale —dijo soltando el trapo.

Sarah también había comprado un termómetro digital, no sabía dónde narices había metido el suyo, hacía mucho que no lo usaba, no solía ponerse enferma.

—Jude, soy yo, Sarah. Voy a intentar darte la vuelta para ponerte el termómetro.

—¿Sarah? —preguntó con una vocecilla casi inaudible.

—Sí, has debido coger frío y estás enfermo. Ya he comprado todo lo necesario para que te recuperes.

—Sarah... —dijo de nuevo girándose boca arriba y cerrando los ojos tras un suspiro.

Sarah le levantó la camiseta, dejando a la vista su pecho y abdominales. Jude tenía el torso ancho y fibrado y tuvo deseos de tocarlo suavemente para sentir toda aquella musculatura bajo los dedos, pero aquello no hubiera estado bien. Se limitó a colocarle el termómetro bajo la axila con delicadeza, levantando su fuerte brazo, ahora debilitado por la enfermedad.

—Dios mío —dijo en voz alta, cuando vio lo que el termómetro marcaba.

Pensó en llamar a Janice, ella era casi una médica titulada, pero optó por no molestarla y darle un antitérmico cuanto antes. Si con aquello no conseguía bajar la temperatura de Jude, la llamaría.

—¿Cómo está papá? —preguntó Emma en cuanto la vio aparecer en el salón.

—Tiene mucha fiebre, pero se pondrá bien. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó al ver el ángel que habían comprado la noche anterior junto a ella en el sofá.

—Estaba hablando con Logan.

—¿Y se puede saber de qué? —quiso saber Sarah parada frente a ella con los brazos en jarras.

—No, son cosas entre él y yo.

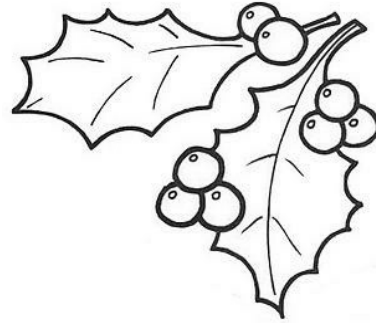
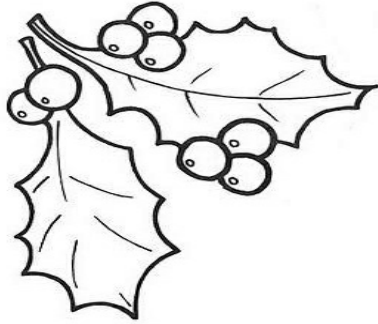
—Así que secretitos —dijo haciéndole cosquillas.

—No son secretos, estamos pactando mi deseo, bueno... mis deseos, tengo varios.

—Entiendo, y si me los cuentas no se cumplirán.

—Sí, es algo que todo el mundo sabe.

—Así es, y otra cosa que todo el mundo sabe es que a los niños les encanta la leche con chocolate, así que vayamos a la cocina a desayunar —le dijo a Emma, tendiéndole la mano para que la acompañara.



Sarah y Emma aprovecharon el encierro obligatorio en casa para hacer galletas de jengibre. A Sarah le encantaba la repostería, pero no gozaba de suficiente tiempo libre para cocinar. Aquel día era idóneo para hacer aquello y, además, contaba con la ayuda de Emma, que disfrutó tanto o más que ella cortando la masa con el típico molde del hombrecito.

—Nunca había hecho galletas. La madre de Connor siempre hace y las trae el día de la función navideña —comentó Emma, mordisqueando la cabeza de un hombrecito de jengibre.

—Pues este año también las llevaremos nosotras.

—Eso me encantaría. Connor se ríe siempre de mí, porque nunca puedo participar en las funciones.

—¿Y eso por qué?

—Papá nunca tiene tiempo de hacerme el disfraz.

—Pues eso este año lo vamos a arreglar.

—¿Qué vais a arreglar?—las interrumpió una voz congestionada a sus espaldas.

—Papá, ¿te has despertado! —exclamó Emma corriendo a abrazarlo.

—¿Qué haces fuera de la cama? Debes volver ahora mismo —le ordenó Sarah, limpiándose las manos en el delantal.

—He ido al baño y os he oído en la cocina. Estoy bien —dijo, tambaleándose al intentar dar una vuelta demostrativa.

—Estás enfermo. Venga, vamos a la cama—. Sarah lo cogió por la cintura para obligarlo a volver a la cama.

—¿Puedo quedarme aquí decorando las galletas? —preguntó Emma

mirándolos con una sonrisa satisfecha.

—Sí, pero no utilices ningún utensilio peligroso. Recuerda todo lo que te he explicado —dijo Sarah y Emma asintió.

Jude volvió a meterse en la cama y Sarah lo arropó después de colocarle el termómetro de nuevo.

—Menudo resfriado has pillado. Sabía que no era buena idea que te quedaras arreglando todo aquello.

—Era mi deber. Destrozamos todo el decorado. —Jude rio, pero la tos pudo con él.

—No hagas esfuerzos.

—Lo terminé, Sarah. Dejé todo listo para hoy —dijo orgulloso.

—Eres un bruto. Debías haber vuelto a casa antes y esta mañana hubiéramos vuelto para echarte una mano.

—No quería fastidiaros el domingo.

—¿Y esto qué es? —preguntó Sarah, sacándole el termómetro.

—Lo siento, no sabía que era tan debilucho.

—Cualquiera lo diría con tanto musculo —dijo ruborizándose.

—¿Te has aprovechado de mí? —preguntó Jude con una sonrisa picarona en la cara que no quedaba igual de bien que cuando estaba sano.

—No digas tonterías. —Lo tapó de nuevo—. La fiebre ha bajado, en dos horas debes tomarte de nuevo un antiinflamatorio.

—Muy bien, doctora.

—No te burles de mí —dijo Sarah—. Te traeré algo caliente para comer, te sentará bien.

—El mero hecho de que estés aquí conmigo ya me hace sentir bien.

—La fiebre te ha afectado bastante —comentó Sarah sonriendo.

—Te estoy hablando en serio. Nunca creí que volvería a encontrarme a alguien que despertara en mí nuevos sentimientos, pero eres el tipo de mujer de la que es fácil enamorarse.

—¿Estás intentado ligar conmigo?

—Pensaba que el otro día ya había quedado bastante claro.

—Te refieres a...

—Sí, al beso que nos interrumpieron. He pensado mucho en ello.

—Yo también, no voy a negarlo —dijo Sarah ruborizándose.

—Te volvería a besar ahora mismo de nuevo, pero creo que no estoy en mi mejor momento.

—Tranquilo, volverás a estar operativo si dejas que cuide de ti —dijo,

acariciándole la mejilla.

—Eres un ángel.

—Los ángeles son blancos —le repuso Sarah recordando la conversación con Emma en el mercadillo.

—Los ángeles son de todos los colores. En el cielo no ponen etiquetas a las cosas —la contradijo él antes de que volviera a darle un golpe de tos.

—Creo que iré a por esa comida y a por un poco de jarabe que te calme esa tos. Necesitas descansar —opinó ella, dándole un beso en la frente.

En la cocina, se echó las manos a la cabeza.

—¿Pero qué ha pasado aquí?

La cocina estaba hecha un desastre, el glaseado pintaba las paredes, encimeras y mesa. Emma tenía el pelo pringoso y de varios colores.

—No ha sido mi culpa. Salía disparado de la manga —se defendió Emma preocupada por la reacción de Sarah, que miraba la cocina como si fuera una escena de posguerra.

—Esto nos va a llevar un buen rato. Pondré el caldo a calentar y te daremos un baño.

Sarah vertió un sobre de sopa instantánea en agua y la puso a hervir a fuego lento. Dio un baño a Emma y la dejó limpia y a salvo viendo la tele.

—No te muevas. Voy a llevarle la sopa a tu padre.

Cuando entró en la habitación vio que Jude se había quedado dormido y no quiso despertarlo. Dejó la bandeja en la mesita y, tras observar sus facciones relajadas un momento y comprobar que seguía sin fiebre, salió del dormitorio. Era tan guapo y atractivo que cortaba la respiración.

Durante la noche, Sarah escuchó a Jude quejarse. Se levantó para comprobar qué le pasaba. La bandeja seguía intacta en el mismo lugar que la había dejado horas antes.

—¿Estás bien? —le preguntó, bajando la voz para no despertar a Emma.

—Me encuentro fatal, me duele todo el cuerpo.

—Ha debido subirte la fiebre. Déjame comprobarlo.

En efecto, Jude tenía un febrón que requería de un baño tibio para ayudar al efecto de los antitérmicos.

—Tenemos que meterte en la bañera.

—No creo que llegue hasta allí. Tendrás que ayudarme —le pidió con la voz entrecortada y temblando como un flan.

—No creo que pueda llevarte en volandas, pero agárrate a mí. Iremos

poco a poco.

Jude se incorporó de la cama como pudo, si tosía le dolía el pecho y la cabeza. Sarah le hizo de apoyo y con cuidado fueron al baño.

—Iré llenando la bañera. Tú empieza a desnudarte.

—Me vas a tener que ayudar, no puedo ni levantar los brazos. Nunca me había sentido tan mal.

—Está bien. Lo intentaré.

No era lo mismo despojar de ropa a una niña de cinco años que a un hombre tan grande y, además, a Sarah le temblaban también las manos. Jude le imponía y la excitaba a partes iguales, y aquel contacto tan íntimo la ponía nerviosa.

—Sarah, tú también estás temblando. ¿No te habré pegado el resfriado?

—No digas tonterías, los enfriamientos no se contagian. Es que no me he puesto el batín y tengo frío.

—Abrázame, estoy tan caliente que parezco un radiador —dijo Jude, levantando con dificultad el brazo para que Sarah le quitara la camiseta.

—Debes colaborar más. Levanta los dos brazos o tardaremos un siglo —dijo, pasando por alto aquello de que lo abrazara. No le faltaban ganas, pero sería aprovecharse de la debilidad de un enfermo—. Ahora los pantalones.

Sarah se arrodilló frente a él, que estaba sentado en la taza del váter, y le hizo levantarse un poco para tirar del pantalón. A Sarah le ardían los mofletes, estaba tan cerca de la virilidad de Jude, que no pudo evitar echar un vistazo a sus bóxers.

—¿En serio? —dijo, rodando los ojos hasta ponerlos prácticamente en blanco.

—¿Qué pasa? No te gustan los calzoncillos de color blanco.

—No es eso, Jude. Estás... Estás... Empalmado, ¡joder! —exclamó sin filtros, aquel bulto la había dejado descolocada.

—No puedo evitarlo, es algo innato —dijo, forzando una sonrisa, con los ojos achicados por el malestar.

—¿Ni estando enfermo?

—Ni así, no puedo controlarlo. Es lo que pasa cuando una mujer bonita te desnuda.

—Pues tendrás que quitarte tú los calzones, no pienso liberar a tu anaconda.

—No me hagas reír que me duele todo —dijo Jude, agarrándose el pecho en cuanto soltó una risilla floja—. Además, no puedo agacharme o me caeré

de bruces.

—Pues tendrás que entrar en calzoncillos.

Sarah ayudó a Jude a incorporarse y a meterse en la bañera. Verlo en aquella tesitura le provocó un vuelco en el estómago, esa sensación tan extraña que se cuele dentro de ti cuando la persona que tienes delante te excita y el deseo de tenerla cerca es mayor que la razón. En cualquier otro momento, no hubiera dudado en desnudarse y meterse con él dentro de la tina para unirse bajo el agua, encajándose como dos piezas de Tetris en una postura incómoda, pero placentera. Imaginó cómo sería acoplarse con él y que la abrazara mientras la penetraba, subida sobre Jude mientras sus rodillas chocaban con el frontal de la bañera. «Deja de pensar eso, Sarah», se reprendió mentalmente.

Jude se quedó estático, sentado como un niño pequeño, esperando a que lo enjabonara.

—Empieza a echarte agua por encima o te quedarás pajarito.

—No puedo, me cuesta moverme en esta minibañera.

—Esta minibañera puede salvarte la vida. Así que no la menosprecies —dijo ella, marchándose del baño para coger algún recipiente con el que echarle agua por encima.

—Creía que ibas a abandonarme en el agua como a Di Caprio —bromeó, cuando la vio aparecer de nuevo.

—No creo que pudieras ahogarte —dijo ella, echándole agua por encima de la cabeza y haciendo que él emitiera un grito agudo por la impresión—. No seas quejica.

—No me quejo por gusto. Estoy malito —se defendió Jude.

—Y empalmadito.

—Ya te he dicho que no es cosa mía.

—Entonces ¿me quieres decir que se te pondría así, aunque Maguilla el Gorila fuera tu enfermero?

—Tampoco te pases. En parte tú tienes la culpa.

—¿Mi culpa? —dijo Sarah, haciéndose la sorprendida.

—Sí, tu culpa. Es algo que se provoca solo cuando tienes delante a alguien al que deseas mucho.

—¿Me deseas?

—Desde hace tiempo, ya lo sabes.

—Creía que solo querías besarme, en plan fraternal —opinó Sarah bromeando.

—También quiero besarte, pero no como a una hermanita.

—Creo que esta conversación es impropia de alguien convaleciente — dijo, enjabonándole la cabeza.

—Me gusta cómo me tocas. —Jude echó la cabeza hacia atrás relajándose con aquel masaje.

—Tengo que cuidarte. Has salvado la Navidad.

—Después de destrozarla.

—Eso no fue solo tu culpa, fue de ambos. No solo has salvado la Navidad, también a mí de trabajos comunitarios. No hubiera quedado bien en mi currículum intachable.

—¿Nunca has hecho nada malo, nada fuera de lo correcto? —quiso saber Jude, aún con los ojos cerrados, disfrutando de las manos de Sarah, deslizándose por su cuero cabelludo.

—No.

—¿En serio?

—En serio, pero no sé a qué te refieres con algo fuera de lo correcto. Si es algo ilegal, no, nunca.

—¿Que entres dentro de la bañera conmigo sería algo incorrecto para ti?

—Totalmente incorrecto.

—¿Y si yo te lo pidiera, porque es vital para mi recuperación?

—¿Qué médico avala esa teoría? —preguntó Sarah, omitiéndole que había fantaseado con eso poco antes.

—Alguno habrá en todo el mundo. Quizá deberíamos hacerle caso.

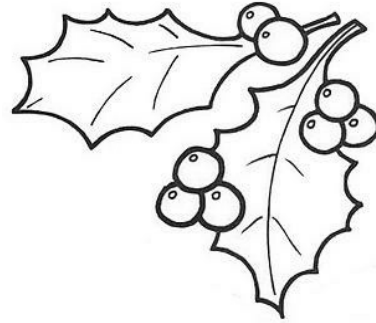
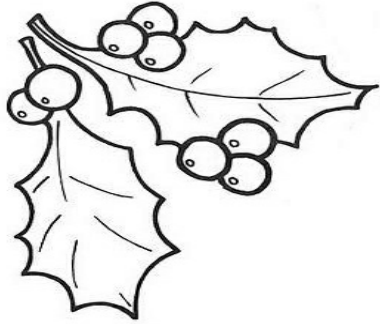
—Veo que ya te sientes mejor —repuso Sarah, apartando las manos de él para empezar a enjuagarlo.

—No ha colado, ¿verdad? —dijo él, mirándola fijamente con una mota de espuma en la nariz.

—Me temo que no. Debes salir del agua, está empezando a enfriarse. Entiendo que ya podrás tú solo.

—Creo que sí.

—En ese caso calentaré de nuevo la sopa. No puedes tomar más medicamentos con el estómago vacío. —Sarah se levantó del borde de la bañera—. Y quítate los calzoncillos, están empapados —dijo, omitiendo que también se transparentaban una cosa mala, antes de marcharse y echar un último vistazo al imponente cuerpo de Jude, que estaba muy, pero que muy bien armado. Estaba segura de que aquella imagen tan sexy de él la iba a perseguir en sueños y fuera de ellos.



Jude se quedó un poco más dentro de la bañera, ordenando sus pensamientos. El agua comenzaba a estar bastante fría para estar a gusto allí, pero aquel baño le había sentado bien. La fiebre había comenzado a menguar y se encontraba bastante más lúcido. Se miró la entrepierna y soltó un gruñido. ¿Cómo era posible que siguiera empalmada tras estar a remojo durante varios minutos? Aquello no era físicamente posible, o sí, porque ahí estaba, mostrándole aún lo mucho que deseaba a Sarah.

Dios, qué jodido estaba y, al mismo tiempo, se sentía mejor que en mucho tiempo. Sarah había entrado en su vida en el peor momento, cuando en horas bajas se sentía tan derrotado por su mierda de existencia que no encontraba más fuerza que la de levantar el brazo para empujar la botella de *bourbon*. Era un despojo, una ruina total. Había fracasado en todo: encontrar un trabajo estable, mantener a flote una vivienda y, lo que más le pesaba, en la labor más importante que se la había encomendado, la de ser un buen padre. Había fallado a Emma tantas veces que no era capaz de recordarlas y aquello le hacía sentirse tan mal que no encontraba más salida que la de cobijarse en el falso refugio que le brindaba el alcohol durante unas horas, para luego regresar a la maldita realidad de que no valía para nada y que todo iba a empeorar.

Pero ahora, sentía que una luz se abría ante él. El amago de la esperanza que ya se había resignado a perder. Había encontrado a Sarah, que debía ser la mujer más bondadosa de la Tierra, y había tenido la suerte de conocerla y que ella les abriera las puertas de su hogar sin apenas cuestionarles.

Esa mujer era un regalo del cielo. Un milagro. Un ángel. Lo mejor que les

había pasado en mucho tiempo a él y a su pequeña, y Jude no podía menos que sentirse infinitamente agradecido a Dios por haber tenido la deferencia de darle algo bueno de una maldita vez. Una tabla a la que subirse, una boya a la que agarrarse, una luz en las sombras. Además, ella le gustaba, le gustaba de verdad. Como hacía tiempo no le gustaba ninguna mujer. Era preciosa, con esa piel suave del color del azúcar moreno y esos ojos suyos azules tan enormes y expresivos. La deseaba, cada día más. Y, aunque sabía que al principio la había fastidiado a base de bien, mostrándole lo mierda que podía llegar a ser, ahora ella le estaba dando una nueva oportunidad de redimirse. Ese beso en la salita... Dios... Lo tenía grabado en la cabeza. Pensaba en él cada instante y no veía la hora de volver a besarla y, tal vez, si ella se lo permitía, llegar más lejos. Deseaba desnudarla lentamente, recreándose con la visión de su perfecta piel, besar cada centímetro, saborearla, rendirse a ella, acariciarla, manosearla, hundirse en ella, hacerla suya, que volara al ritmo que él impusiera, suave al principio, salvaje después.

Jude gruñó suave, estaba con los ojos cerrados desde que ella se había marchado. Su mano, mientras le daba vueltas a sus sentimientos cada vez más intensos por Sarah, había tomado por sí misma la decisión de satisfacer las necesidades de su cuerpo. Eran varios días de erecciones matutinas, de masturbaciones pensando en ella.

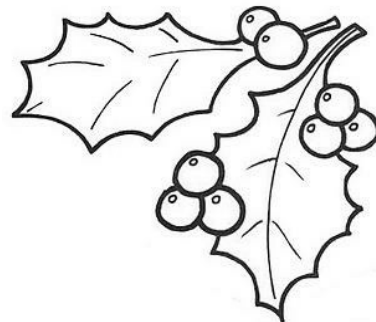
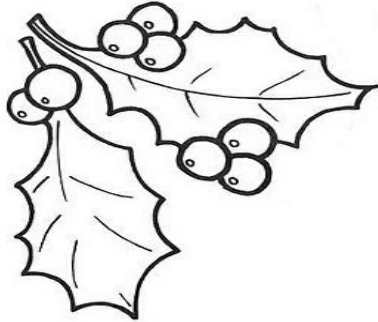
—Lo siento, solo venía a traerte una muda limpia. —La voz de Sarah le hizo abrir los párpados de golpe. Estaba plantada en la puerta con los ojos fijos en su mano bajo el agua y que dejaba bien claro lo que estaba haciendo Jude—. Ya me voy, perdona. No he visto nada... Te la dejo aquí —dijo atropelladamente, dando unos pasos acelerados para dejar la ropa sobre la tapa de la taza del váter, antes de salir disparada del cuarto de baño.

Dios, ¡qué vergüenza!, Sarah lo había pillado de lleno, pero eso eran los gajes de la convivencia, cosas que pasaban. Bajó la vista hacia el lugar donde seguía su mano estática, formando una montaña bajo el bóxer. Tras la interrupción, la excitación se había venido abajo y Jude dibujó una leve sonrisa en el rostro, retirando la mano. ¿Qué era lo mejor ahora? ¿Hablar sobre el asunto o pasar y hacer como si nada hubiera pasado?

Salió de la bañera y se secó con una toalla, luego se puso la ropa que Sarah le había llevado. Cuando entró en la salita se encontró con que ella no estaba allí, tampoco en la cocina. Debía haberse acostado. Pensó en ir hasta su dormitorio y hablar con ella, pero ¿de qué? «Estaba haciéndome una paja, sí, pero es algo fisiológico, Sarah. No volverá a ocurrir». Se dirigió a su

habitación, apoyó la oreja en la puerta cerrada y no escuchó nada. Debía estar dormida.

En su cama, Sarah no conseguía conciliar el sueño, la visión del puño de Jude moviéndose, haciendo lo que claramente estaba haciendo, había conseguido alterarla. Deseaba esa mano sobre su cuerpo, deseaba lo que aferraba esa mano entrando en ella. Deseaba a Jude. Cada día más. Escuchó sus pasos en el pasillo y cómo estos se detenían al llegar a la puerta de su habitación. Por un momento, pensó que le gustaría que Jude la abriera y se acercara a su cama. Sin mediar palabra se metiera debajo del edredón y la abrazara. Que uniera su boca a la suya y la besara. Que sus manos se abrieran camino entre su ropa y la desnudara por completo. Que sus cuerpos se juntaran y el calor de Jude la invadiera. Que Jude entrara en ella y le hiciera el amor.



Sarah estaba a punto de salir por la puerta del apartamento, cuando apareció Jude en la salita. En cuanto lo vio, con un pantalón de chándal y una camiseta blanca de algodón de manga corta, que dejaban intuir lo bien desarrollado que estaba lo que había debajo, las mejillas se le encendieron. Anoche había visto más de su anatomía de lo que hubiera querido de momento y aquello había encendido un botón en su interior que le impedía verlo ya de un modo no sexual. Ahora cada vez que lo tenía delante veía su mano blandiendo su miembro, ¡y vaya miembro! Había podido ver la cabeza hinchada que asomaba por encima del puño y era un miembro digno de entrar en el libro Guinness de los récords. ¿Cómo podría sacarse esa imagen de la mente sin arrancarse la cabeza de cuajo del cuerpo? Se maldijo por tener ojos.

—Hola, papi —lo saludó Emma que, como Sarah, se disponía a salir de casa camino del colegio.

—Hola, cariño. Siento no haberme levantado para ayudarte a vestirte.

—No pasa nada, Papi. Yo puedo sola, además, Sarah me ha ayudado y también me va a llevar al cole —respondió la niña feliz de ver a su padre levantado y más feliz aún porque fuera Sarah quien la acompañara a la escuela esa mañana.

—Tienes mejor aspecto —afirmó Sarah, echándole una rápida mirada a la cara—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, mucho mejor. —Jude sonrió—. El baño de anoche fue milagroso —añadió con una sonrisa picarona.

—Sí, sí, los baños con agua templada son el mejor remedio para la fiebre —aseguró Sarah hablando como una enfermera profesional.

Por la forma en la que se había marchado del baño, prácticamente había salido corriendo, Jude suponía que esa mañana podía esperar una de dos: Sarah intentaría esquivar cualquier conversación sobre aquel baño nocturno o iba a utilizar lo que había visto al entrar de improviso para burlarse de él.

Pero lo que hizo fue naturalizarlo.

—Me visto en un segundo y llevo a Emma al colegio, no quiero que te molestes —dijo Jude, haciendo ademán de volver a la habitación.

—No digas tonterías —lo frenó Sarah—. Lo mejor es que salgas lo menos posible de casa y trates de recuperarte. Necesitas ponerte bueno y hacer lo del cartel de la tienda. Además, luego tendrás que salir para recoger a Emma del cole, ya que yo no podré —le recordó.

—De acuerdo —accedió él y se acercó a su hija para darle un beso en la frente—. Sé buena y trata bien a tus compañeros —le dijo, recolocándole el flequillo.

—Siempre soy buena, papi. Ya lo sabes.

—Lo sé —dijo, reincorporándose para encararse con Sarah. Incluyó la cabeza sobre la suya y le posó un besó en la mejilla—. Tú también sé buena, Sarah.

—Y tú —le dijo ella sintiendo un escuadrón de mariposas removerse en su estómago—. Vamos, Emma, o llegaremos tarde —le tomó la mano a la pequeña antes de volver a mirar al padre, que con una sonrisa enorme las miraba a las dos—. Adiós, Jude.

—Adiós, chicas —se despidió él, abriéndoles caballeroso la puerta y dirigiéndole una mirada intensa a Sarah.

La escuela de Emma quedaba a veinte minutos del apartamento, siempre y cuando no perdieran el autobús y tuvieran que esperar al siguiente que hacía la ruta, luego había que andar otros cinco minutos desde la parada hasta el recinto. Emma aprovechó el trayecto en bus para entablar conversación, era una niña muy charlatana.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —preguntó la niña.

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Seguro que me llamas entrometida y me riñes por rebuscar entre tus cosas, pero el otro día vi una libreta muy gorda con muchas palabras juntas.

—Pues sí, tienes razón. Está muy feo hurgar entre las cosas personales de la gente —la reprendió Sarah.

—Lo sé, lo siento —dijo Sarah entristeciendo el gesto.

—No importa, pero no vuelvas a hacerlo.

—¿Pero qué era eso? —insistió la niña.

—Un libro que escribí hace tiempo.

—¿Eres como la de Harry Potter?

—¡Qué más quisiera yo! —exclamó Sarah riendo.

—Aún no sé leer muy bien, pero alguien que escribe algo tan gordo debe ser muy listo.

—Te lo agradezco. Algún día podemos escribir un cuento juntas, ¿te gustaría?

—Me encantaría —respondió contundente—. Siento haber entrado en tu habitación.

—Lo sé. Venga, pongámonos en pie. Nuestra parada es la siguiente.

Conforme se acercaban al colegio se notaba la actividad creciente de escolares yendo en esa dirección. Al lado de Sarah, la niña caminaba con una amplia sonrisa esbozada en el rostro, haciendo oscilar con brío las dos coletas que Sarah le había hecho aquella mañana. No había querido ponerse el gorro de lana ni tampoco la capucha del abrigo para poder lucirlas con orgullo.

—¿Tengo que entrar contigo? —preguntó Sarah observando la puerta abierta que daba al patio, donde unas maestras aguardaban a los pequeños estudiantes, abrigadas de los pies a la cabeza.

—Claaaro, tengo que presentarte a mi profesora, la señorita Michaels. Es muy simpática, aunque algo chismosa —respondió Emma, apretándole la mano.

Ambas se encaminaron hacia una de las maestras y esperaron a que se despidiera de una mujer que sujetaba del brazo a un niño que trataba de escapar por todos los medios. Sarah sonrió al ver los inútiles esfuerzos del pequeño.

—¿Ese niño es compañero tuyo?

—Qué vaaa, ese es un pequeñajo de primero.

—Claro, qué tonta estoy, ¿cómo no me he dado cuenta? —rio Sarah ante la vehemencia de la pequeña.

—Vamos, la señorita Michaels ya está libre —dijo Emma tirándole de la mano—. Hola, señorita Michaels —la saludó plantándose ante ella.

—Buenos días, Emma —respondió la maestra dirigiéndole una sonrisa. Luego miró a Sarah.

—Esta es mi madre —dijo Emma, y Sarah, alucinada, no supo qué decir

—. ¿Me cree ahora? —increpó a la maestra, que apretó los labios, incómoda.

—Emma... —La mujer miró con nerviosismo hacia Sarah y le sonrió—. Es un placer, señora Myers.

Sarah asintió con la cabeza y optó por despedirse de Emma para poder hablar con la maestra a solas.

—Venga, cariño, vete adentro. Hace mucho frío.

—Espera, mami, ¿no me das un beso? —dijo la pequeña estirando el cuello hacia ella.

—Claro, cariño —respondió Sarah, besándole la cabeza.

—Usted sabe que no soy su madre, ¿verdad? —le preguntó a la señorita Michaels tan pronto Emma desapareció de su vista.

—Lo sé —dijo la maestra con pena. Emma es alumna mía y conozco muy bien sus circunstancias. Una verdadera lástima. Pero le gusta fantasear y les dice a sus compañeros que su madre trabaja mucho y por eso no viene nunca a la escuela.

—Entiendo —dijo Sarah, sintiendo mucha ternura por la niña.

—¿Es usted la novia del señor Myers?

Vaya, pues sí que era chismosa la mujer.

—Sí —respondió ella, permitiéndose a sí misma fantasear sobre la relación que la unía con el padre de Emma.

—Vaya —dijo la señorita Michaels, lanzándole una mirada de admiración.

—¿Qué?

—No es que me a mí me importe mucho, pero ese hombre es la comidilla de todas las madres divorciadas del colegio, y no divorciadas. Ya me entiende. —Arqueó las cejas de un modo significativo.

Sarah la miró perpleja, ¿cómo había terminado hablando de hombres con la maestra de Emma?

—Jude es un gran hombre —dijo por decir algo, queriendo zanjar esa conversación de inmediato.

—¡Y tan grande! —convino entre risas la mujer, que ya tendría sus buenos sesenta años, sin cortarse un pelo, y Sarah no pudo evitar soltar una carcajada.

—Me comentó algo Emma sobre una función navideña y unos dulces para recaudar fondos —dijo, cambiando de tema.

—Sí, la función que hacen todos los años los niños antes de tomar vacaciones. Será de aquí a dos viernes. La hacemos a las seis de la tarde para que pueda venir toda la familia. ¿Vendrán ustedes?

—Pues claro —respondió Sarah, no cayendo en la cuenta entonces de que para ese día tenía pensado estar ya en la casa de sus padres en Fort Augustus.

—Ah, genial. En ese caso, le daré un pequeño papel a Emma para que puedan verla.

—¿Es que no tenía papel?

—Emma nos dijo que no iba a poder salir, pero sabiendo que sí, le buscaré un papelillo en la función. Por desgracia todos los papeles importantes están repartidos, pero puede hacer de árbol, nunca viene mal un árbol de Navidad más. Este año su clase es la responsable de la representación del Belén.

—Me parece bien, seguro que a Emma le gustará participar.

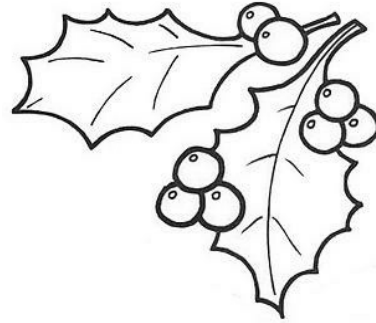
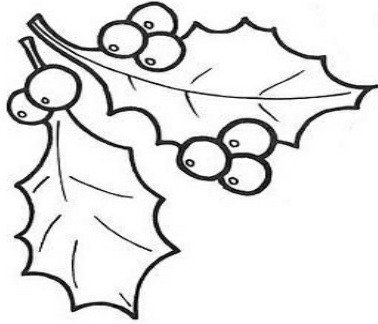
—Le encantará, de haberlo sabido le hubiera dado un papel protagonista. Es una niña muy lista y se habría aprendido muy bien las líneas del guion.

—No importa, lo que sea, estará bien. —Sarah le sonrió a la maestra.

—Estupendo. Un placer... —la maestra hizo un alto—... Perdone, no me ha dicho cómo se llama y supongo que no es señora Myers.

—Me llamo Sarah Morgan, pero usted puede seguir llamándome señora Myers. Suena bien. —Sarah extendió la mano para saludar formalmente a la maestra de Emma, a la vez que le guiñaba el ojo.

—Encantada, señora Myers —dijo la mujer muy divertida con todo aquello.



—¡Sarah, Sarah! —exclamó Emma nada más verla entrar por la puerta de casa.

—Hola, pequeñaja. ¿Qué tal en el cole?

—Muy bien, por fin he callado algunas bocas. Los niños de mi clase siempre dicen que soy una mentirosa.

—¿De qué habláis? —preguntó Jude, apareciendo en el salón con el delantal de cuadros vichy rojos de Sarah puesto. Estaba impresionante incluso con aquella indumentaria tan femenina.

—Nada, cosas de chicas —contestó Sarah, guiñándole el ojo a Emma, que volvió a jugar con sus coches—. Te veo mucho mejor.

—Sí, ya puedo moverme como un ser humano normal. He hecho pasta —anunció orgulloso de serle útil en algo a Sarah.

—Si sigues preparando carbohidratos por la noche, en enero estaré como una vaca —dijo Sarah divertida.

—Ven conmigo, te serviré un plato.

Sarah siguió a Jude hasta la cocina y se sentó a la mesa. Este le sirvió una copa de vino y le plantó delante un plato de espaguetis carbonara tamaño jumbo.

—¿Cuánta pasta has hecho?

—Como para un comedor social. Es difícil calcular cuando la sacas del paquete.

—Ya veo, si ves que me dejo algo en el plato no es porque no esté buena, es que me es imposible comerme todo este plato.

—Come lo que te apetezca, nosotros ya hemos cenado. Siento no haberte

esperado, pero teníamos hambre.

—Tranquilo. Te agradezco que me guardaras un plato.

—Ha sido fácil, hay como para tres personas más —dijo Jude riendo mientras se rascaba la cabeza.

—Hoy he hablado con la profesora de Emma. Me ha comentado lo de la función. Le han dado un papelito como árbol navideño.

—¿De veras? —A Jude se le iluminó la cara. Los dos últimos años no había podido asistir a la función escolar por motivos de trabajo y la niña había decidido finalmente no salir, y eso era algo que había lamentado mucho, pues sabía que a su hija le hubiera encantado participar y que él fuera a verla actuar, pero no había sido posible. Este año, gracias a Sarah las cosas eran muy distintas.

—Ajá, este año su clase es la encargada de representar el teatro, y también habrá un mercadillo de venta de dulces caseros para recaudar fondos para alguna asociación local —dijo antes de sorber un espagueti.

—No sé si seré capaz de preparar nada. Hacer estos espaguetis me ha llevado horas.

—Le prometí a Emma que los haríamos juntas, no te preocupes por eso. Aunque tendré que atrasar mi viaje a casa de mis padres un par de días. Tengo quince días de vacaciones y dos más que he acumulado en horas extras. Tenía pensado viajar ese jueves.

—¿Harías eso por Emma? Sé lo mucho que echas de menos a tus padres, se te ilumina la cara cuando hablas de ellos.

—Lo sé, son unos padres fantásticos, pero ahora Emma es una personita muy importante para mí y no la defraudaría por nada del mundo.

—Sarah, yo no sé ni que decir —dijo Jude. Estaba claramente avergonzado por su propio comportamiento.

—No tienes que dármelas, para mí también es una bendición haberos encontrado, alegráis la casa.

—Más bien, la ponemos patas arriba. Respecto a lo de ayer...

—Lo de ayer, no merece ninguna mención especial, es lo que hubiera hecho cualquiera —dijo Sarah, apurando la copa de vino.

—Crees que todo el mundo hace esas cosas en la bañera —bromeó Jude, divertido.

—Ah. —Sarah se atragantó con el vino y empezó a toser.

—Lo siento, no pretendía incomodarte. —Jude le golpeó levemente la espalda para ayudarla a volver en sí.

—Cambiamos de tema, ¿vale? —le pidió Sarah roja como un tomate maduro—. Robert me ha preguntado cómo va el tema del cartel.

—Mañana mismo me pondré con ello.

—Me alegra verte mejor. Me gustaría ayudarte, además, necesito un lugar despejado para comenzar a hacerle el traje de árbol a Emma.

—Eso está hecho, pero no hace falta que vengas al taller.

—Lo sé, pero me apetece hacerlo. Además, creo que podremos convencer al niño oficial de la comunidad de vecinos con unas galletas de jengibre. Somos su pareja favorita de prometidos —dijo Sarah riendo y provocando que Jude se sintiera avergonzado al recordarle aquello. —

—¿Estás buscando una excusa para quedarnos solos? —le preguntó Jude después.

—Es posible —contestó Sarah, esbozando una sonrisa. Ella también sabía jugar a aquello.

A la mañana siguiente, antes de marcharse al trabajo, Sarah hizo una visita al señor McDermot con un plato de galletas de jengibre de dudosa buena decoración.

—Buenos días, señorita Morgan. ¿Qué hace tan temprano llamando a mi puerta? —le preguntó el hombre, abrochándose la bata de estar por casa.

—He querido tener un detalle con usted por cuidar de Emma el otro día. Las ha decorado ella misma. —Sarah le tendió el plato de galletas.

—Se nota —dijo, inspeccionando una de ellas.

—La niña lo pasó estupendamente el otro día y se preguntaba si hoy puede quedarse con usted un ratito. Jude y yo tenemos que ir a ultimar unos detalles para la boda.

—¿Acaso creen que me gustan tanto los niños como para repetir?

—Estoy segura de que podrá contarle algunas de esas historias tuyas sobre la guerra que tanto le gustan.

El señor McDermot se limitó a gruñir para después claudicar ante la idea de tener una fiel espectadora de una de sus batallitas.

—Está bien, pero no lleguen más tarde de las diez.

—Se lo agradecemos mucho. Hace usted muy feliz a esta joven pareja.

—Espero que me inviten a la boda.

—Por descontado —aseguró con vehemencia—. Está usted el primero de la lista.

—¿Y a qué hora dice que viene Emma?

—Después del colegio, mi prometido se la dejará en casa.

—Está bien, pero díganle que no sodomice a mi pobre gato. La última vez, Ralphie no salió de detrás del radiador en toda la noche.

—Descuide, y gracias de nuevo.

La mañana en el trabajo fue algo más tranquila, siempre había algunos días al mes en los que los turistas hacían el relevo y se notaba el descenso hasta la llegada de los nuevos visitantes. Sarah y Mary aprovecharon el momento de parón para hablar de sus cosas en la trastienda, el día anterior apenas habían tenido tiempo ni de comer juntas.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó Sarah, abriendo unas cajas de productos nuevos para etiquetar.

—Fantástico es decir poco, pero lo mío se resume rápido. Vino, fuego y sexo. ¿Qué tal tú con Jude?

—La verdad es que bastante bien. Parece que se ha tomado en serio eso de dar un cambio a su vida.

—Me alegro por él y por la niña.

—Sí —afirmó sin añadir nada más, algo que escamó a su amiga.

—Tú me ocultas algo —dijo Mary, dejando a un lado la etiquetadora.

—¿Yo? No, para nada.

—Sí, ya lo creo que sí. —La miró un instante y se percató de que se había sonrojado—. ¡No! ¡Tú te lo has tirado! —exclamó finalmente.

—No, no, no. No digas burradas.

—¿Burradas? Acaso no es lo que hace la gente cuando está enamorada.

—No estoy enamorada —le repuso, no muy convencida.

—Enamorada, atontada, hechizada, ¡qué más da! El caso es que estás pillada hasta las trancas por ese tío y ha pasado algo entre vosotros.

—Solo nos hemos besado.

—Lo ves, ya sabía yo que había habido tema —dijo cogiendo de nuevo la etiquetadora triunfal—. ¿Y te gustó?

—Sí, pero Emma nos interrumpió.

—Debéis establecer unos horarios. Los buenos padres hacen eso, lo leí en un libro. La intimidad cuando hay niños en casa es un tema de discusión constante en las parejas.

—Tú no tienes hijos, ¿para qué leerías algo así?

—Para estar provista de sabiduría en un futuro y para ayudarte y apoyarte en estos duros momentos. Aunque creo que será Jude quien te apoye sobre la

encimera de la cocina —comentó con una pícaro sonrisa esbozada.

—Eres una obsesa sexual.

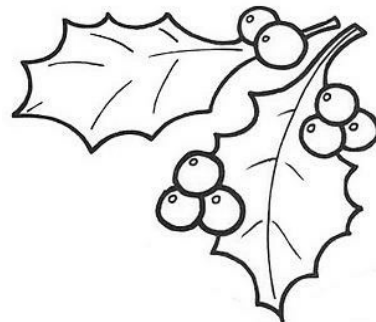
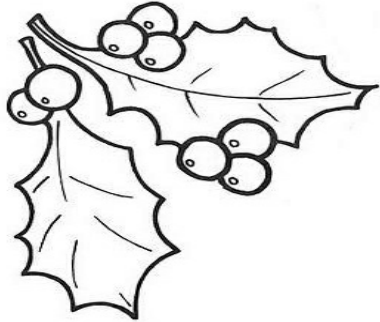
—No, solo soy una mujer normal a la que la sangre le corre de manera veloz de cintura para abajo. ¿Me vas a decir que el siguiente paso no será tirarte a ese tío?

—Ese tío se llama Jude y no hay ningún paso a seguir. Las cosas irán según vengan.

—Está bien. —Mary alzó las palmas—. Me rindo. Pero espero que, cuando eso pase, me lo cuentes todo.

—Descuida. Me pondré un aviso en el móvil y serás la primera en saberlo —ironizó Sarah.

—Gracias. —Mary le hizo una reverencia a su amiga y se marchó a colocar la nueva mercancía en los estantes de la tienda.



A las ocho en punto, Jude aparcó la furgoneta de su amigo enfrente de la tienda. Estaba nervioso, hacía mucho tiempo que no recogía a ninguna mujer después del trabajo. Era algo que solía hacer con Megan antes de que esta se quedara embarazada. Caminaba hasta la cafetería donde trabajaba para hacer el camino de vuelta a casa de sus padres con ella. Podría haber cogido el bus, pero le gustaba disfrutar de las calles de Edimburgo de la mano de Megan. Pensar en aquello le bajó los ánimos, pero, cuando vio aparecer a Sarah con su boina beige de lana y el cuello del jersey subido hasta un poco más de la barbilla, el corazón se le encogió. Era tan bonita y delicada. Le encantaba el color cobrizo de su piel y el matiz pardo de sus ojos, enmarcado por aquellas largas y espesas pestañas oscuras. Sabía que uno de sus progenitores era negro, pero no sabía cuál y tampoco tenía mayor importancia. Era una mulata preciosa por dentro y por fuera.

—¿Llevas mucho rato esperando? —le preguntó nada más montar en el vehículo.

—No, acabo de llegar.

—¿Has adelantado mucho hoy?

—Lo cierto es que sí, creo que estará antes del día quince.

—Robert se pondrá muy contento.

—Además, tengo una sorpresa para ti. —Jude sonrió de un modo que hizo que el estómago de Sarah se tensara.

—¿Para mí?

—En parte sí. En realidad, es algo que debería hacer yo.

—Me mata la intriga.

—Por cierto, el señor McDermot nos ha recibido vestido de militar esta tarde —comentó él, frunciendo el ceño, mientras sacaba la furgoneta del aparcamiento con unas maniobras.

—Pobre Emma —dijo Sarah riendo.

—¿Debería preocuparme?

—No. Le gusta ponerse su viejo traje para contar historias de la guerra. A veces le oigo recitar solo batallas en verso. Es una buena persona, aunque parezca un gruñón.

—Sí, debe serlo. Además, estaba muy emocionado con asistir a nuestra boda y me ha deseado suerte con el menú.

—Ah, sí. —Sarah soltó una breve carcajada—. Es que le dije que íbamos a probarlo esta tarde.

—Así que ahora te aprovechas de mi metedura de pata y sigues engañando al pobre señor McDermot —la reprendió en broma Jude, negando con la cabeza.

—No me queda más remedio. Si se entera que he metido un chico en casa en pecado, nos condenará al fuego eterno.

—¿En pecado? —Jude arqueó una ceja y apartó la vista un segundo de la carretera para mirarla.

—Bueno... tú ya me entiendes. —Ella carraspeó un poco nerviosa.

En cuanto llegaron al taller improvisado en el garaje del amigo de Jude, Sarah pudo comprobar que, efectivamente, el cartel estaba completamente lijado y listo para enmasillar y barnizar en un par de días. Jude le explicó que era el tiempo óptimo de secado para aplicar el betún a las grietas e igualar el color de la madera.

—Va a quedar genial —afirmó Sarah deslizado la mano por la madera.

—Sí, eso espero. No querría que quedaras mal con tu jefe.

—Quedará encantado. Me gusta el olor de la madera sin tratar, es como el olor de la tierra mojada.

—A mí también. Había olvidado lo que me relaja.

—Podrías dedicarte a esto.

—Es difícil encontrar talleres de ebanistería en la ciudad y, los que hay, ya tienen personal. Pero el señor Harrison me ha llamado.

—¿Quién?

—El encargado de la organización del mercadillo. Se han quedado impresionados con la rapidez con la que arreglé el estropicio y me han propuesto trabajar en mantenimiento local.

—¿Cómo me alegro! ¿Esa era la sorpresa?

—No, esa sorpresa ha sido más bien para mí.

—¿Y cuando empezarías?

—En enero, pero me llamarán antes si tienen una emergencia navideña.

—Eso es estupendo, Jude. Al final el resfriado ha tenido una buena recompensa después de todo.

—Sí, aunque esperaba otro tipo de recompensa.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cuál?

Jude ladeó la cabeza y Sarah lo entendió al instante.

—Vaya, pensé que estabas solucionando aquello tú solo anoche.

—Lo siento, debió ser bochornoso para ti.

—No tanto como para ti, supongo.

—Para mí no lo fue tanto. Es algo que hacemos todos.

—Yo no lo hice.

—¿Me estás queriendo decir que nunca te has tocado? —Jude la miró fijamente.

—Yo no he dicho eso, me refiero a anoche.

—¿Entonces me estás queriendo decir que no sentimos lo mismo?

—Tampoco he dicho eso.

—Me confundes, Sarah —dijo él, posando una mano sobre la de ella.

—No es mi pretensión —contestó, ahogando un suspiro al notar su contacto.

Sarah intentó librarse de aquel contacto, pero Jude empezó a recorrer la madera con su mano sobre la suya.

—Tengo que lijar algunas partes, dejarlas más finas. Dime dónde notas que la madera está más áspera —dijo tras ella, apoyando su cuerpo en la espalda de Sarah, susurrándole al oído.

—Aquí —dijo ella, parando la mano en un punto, esperando que él se la dirigiera a otro lado—. Y aquí. —Cerró los ojos para disfrutar aún más de aquel contacto tan íntimo—. ¡Qué maravilla! —susurró—. La aspereza traspasa las yemas de los dedos y me recorre los brazos de un modo electrizante.

—¿Verdad que sí? No me había dado cuenta de cuánto había echado de menos esto hasta esta tarde —murmuró él en un tono tan sensual, que Sarah ya no supo si seguía hablando de la madera. Él se pegó más fuerte y sintió su erección oprimiéndole la parte baja de la espalda. No pudo reprimir un gemido y Jude se movió provocándole esta vez un intenso hormigueo entre las

piernas—. Quiero besarte, Sarah —murmuró de nuevo, provocándole un dulce cosquilleo en el hueco del hombro.

—¿A qué esperas?

—A que me des tu permiso.

—No lo necesitaste la otra vez.

—Esa vez fue distinto. Nos pilló por sorpresa y fue algo inevitable. Te deseo tanto. ¿Lo notas? —Jude volvió a restregarle la erección por la espalda y Sarah dejó escapar otro gemido. Su cuerpo reaccionaba a cada caricia como un resorte, poniéndose en funcionamiento, encendiéndola desde dentro, licuándole la carne y la piel—. Voy a hacerlo, no aguanto más.

—Hazlo —le ordenó, y Jude no necesitó más. Le envolvió la cintura y le dio la vuelta de sopetón. Descendió las manos por sus caderas y, agarrando a Sarah por los muslos, la levantó en brazos para posicionar sus cabezas a la misma altura. Ella en el acto le envolvió la cintura con las piernas. Sus miradas se encontraron rápidamente en el corto espacio que separaba sus rostros. Las respiraciones se agitaron revoloteando inquietas. Sus bocas se unieron. Sarah se agarró al pelo de Jude y él empezó a andar buscando un lugar donde apoyarla. Hubiera querido mostrarse delicado con ella, posarla sobre un lecho, desnudarla poco a poco y besar cada parte de su cuerpo hasta hacerla erizarse entera, pero la deseaba tanto que su rudeza estaba más presente en sus actos que su deseo de ser comido. Llevaba mucho tiempo sin tocar a una mujer y Sarah lo volvía loco. La había deseado desde que la conoció, pero con el tiempo sus sentimientos habían mutado, y ahora sentía un anhelo infinito en el pecho por poseerla, entrar en ella y hacerla vibrar de los pies a la cabeza.

—Eres una mujer preciosa, Sarah. —Jude rompió aquel beso que no parecía tener fin.

—No será para tanto —le repuso ella, que no llevaba demasiado bien los elogios.

—Lo eres, te guste oírlo o no.

Al fin encontró una mesa donde apoyarla y seguir besándola, a la vez que comenzaba a tirar del suéter que llevaba para quitárselo por la cabeza. Ella levantó los brazos y el jersey, al segundo siguiente, estaba tirado en el suelo. Por unos segundos, Jude se detuvo en su afán por desnudarla para contemplarla. Su piel cobriza relucía apetitosa, bajo la luz blanca del fluorescente, y creaba un efecto tentador, en contraste con el color rosa del sujetador de encaje que llevaba puesto. Besó de nuevo sus labios, después

bajó por su cuello y hundió la boca entre sus pechos.

—Deseo probar tu piel. Debe saber dulce —susurró él.

Lentamente, le lamió el canalillo, mientras la instaba a tumbarse de espaldas sobre la mesa. Gruñó de excitación y ella sintió un hormigueo creciente entre las piernas subiéndole hasta el vientre, donde se encontró con la boca golosa de Jude, que con la lengua jugueteaba con su ombligo ahora.

—¡Dios, sabes a gloria bendita!

Al escuchar aquello Sarah no pudo evitar reír y Jude regresó a su boca para robarle de un beso la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó, volviendo a romper el beso.

—Lo que dices. Nunca nadie me había dicho algo así.

—Nunca has estado con nadie como yo —le repuso él.

—No lo dudo.

—¿No? —Jude se mordió el labio y arqueó una ceja.

—Eres el hombre más guapo con el que he estado —afirmó Sarah, perdiendo la vergüenza ahora.

—No me refería al físico.

—¿A qué te referías entonces? —preguntó ella, sabiendo bien a qué se refería.

—A lo que soy capaz de hacerte haciendo uso de él. —Jude la tomó por las caderas y tiró de ella hasta anclarle fuertemente la erección en el sexo. Ella gimió al sentir su potencia sexual y Jude sonrió.

—¿Y qué me vas a hacer?

—Lo que tú quieras.

Sarah echó la cabeza hacia atrás y le sonrió con picardía.

—Haz conmigo lo que lo quieras —dijo, arqueando la espalda.

Durante la siguiente hora, Jude la besó de todas las formas posibles y Sarah descubrió rincones en su cuerpo que podían ser besados y nunca lo habían sido. Cuando ya no pudo resistir más el placer acumulándose entre sus muslos, le suplicó que la embistiera, y Jude lo hizo, lo hizo de un modo tan bruto que Sarah pensó varias veces que podría partirse por la mitad.

—Espero haber estado a la altura. Sé que no es tarea fácil contentar a una mujer como tú —le dijo Jude, abrazándola y dejando caer la cabeza sobre el hombro de ella.

—¿A qué te refieres?

—A que estoy desentrenado y tú te mereces lo mejor de mí.

—La calidad no se mide así en estos casos. Era algo que deseaba hacer desde hace tiempo.

—¿Incluso antes de conocerme? —rio Jude.

—Incluso. No siempre uno hace el amor con las mismas ganas y esta vez lo he hecho con una intensidad tremenda.

—Me alegra oírte decir eso y lo comparto. Aunque tenga muchos defectos, no soy hombre de acostarme con cualquiera, por eso no lo he hecho en dos años.

—Bueno, ahí te llevo ventaja.

—Prefiero no saberlo, Sarah. No quiero imaginarme ni por un segundo que otro hombre te toque.

—No he salido de un convento de clausura, no puedes tener celos del aire que me toca.

—No soy celoso, no me malinterpretes, solo que ciertas cosas es mejor no saberlas.

—Te entiendo, no pensaba darte detalles. ¿Y la sorpresa?

Jude se rio a carcajadas, luego respondió:

—¿Te parece poco lo que acaba de pasar?

—¿Esa era la sorpresa? ¿Tan seguro estabas de que iba a suceder?

—No, te estoy tomando el pelo. Espera. —Jude se incorporó y se alejó de la mesa—. ¿Qué te parece? —preguntó segundos después, mostrándole una estructura de chapa cortada en forma de abeto, dejando a la vista, por un agujero del tamaño de una minicabeza, toda su virilidad.

—¿Eso es un *glory hole* navideño? —se burló Sara, soltando una risotada.

—No. ¿Por quién me tomas? Es el disfraz de Emma.

—¡El disfraz! Vaya, me había hecho ilusiones.

—Va a ser que la perversa eres tú —comentó él dejando la chapa a un lado—. ¿Qué te parece?

—Muy bonito, pero habrá que probárselo primero. Yo había pensado en algo más sencillo.

—Pero esto es genial y muy profesional. Solo hay que adaptarle unas cuerdas que irán cruzadas por delante y atadas detrás.

—¿Y si tiene que darse la vuelta en la función? —preguntó Sarah, rascándose la barbilla.

—Pues lo camuflaremos con un lazo rojo.

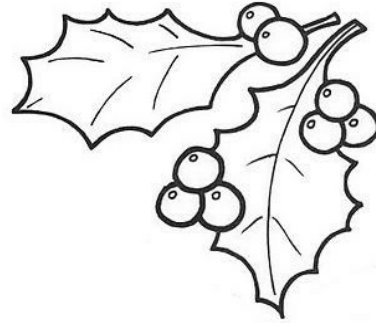
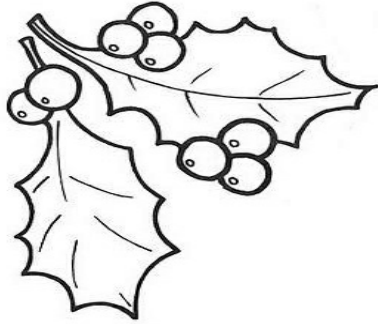
—Puede quedar bien, pero insisto en que debemos probárselo antes de

pintarlo y hacer todo el trabajo.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo, siempre la tengo.

—Eso ya lo veremos —dijo Jude volviendo a la improvisada cama con Sarah.



—Gracias, señor McDermot —dijo Sarah cuando fueron a recoger a la niña.

—Les dije que no vinieran más tarde de las diez y son casi las once y media —los reprendió el casero—. No es muy responsable por su parte. Esta niña mañana tiene que ir al colegio.

—Lo sentimos de verdad. Ha sido cosa del restaurante. No entendió bien la hora de nuestra reserva —añadió Jude.

—Está bien, está bien. Todo sea en pos de esa boda, Dios mediante. Que sepan que estoy siendo muy permisivo con ustedes. Los tiempos han cambiado e intento adaptarme a ellos, pero aún hay cosas que me cuesta asimilar.

—Lo entendemos perfectamente. Nuestra situación es un tanto especial.

—Su situación es admirable. Adoptar a esta niña desvalida para darle un hogar es un acto de muy buena fe. El Altísimo se lo agradecerá.

Jude y Sarah miraron a Emma de inmediato, aquella niña tenía una imaginación prodigiosa.

—Creo que deberíamos acostar a esta pequeña granujilla. De nuevo, muchas gracias —dijo Jude, tomando en brazos a Emma.

—Buenas noches, señor McDermot —se despidió Sarah, antes de seguirlos, intentado aguantarse la risa.

Al entrar en el apartamento ambos estallaron y las carcajadas podían oírse hasta en el rellano. Algo que no escapó de los oídos del señor McDermot, que se había quedado observando cómo la feliz familia entraba en casa.

—¿Os ha hecho gracia, a que sí? —preguntó Emma, emocionada con haberlos hecho reír de aquella manera.

—Sí y no. No está bien mentir a la gente —respondió Sarah enjugándose las lágrimas.

—Pero vosotros lo hacéis. Le dijisteis a ese viejo gruñón que estabais preparando vuestra boda.

—Sí, es cierto, pero era por una buena causa —apuntó Jude.

—¿Qué causa?

—Hemos estado haciendo tu disfraz.

—¿Entonces es verdad que voy a participar en la obra?

—Pues claro. ¿Cuándo te he fallado yo? —dijo Sarah.

—Gracias, Sarah.

—Oye, que yo también he participado —intervino Jude.

—Gracias, papi. —Emma se abrazó a su pierna—. Quiero verlo, quiero verlo —insistió la niña.

—Nos lo hemos dejado en el taller, pero mañana mismo lo traeré para que te lo pruebes. Ahora es muy tarde y debes irte a la cama.

—Vale, pero quiero que sea Sarah la que me cuente el cuento esta noche.

—¿Ya te has cansado de mí?

—No, pero no te ofendas, ella los cuenta mejor que tú.

—Lo ves, siempre tengo la razón —dijo Sarah.

—Eso no me lo dirás cuando me vea una maratón de *Peppa Pig* y te destrone.

—Ya puedes empezar. Netflix, perfil: Emma.

—Muy graciosa, pero creo que me iré a la cama. ¿Te espero luego?

—Depende de lo que dure el cuento —contestó ella, lanzándole un beso, antes de entrar en la habitación de Emma para hacer de señora Myers.

En cuanto pudo acostar a Emma y esta se conformó con el cuento que Sarah había inventado esa noche, decidió ir directamente a la habitación de Jude.

Entró sigilosamente y lo llamó en voz baja, pero no obtuvo respuesta. Cuando por fin sus ojos se adaptaron a la oscuridad, comprobó que estaba dormido. El resfriado y el duro trabajo del día lo habían dejado sin fuerzas. Aun así, decidió desprenderse de la ropa y se metió en la cama con él. Le apetecía dormir acompañada y vigilar el sueño de Jude. Se acomodó junto a él y le pasó el brazo por encima. Hundió la cara en su fuerte espalda y absorbió todo su olor corporal. Se sintió en casa, Jude y Emma ahora eran su hogar. Y, con la respiración calmada de Jude golpeándole la oreja, Sarah se rindió a los encantos de Morfeo.

A la mañana siguiente, Jude se dio la vuelta para apagar de un golpe el despertador y terminó encima de Sarah, aprisionándola con su enorme cuerpo contra el colchón. No recordaba que se hubiera metido en la cama tras acostarse, posiblemente porque se había dormido nada más posar la cabeza sobre la almohada.

—Perdona. No tengo costumbre de dormir con nadie —se excusó sin apartarse. Le gustaba tenerla en aquella posición, bajo su cuerpo y a su entera disposición.

Sarah, con el rostro aplastado en la almohada, sonrió. La virilidad de Jude estaba en pie de guerra y se le estaba clavando en la parte baja de la espalda. Pero no había tiempo para un placentero revolcón matutino, el horario de Emma mandaba y, desde que sonaba la alarma programada, la mañana se convertía en una carrera a contrarreloj, hasta que esta salía por la puerta con su mochila a la espalda.

—Buenos días —rezongó Sarah, desperezándose a duras penas, bajo el pesado cuerpo de Jude.

—Buenos días —repitió él, restregándole la erección con alevosía.

—Buenos días a ti también —rio ella, volviendo el rostro hacia él, ofreciéndole la visión de uno de sus azules ojos.

—¿Sabes que estás preciosa así? Despeinada, desnuda y debajo de mí —dijo él, inclinando la cabeza para besarle la comisura del labio.

—Ya me he dado cuenta, a juzgar por esa de ahí abajo —bromeó ella, moviéndose para darse la vuelta. Jude se arqueó un poco para darle espacio y, en cuanto estuvo boca arriba, atacó su boca con un beso apasionado.

—Es mi mejor despertar desde hacía mucho tiempo —dijo él separándose un poco y mirándola a los ojos con adoración.

—Y el mío —convino ella con sinceridad. Tener allí a Jude con ella, mirándola de aquel modo tan tierno, era muy placentero, un momento que siempre había ansiado tener con todas las parejas que había tenido en el devenir de los años, pero que nunca había logrado, pues no conseguía que ninguno se quedara a pasar la noche—. Pero tenemos que levantarnos —dijo con desgana—. Una pequeña personita estará a punto de despertarse.

Jude se obligó a levantarse y, sentado en el colchón, se puso los calzoncillos y una camiseta, mientras Sarah hacía lo mismo con el pijama, que había quedado hecho un montón al fondo de las sábanas, y salió de la cama.

—Me daré una ducha —dijo él.

—Yo iré preparando el desayuno mientras te arreglas y vistes a Emma.

Caminó a tientas hacia la cocina para preparar los cafés y el desayuno de Emma. ¿Cómo había pasado a convertirse en una madre en tan poco tiempo? ¿Era raro? No tanto quizá, a Sarah no se lo parecía. Se encontraba muy a gusto en esa nueva condición de familia.

Poco después padre e hija aparecieron por la puerta. La pequeña iba perfectamente uniformada, pero el cabello hecho un desastre.

—¿Y ese pelo? —le preguntó Sarah tratando de no reír. De todos los peinados que le había visto a Emma, aquel era de lejos el peor.

—Nada, no hay manera. Dice que la peines tú. —Jude detrás de la niña se puso en jarras con una falsa mueca de enfado dibujada en la cara. ¡Por Dios, ¿cómo ese hombre podía estar tan tremendo a aquellas horas?!

—¡Es que Sarah lo hace mucho mejor! —protestó Emma, acercándose a ella para abrazarse a su cintura.

—Ya lo ves, tengo magia en estas manos —bromeó Sarah y acarició la cabeza de la pequeña—. ¿Puedes terminar de preparar el desayuno mientras hago algo con estos pelos de loca?

—Claro—. Jude se acercó a las dos y aproximó la cara a la de Sarah—. No tengo ninguna duda sobre la magia de esas manos —le susurró al oído para que la niña no lo oyera.

—¿Y por qué no tienes dudas? —preguntó Emma que gozaba de muy buen oído.

—Por lo que hizo con tu disfraz de abeto —respondió Jude con rapidez.

—Ah. —La niña sonrió feliz—. Estoy deseando verlo y que todos mis amigos me lo vean puesto. Cuando les diga que voy a salir no se lo van a creer, pero mi disfraz va a ser el mejor con diferencia, ¿verdad que sí?

—Por supuesto —afirmó Sarah con vehemencia—. Ningún otro abeto podrá hacerte sombra.

Quince minutos después, la niña entró en la cocina, luciendo sendas trenzas de espiga que modelaban perfectamente su cabecita.

—Mira, papi. ¡Así se peina! —exclamó feliz—. Hoy Chloe se va a morir de envidia cuando vea mi peinado de princesa.

—Se va a quedar sin dientes de la rabia —aseguró Jude echándose a reír con las ocurrencias de su hija—. ¿Estás lista, entonces? —le preguntó él tomándola de la mano.

—¿Es que Sarah no me lleva hoy al cole? —preguntó la pequeña, al ver que esta se quedaba en la cocina aún con el pijama puesto.

—Lo de ayer fue algo extraordinario. Sarah no puede llevarte todas las mañanas.

Emma hizo un pequeño puchero y cabizbaja salió de la cocina, arrastrando los pies con su pequeña mochila en la espalda.

—¿Quién dice que no? —le contradijo Sarah tomando una decisión de última hora.

—Mi padre —respondió la niña, mirando ceñuda a Jude.

—Solo he dicho que no puede hacerlo. —Él se encogió de hombros y luego miró a Sarah sin entender todavía sus palabras—. ¿No tienes bastante con tu viejo padre?

—Papi, tú no eres tan viejo.

—¿Tan? —Jude se rió, revolviéndole el flequillo, a lo que la niña protestó meneando la cabeza para deshacerse de su mano.

—Si me das unos minutos para que me arregle, estaré encantada de llevarte al cole.

—Sarah, no tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

—¿Entonces no quieres que te lleve yo? —Ahora fue Jude quien simuló un puchero.

—No te pongas triste, papi —Emma lo consoló, acariciándole la mano—. No he dicho eso. Lo que sería supergenial sería que los dos me llevarais al cole. Así se iban a enterar todos esos de lo que vale un peine.

—¿Te parece bien? —Jude miró a Sarah esperando su respuesta.

—Claro. Soy la señora Myers —respondió Sarah y Jude la miró extrañado—. Enseguida estoy con vosotros. Id bajando.

—¿Entonces es verdad que os vais a casar? —La niña miró a los dos, emocionada, ellos intercambiaron una mirada cómplice y sonrieron.

—Según el señor McDermot sí —respondió su padre.

—Pues si lo dice el señor McDermot, entonces será verdad. Ayer me dijo que él es el que manda aquí y que todos en la comunidad hacen lo que él dice —aseguró Emma feliz de haberse salido con la suya. El angelito hacía bien las cosas.

Hicieron los tres el trayecto de costumbre en autobús y luego anduvieron hasta el recinto escolar tomados de las manos con Emma en el medio, brincando a cada paso por la felicidad de tener a Sarah y a su padre a su entera disposición.

Al igual que el día anterior, conforme se acercaban a la escuela, aumentó el número de niños cargados con mochilas y sus padres acompañándolos.

—Ahí está Chloe —dijo la niña—. Vamos a saludarla y que te vea bien, Sarah.

Sarah dirigió una mirada de prudencia a Jude y este habló:

—Ya se la presentarás otro día.

—¡Quiero hoy, quiero hoy! —protestó Emma, desasiéndose de sus manos y echando a correr en dirección a una niña que, junto a una mujer, que debía ser su madre, aguardaba en la puerta de la escuela.

La pareja vio a la pequeña saludar a su amiga con un gran abrazo y luego señalarles. Se acercaron al pequeño grupo y Jude sonrió.

—Hola, Ronda —saludó a la mujer y esta esbozó una amplia sonrisa. Sarah pudo notar cuánto le gustaba físicamente Jude, cosa que no era de extrañar, porque aquel hombre era espectacular y sobre todo espectacularmente grande, y entendió a lo que se refería la señorita Michaels cuando dijo que era la comidilla de casi todas las madres. Jude era un hombre viudo de muy buen parecer y no debían faltarle ofertas entre todas esas mujeres.

—Buenos días, Jude —dijo ella y luego se quedó mirando a Sarah con un gesto interrogativo dibujado en las facciones.

—Esta es Sarah, mi madre. Es escritora. —Emma optó por hacer las debidas presentaciones. Allí nadie se decidía a hacerlas y ella tenía que dejar clara cuál era la situación.

—No es cierto, no soy escritora. Solo invento algún cuento para Emma —apuntó Sarah, avergonzada, echándole una mirada de enfado a Emma.

La madre de Chloe abrió los ojos de par en par, sorprendida, y profirió una especie de *ah* sin entender nada.

—No sabía que te hubieras casado —dijo, centrando la mirada en Jude.

—Porque no se han casado aún —respondió Emma con una sonrisa satisfecha—. Pero se van a casar muy pronto. Al pasar Navidad, ¿verdad, papá? ¿Verdad, Sarah?

—Eso es una gran noticia —dijo la mujer.

—¿A que es guapísima? —le preguntó Emma a su amiga—. Ya te lo dije.

—Se parece a esa cantante americana —comentó Chloe mirándola desde abajo con cara de admiración.

—Te lo dije. Es como Rihanna, Beyoncé Y JLo juntas, pero más guapa todavía.

Sarah, ante todos aquellos halagos, no pudo evitar ruborizarse y decidió intervenir, restándose importancia.

—No seas exagerada. Todas esas chicas son muy guapas.

—Pero tú más —afirmó tajante Emma, tomándola de la mano y tirando de ella—. Vamos a saludar a la señorita Michaels y a contarle lo de mi traje de abeto.

El grupo entró en el patio del colegio, donde las maestras esperaban la llegada de los pequeños estudiantes. La señorita Michaels, al ver a Emma con su padre y Sarah, sonrió abiertamente.

—Buenos días —saludó cuando llegaron hasta ella.

—Buenos días, señorita Michaels —respondieron prácticamente al unísono todos.

—¿Sabe, señorita Michaels, que mi padre y *mi madre* —Emma imprimió intensidad al nuevo apelativo de Sarah —me están haciendo un traje supergenial de abeto para la función?

—Me alegro muchísimo de saberlo, Emma —dijo la maestra sonriendo—. Venga, entrad, hace frío. —La señorita Michaels acarició con cariño las dos cabecitas empujándolas después hacia el interior de la escuela—. Me alegra mucho que este año Emma participe en la función —dijo, cuando estas se marcharon.

—Sí, este año es especial. —Jude miró a Sarah y le sonrió antes de tomarle la mano.

—Ya lo veo. Y me alegro profundamente de que así sea —aseguró la profesora sinceramente, pues no veía a su alumna tan feliz desde hacía tiempo. Emma había sufrido mucho desde que había tenido uso de razón como para saber que su madre había fallecido, y seguía sin querer aceptarlo.

—¿Hay que hacer algún tipo de dulce en concreto para el mercadillo benéfico? —quiso saber Sarah, ya que estaba allí.

—No, cualquier cosa que se pueda partir en porciones o venga en fracciones individuales está bien —respondió la maestra.

—Estupendo. Muchas gracias —dijo Sarah.

—A usted, señora Myers —dijo la mujer guiñándole el ojo. Sarah sonrió y luego miró a Jude que no entendía nada.

—¿A qué viene eso de la señora Myers? —preguntó cuando salieron del recinto de la escuela, camino de la parada del autobús—. Es algo que me llevo preguntando desde que hemos salido de casa.

—Es una pequeña broma entre las dos. Ya has visto que Emma va

contando a todos que soy su madre. ¿Te parece bien? —Por un momento consideró que aquello pudiera molestar a Jude.

—Pues no suena nada mal —admitió él.

—¿Tú crees?

—Sí, la verdad es que suena supergenial —afirmó él, usando aquel superlativo que tanto gustaba a Emma—. ¿A qué se refería Emma con eso de que eras escritora?

—Nada importante. Cree que debería escribir los cuentos que me invento para ella.

—¿Y por qué no lo haces?

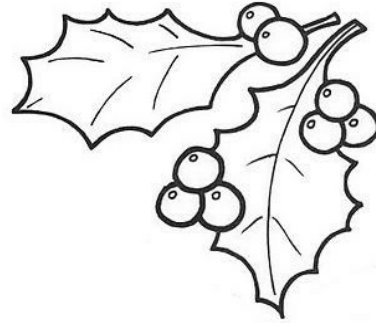
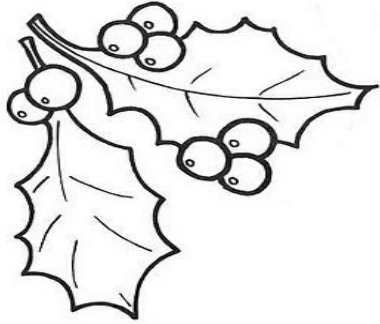
—Porque no creo que sean tan buenos.

—Deben serlo para que una niña pequeña los apruebe y te anime a ello, creo que es público objetivo.

—Supongo. —Sarah se encogió de hombros—, pero no está en mis planes ser escritora.

—¿Y lo han estado alguna vez? —le preguntó él con interés.

—No, la verdad es que no —mintió ella, pues no le gustaba hablar del tema.



El autobús que hacía la ruta hacia el Old Town llegó primero y ella subió en este. Se despidieron con un apasionado y poco decoroso beso y la promesa de charlar después. Durante el trayecto, Sarah aprovechó para hacer una llamada a su madre.

Sheila, como siempre hacía, comenzó a hablar sin detenerse a saludar primero:

—¿Ya tienes el billete?

—De eso quería hablarte —dijo Sarah.

—Ya te dije que lo compraras con tiempo. Seguro que ya no hay plazas.

—Mamá, no era eso lo que quería decirte. Ya tengo el billete, lo compré conforme me dijiste que lo hiciera, pero tengo que cambiar el día.

—¿Y eso por qué?

—Solo serán dos días. Iré el sábado en lugar del jueves por la tarde.

—No te he preguntado eso —le repuso su madre.

—Eh... Sí, vale. Me ha surgido una cosa. Tengo que estar en Edimburgo el viernes noche para asistir a una función.

—¿Algún musical?

—No, exactamente. Aunque creo que sí habrá algo de música.

—Habla claro, hija.

—Es el teatro de una niña que conozco. Se llama Emma. Le he prometido que iré a verla y que haré unos cupcakes navideños.

—¿Emma, Emma? —Al otro lado de la línea, Sheila intentó hacer memoria—. ¿Quién es Emma?

—Emma es la hija de Jude.

—¿Jude, Jude? —La madre de Sarah trató de recordar de nuevo. O no sabía de quién le hablaba su hija o se estaba haciendo muy mayor y perdiendo la memoria a una velocidad escalofriante—. ¿Conozco yo a ese Jude?

—Creo que sí —mintió Sarah. La verdad era que no le había mencionado nada a su madre de los nuevos inquilinos del apartamento de Queen Charlotte Street—. ¿No te dije nada sobre un nuevo compañero de piso?

—Nooo... —respondió Sheila dudando.

—¿Estás segura?

—Síiii... —Sheila dudó otra vez sin tenerlas todas consigo. Maldita senilidad, pero ella no era tan mayor. En enero cumpliría los sesenta y dos—. No importa, dime quiénes son esos Jude y Emma.

—Son los inquilinos que han ocupado las habitaciones de Gene y Janice.

—Aaah, de acuerdo... —convino Sheila—. Pues no tenía la menor idea. ¿Y cómo están tus amigas?

—Están muy bien —respondió Sarah, pensando que hacía muchos días que no hablaba con ninguna de las dos. ¿Cómo podía haberle cambiado tanto la vida? Si un mes atrás alguien le hubiera dicho que estaría más de dos días seguidos sin ver a sus dos amigas, le habría asegurado que eso era un imposible—. Son padre e hija —añadió para volver al asunto principal de la llamada.

—¿Gene y Janice? ¿Qué dices, te has vuelto loca?

—No, mamá. Jude y Emma, los nuevos inquilinos.

—¡Aaah! —exclamó su madre, sentada en una silla de la cocina de su casa en Fort Augustus, frente a una fuente de patatas por pelar—. ¿Y cómo es que un hombre con una hija ha ido a parar a ese apartamento tuyo? —la cuestionó, tomando una patata con la mano libre e inspeccionándola.

—Es amigo mío y no está pasando por un buen momento. Le ofrecí las habitaciones libres para ayudarlo.

—¿Y qué clase de amigo es?

—Mamá, no empieces.

—Está bien. ¿Y qué le pasa a ese amigo tuyo?

—No está muy bien económicamente —respondió sin faltar a la verdad— y es viudo.

—¿Viudo? ¡Oh, qué lástima! —se lamentó Sheila, dejando de nuevo la patata en la fuente.

—Perdió a su mujer poco después de nacer Emma.

—Pobre niña... Y pobre hombre.

—Sí, una tragedia muy grande. La niña solo tiene cinco años.

—Lo lamento muchísimo —dijo Sheila con un gran suspiro—. ¿Y ellos?

—¿Ellos, qué?

—¿Dónde pasarán las Navidades?

—Pues supongo que en casa.

—¿No crees que deberías invitarlos a pasar las Navidades aquí? —preguntó Sheila para sorpresa de Sarah, que ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacer algo así.

—Pues no lo había pensado. No sé... Puede que tengan planes, pero les preguntaré —respondió, pensando que su madre había tenido una gran idea. Fort Augustus era un lugar precioso, pero en Navidades era digno de estampa y se organizaban un sinfín de actividades que hacían las delicias de cualquier adicto a la Navidad. A Emma le iba a encantar estar allí y conocer a su madre, que era un amor y estaba deseando tener nietos, cosa que aún no había sucedido. Además, estar allí también les permitiría a Jude y a ella poder pasar más tiempo juntos y a solas, algo que le apetecía mucho.

—Está bien, si deciden venir, avísame para preparar la habitación de invitados.

—Descuida, mama, lo haré. Tengo muchas ganas de veros.

—Y nosotros también.

Unas horas más tarde, Sarah entraba por la puerta de su pequeño apartamento, con el peso de un duro día sobre la espalda, deseando darse una ducha con agua muy caliente. Olfateó el aire y dedujo que Jude estaba cocinando algo en la cocina. Solo esperaba que no fuera otra vez espagueti carbonara. Su estómago podría soportarlo, pero sus caderas no.

Se deshizo de la ropa de abrigo y, al pasar por la salita camino de la cocina, se encontró a Emma allí, jugando con sus cochecitos. La estructura de chapa de su disfraz de abeto para el teatro de la escuela estaba apoyada en la pared junto al árbol de Navidad.

—¿Qué tal el día, pequeña? —le preguntó agachándose frente a ella para besarla en la frente.

—Muy bien. Hoy Chloe ha estado muy amable conmigo, y les ha dicho a otros niños del cole lo guapa que es mi madre.

—Vaya, entonces ya soy famosa.

—Es cierto que te pareces a Rihanna.

—¡Qué más quisiera yo! Rihanna tiene más dinero— exclamó Sarah.

—La verdadera riqueza está en el corazón —le repuso Emma, volviendo a sus juegos infantiles y dejando descolocada a Sarah.

—¿Qué preparas? —le preguntó a Jude que, de espaldas a ella, parecía estar quemando algo—. ¿Pollo a lo bonzo, tal vez? —dijo entre risas.

—Lo siento, no se me da bien la cocina. Habrá que tirar esta sartén. Soy un genio —dijo, enfadado consigo mismo.

—Probablemente no, pero Emma sí. ¿No crees que tiene una elocuencia impropia de una niña de cinco años?

—Seis.

—¿Seis? —preguntó extrañada.

—Sí, los cumplió poco antes de mudarnos. Pensé que te lo había dicho.

—No, creía que aún tenía cinco, pero de todas maneras es demasiado lista.

—Lo es. Me propusieron hacer unos test en el cole, pero no los veo necesarios, ella es feliz y descubrir que tiene altas capacidades presionaría mucho su vida.

—Entiendo. Y hablando de su cumple, ¿le hiciste una fiesta? —preguntó sin más, estaba de acuerdo con el último razonamiento de Jude.

—Lo cierto es que no.

—Me lo imaginaba.

—Lo sé. He sido un padre horrible, pero ahora no hay remedio para eso —dijo, dejando lo que estaba haciendo para apoyarse en la encimera y mirar a Sarah de frente.

—Sí que lo hay, los acaba de cumplir. Yo me encargaré de ello.

—¿Estás segura? Nos destrozaran el piso y el señor McDermot llamará a los SAS para abatirnos —bromeó Jude.

—Tranquilo. Una pequeña fiesta de princesas no hace daño a nadie.

—Me temo que Emma no es de esas.

—Pues de rallyes, pero se merece una fiesta. Ese cerebro privilegiado hay que celebrarlo —comentó, agarrando a Jude por la cintura.

—Le encantará.

—Lo sé, siempre tengo razón, ¿recuerdas? —dijo besándolo con ternura—. Pediré unas pizzas.

El repartidor llegó y les entregó una pizza familiar de cuatro quesos. Se sentaron a la mesa y atacaron las porciones. Parecían una familia moderna y feliz, y Emma estaba muy contenta por ello.

—A partir de hoy esta será mi pizza favorita —afirmó la niña, dando un

gran bocado a su porción.

—Podemos apuntar en el calendario y formalizar el día como el día oficial de la pizza cuatro quesos. El año que viene tendremos que pedir otra tal día como hoy —dijo Sarah.

—Me parece una buena idea. Pintad un pollo quemado, la culpa ha sido suya —comentó Jude riendo.

—Me parece que el pobre pollo no se ha carbonizado solo, mejor ponemos una foto tuya —bromeó Sarah—. Por cierto, Emma. Un pajarito me ha dicho que no celebraste tu cumpleaños.

—Es cierto, pero no importa.

—Sí que importa. Solo se cumplen seis una vez en la vida y vamos a hacer una fiesta.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. ¿Te parece que marquemos también en el calendario el día que lo vamos a celebrar? —le preguntó Sarah, bolígrafo en mano.

—Sí, me parece genial.

—Veamos... Estamos a diez de diciembre y yo tengo libre el veinte, un día antes de tu función.

—¿No será mucho lío? —dudó Jude observándolas, bastante emocionado. Esa mujer era increíble.

—No, está bien. Tendré todo el día para prepararlo.

—Sí, papá por fiii.

—Si Sarah puede, por mí no hay problema.

—Gracias, gracias a los dos —dijo Emma sonriendo y mostrando su dentadura mellada.

—Ahora, termina de cenar, tienes que probarte el disfraz de árbol que te he hecho —dijo Jude.

—¿Celoso? —preguntó Sarah, con una sonrisa.

—¿Yo? Para nada —respondió, rodando los ojos.

—Seguro que también es genial, papá —dijo la niña para contentarlo.

Jude bañó a Emma mientras Sarah recogía la cocina. Iban a probarle la estructura de abeto antes de acostarla. Necesitaban tiempo para encontrar otra solución al disfraz, si aquello no salía bien, y Sarah sabía que así sería. Emma era lista, pero no gozaba de un cuerpo fuerte y robusto, era muy menudita para soportar aquel peso.

—¿Preparada? —preguntó su padre sosteniendo aquel armatoste.

—Sí, venga pónmelo ya —exigió nerviosa.

Sarah observaba la escena desde el sofá, mientras Jude encajaba la carita de la niña en aquel agujero y le ataba las cuerdas a la espalda, tensándolas para mantener la chapa recta.

—Ya está —dijo orgulloso de su trabajo—. ¿Cómo te sientes?

—No puedo moverme. —Emma se balanceó como un tentetieso.

—¿Cómo que no? Tienes las piernas libres, tienes libertad de movimiento.

—Jude, parece un robot —opinó Sarah.

—No puedo mover los brazos, ni rascarme la nariz si me pica.

—¿Presupones que te va a picar la nariz? Intenta moverte —dijo Jude, deseoso de que su disfraz fuera aceptado por todos.

—Solo puedo moverme hacia los lados. Se van a reír de mí.

—Jude, acéptalo, Emma no puede ir con eso —dijo Sarah aguantándose la risa.

—Me duelen las orejas —se quejó la niña— y se han quedado atascadas.

—Quítale eso, por Dios —le pidió Sarah. Tiene las orejas rojas como la nariz de Rudolf.

—Está bien, está bien —se rindió Jude.

—Gracias, si tengo problemas auditivos será por tu culpa —afirmó la niña, tras librarse de aquel aparatoso disfraz.

—¿De dónde sacas esas cosas? —le preguntó Sarah a Emma, muerta de la risa.

—Están en mi cabeza y las tengo que decir, aunque la señorita Michaels me riña por ello.

—Venga, sabelotodo, a la cama —dijo Jude.

—Quiero que Sarah me cuente el cuento.

—Hoy te tocará aguantarme a mí. Sarah necesita descansar.

—Está bien, pero mañana le toca a ella.

—De acuerdo, que descanses —dijo Sarah, dándole un beso a la pequeña.

Sarah aprovechó el descanso para ponerse cómoda. Así que, tras darse una intensa ducha, se puso sus mejores galas de cama y preparó té.

Cuando Jude salió de la habitación de Emma, esta lo estaba esperando en el sofá con una mantita y una película navideña en la televisión.

—¿Cuál toca hoy? —preguntó Jude, sentándose a su lado mientras se cubría con la manta.

—No lo sé, estaba empezada. Parece de serie B. Te he preparado un té —dijo, echándole un vistazo a la taza que había dejado para él en la mesa de centro.

—Gracias. Ha sido un día agotador.

—¿Cómo va el cartel?

—Bien, la masilla está secando y si mañana está libre de humedad podré teñir la madera.

—Me alegro. La Navidad está cerca.

—Sí, ¿en qué lo has notado? —rio Jude.

—¿La pasareis con tu familia o con los tíos de Emma? —Sarah aprovechó para preguntar.

—Mis padres están muy lejos, como sabes, y con los tíos de Emma apenas tenemos contacto, así que estaremos solos.

—No creo que eso sea necesario —le repuso.

—No lo creo, es lo que es.

—No me has entendido. Me refiero a que podéis venir conmigo a Fort Augustus. Mi madre estará encantada de que vayáis.

—No creo que esté bien irrumpir en tu familia en esas fechas.

—Nadie irrumpe en mi familia y menos vosotros. Creo que queda claro que nosotros tres somos algo parecido a eso y no me permitiré pasar la Navidad sin vosotros.

—¿Estás segura? —Jude no estaba muy seguro, aunque la idea de desplazarse con Emma a Fort Augustus y alejarse unos días de la rutina lo seducía sobremanera.

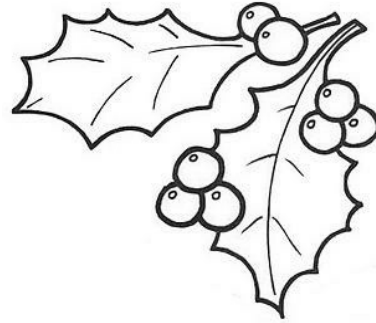
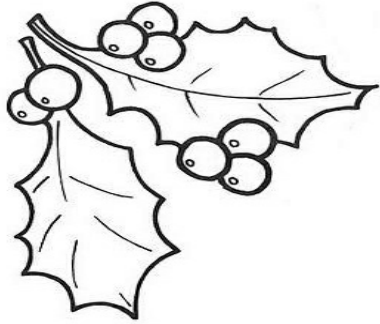
—Muy segura, si no venís me estarás obligando a quedarme, no dejaría a Emma pasar las Navidades de esa manera tan tiste. Además, soy la señora Myers. —Arqueó las cejas un par de veces.

—Todavía no, habrá que fijar una fecha para la boda. El señor McDermot necesitará llevar a la tintorería su traje de general —dijo Jude, agarrando a Sarah por los hombros y acercándola a él.

—Entonces, ¿eso es un sí? —preguntó Sarah.

—Sí, supongo que lo es.

Ambos se fundieron en un beso y desaparecieron bajo la manta, al mismo tiempo que un coro cantaba en la película *Twelve days of Chistmas*.



El resto de la semana fue idílica. El ambiente navideño de Edimburgo cada vez era más intenso. Sarah estaba de un humor fantástico y disfrutaba al máximo de su nueva situación. Había olvidado por completo su vida anterior que, lejos de ser mala, no se parecía en nada a la que tenía ahora ni a la felicidad que la embargaba. Siempre había querido tener hijos, y Emma confirmaba que, ese papel de madre que tanto había pensado en ejercer en un futuro, le encantaba. Era una niña muy agradecida.

Juntas habían planeado muchas cosas que hacer durante las fiestas y habían confeccionado el disfraz para la función. Eligieron unas mallas y un jersey verdes, a los que añadieron adornos cosidos, coronando la diminuta cabeza de la niña con una diadema de estrella dorada. Estaba adorable.

Jude había dado un cambio radical, y Sarah estaba sorprendida de lo fácil que había sido encarrilarlo. Si bien tenía un problema con la bebida, este no debía haber sido demasiado severo, ya que se había alejado por completo de ella y gozaba de un humor excepcional. Disfrutaban mucho el uno del otro, se complementaban y hacían una pareja modelo. Nunca un hombre la había hecho sentir así y daba gracias de haberlo encontrado, a pesar de los sobresaltos de los primeros días de convivencia. Veía un futuro juntos y sabía que se estaba ilusionando demasiado, pero era lo que sentía.

Jude tenía el cartel casi listo. Ese viernes daría la primera capa de barniz y el sábado, día quince, tal y como había acordado con Robert, se lo dejaría instalado de nuevo. Estaba satisfecho con el resultado. No había rastro de los daños que este había sufrido y lucía fantástico.

Esa mañana, tras dejar a Emma en el colegio, se marchó directo a terminar

el trabajo. Estaba entusiasmado con darle la capa de brillo con aquel barniz de secado rápido que había comprado. Pero, cuando abrió la puerta del garaje, el alma se le cayó a los pies.

Una tubería había reventado a causa del hielo encima de la madera. El cartel estaba completamente empapado y el suelo del garaje parecía un charco gigante.

—¡Mierda! —exclamó a la vez que daba una patada a un bote de pintura seca.

Ahora necesitaría secar la madera y aquello tardaría por lo menos tres días, con la ayuda incluso de algún sistema de aire caliente que acelerara el proceso. Aquello era un completo desastre y quedaría mal con Sarah y su jefe.

Se mesó el pelo y se puso manos a la obra. Lamentarse ahí parado, observando la grotesca escena no servía de nada.

Sarah volvió a casa, con todos los ingredientes que había comprado esa mañana, antes de entrar al trabajo. Quería tenerlo todo previsto para la preparación de los dulces para la recaudación del colegio. Solo tenía cinco días para elaborarlos y planificar el tiempo. Quería aprovechar el domingo para preparar brownies y congelarlos. Además, había prometido a Emma hacer cupcakes, pero eso le iba a ser imposible. Durante la semana no tenía tiempo de hacer prácticamente nada y el día libre que tenía lo iba a emplear en montar la fiesta de cumpleaños de Emma.

Cuando entró en el piso, no vio a nadie, algo que le pareció extraño. Dejó las bolsas sobre la mesa de la salita y fue a casa del señor McDermot, temiendo que Emma pudiera estar allí con él. Pero no fue así, algo que, en parte, la alivió. Miró el móvil y allí estaba. No había tenido tiempo de mirarlo en las últimas horas y Jude le había escrito sobre las cinco.

«Me llevo a Emma al garaje, he tenido un problema con el cartel, hablamos luego».

Sara volvió a colocarse el abrigo y pidió un taxi que la llevara hasta allí. Quería comprobar que ellos estaban bien y que Jude no se había lastimado. Un problema con el cartel podían ser muchas cosas, que le hubiera caído en el pie o que se hubiera cortado con alguna herramienta. Fuera lo que fuese lo que hubiera pasado quería estar con él.

Cuando llegó y abrió la puerta, verlos enteros a los dos la alivió de inmediato. Emma corrió en su búsqueda, loca de contento.

—¡Sarah, Sarah!

—Hola, pequeñaja. ¿Qué ha pasado? —preguntó cogiéndola en brazos

—Un desastre —gruñó Jude—. Ha reventado una tubería sobre el cartel y lo ha empapado. Tengo la negra encima, parece que nada me sale bien últimamente.

—No digas eso, es normal que esas cosas pasen con el frío.

—Lo sé, pero me tiene que pasar a mí, todo me pasa a mí —dijo Jude alterado—. No tendré listo el cartel a tiempo. Está demasiado mojado y tiene que secarse bien para barnizarlo o se pudrirá la madera.

—Tranquilo, hablaremos con Robert. No creo que le moleste, no es tu culpa.

—He llamado a un par de personas para que me dejen unos ventiladores de aire caliente, o no se secará.

—Bueno, pues haremos lo que haga falta. Podemos darle con secadores de pelo o lo que sea.

—No digas tonterías —le espetó él de mala gana.

—Perdona, solo intento ayudar.

—¡Joder! Hoy iba a barnizarlo.

—Bueno, pues ya lo harás, pero no lo pagues conmigo, Jude. No es justo.

—La vida no es justa, Sarah, y mucho menos conmigo.

—Gracias por la parte que me toca —dijo, con un nudo en la garganta, dejando a Emma de nuevo en el suelo.

—No os peléis, por favor. —Emma intervino, un tanto nerviosa por la discusión de los adultos.

—Tranquila, Emma, no lo vamos a hacer más. Me voy a casa.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro, seguro que no has comido nada desde que saliste del colegio —respondió Sarah, dirigiéndole una mirada reprobatoria a Jude, antes de marcharse con la pequeña de la mano.

A las once, Jude todavía no había vuelto y Sarah se temió lo peor. Seguramente había recaído y estaba poniéndose ciego a cerveza o whisky en algún pub. Ahogando sus desgracias en alcohol y trasnochando la pena de que todo le saliera mal. Era consciente que, el perfecto buen hacer de ella, podía eclipsar las buenas, pero maltrechas intenciones de Jude. Las cosas iban demasiado bien y la vida no era tan de color de rosa, y más con aquel problema de fondo. Pero para Sarah era demasiado tarde, se había enamorado de ese hombre desgraciado, pese a todo. Lo mejor desde un principio hubiera

sido alejarse de él, pero no estaba dentro de su naturaleza dar la espalda a cualquier ser humano que necesitara ayuda. Sin embargo, su ayuda se había convertido en algo más. Había mezclado sentimientos y ahora esos sentimientos eran tan fuertes que todo lo que tuviera que ver con él o Emma le preocupaba y la rompía por dentro si las cosas se torcían.

Cansada de esperar que este volviera para pedirle explicaciones de su comportamiento hacia ella, decidió acostarse. Lo hizo con un nudo en la garganta que no tardó en estallar cuando su cabeza se posó en la almohada. Las lágrimas caían sin freno, provocando hipidos en una triste Sarah. Su llanto desconsolado no la dejó escuchar que alguien había entrado en el piso.

Jude entró avergonzado, se sentía francamente mal por cómo había tratado a Sarah horas antes. Ella no merecía aquel trato. Gracias a ella su hija tenía una vida mejor y él también. Había llenado su corazón de cosas buenas y sentía que la quería de una forma especial, tanto como llegó a querer a Megan, algo que nunca pensó que pudiera volver a pasar. Escuchó un llanto ahogado y el corazón se le partió. Había hecho llorar a Sarah, a su dulce y hermosa Sarah, una mujer que merecía risas y besos cada día y no a un tío desgraciado como él.

Con suavidad entró en la habitación y la llamó tímidamente. Se sentía fatal y esperaba que ella lo mandase a paseo.

—Sarah.

—Vete, no quiero verte.

—Por favor, no digas eso. Perdóname, me he comportado como un capullo. Pero no era mi intención, ha sido fruto de la frustración.

—No lo justifica, solo fui allí para comprobar que estabais bien —dijo con la cara hundida en la almohada.

—Lo siento, Sarah. Por favor, mírame.

—No quiero. Seguro que has bebido.

—No, no. He llegado tarde, porque estaba instalando las máquinas de aire. Te prometí que no volvería a hacerlo y no lo haré.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, Sarah. Por favor, mírame y compruébalo tú misma.

Ella ladeó la cabeza y se secó la cara con la manga del pijama. Debía estar horrible y sintió vergüenza de su aspecto.

—No quiero que me veas en este estado. Te creo, puedes marcharte y descansar.

—No voy a marcharme a mi habitación. Solo quiero estar contigo, te

necesito. No me importa el aspecto que tengas, para mí siempre estás guapa, siempre serás tú, aunque te quedases calva.

—No quiero quedarme calva —protestó ella, soltando un hipido.

—No lo harás, pero quiero que entiendas que te querría de cualquier forma.

—¿Me quieres? —preguntó ella, incorporándose un poco más.

—Sí, ¿aún no te habías dado cuenta?

—Yo también te quiero, Jude.

—Es un alivio oírtelo decir. Tenía miedo de que me rechazaras, no podría soportarlo.

Sarah se dio la vuelta y se recolocó el pelo para después mirarlo con los ojos cristalinos y achicados de tanto llorar.

—Siento haberte hecho llorar, aunque te diré que tus ojos están preciosos ahora.

—¿Cómo narices puedes verlos en la oscuridad de la habitación?

—Porque no necesito luz para saber cómo son, los tengo clavados aquí.

—Jude agarró la mano de Sarah y la dirigió a su corazón—. Te has metido tan dentro de mí que me duele todo lo que te duele a ti.

—A mí también me pasa eso, y no solo contigo, también con Emma. No es mi hija, pero siento como si lo fuera. Si algo os pasara, me moriría de pena.

—Nada puede pasarnos si estamos a tu lado. Eres una bendición para nosotros. Deberíamos besar el suelo que pisas.

—No digas eso. No he hecho nada extraordinario. Solo soy una mujer enamorada de un hombre y su hija. No soy ni la primera ni la última.

—Yo espero que seas mi última.

Después de esa breve, pero atinada conversación, Jude la besó con urgencia, intensamente y sin calentamientos. Prácticamente le saqueó la boca. El corazón le galopaba dentro del pecho y todo el amor que sentía por ella se estaba acumulando en su entrepierna, deseando montarla. Ella dedujo lo que iba a pasar a continuación, pues el beso que Jude le estaba dando estaba cargado de erotismo y caricias ardientes que la pusieron a mil de inmediato. Así que no le quedó otra que obedecer a los caprichos de su cuerpo, desprendiéndose con rapidez de toda la ropa y levantando las piernas para poner a disposición de Jude su húmedo sexo. Jude hizo lo propio, se zambulló de cabeza a gozar de ella y su lengua paseó por todo el contorno de su vulva, saboreando cada matiz de esta, jugando con ella, succionando, mordiendo y chupándole el clítoris, provocando suspiros y gritos de placer en Sarah. Ella

le pedía más, no quería que parase de torturarla placenteramente con la lengua, pero Jude no podía hablar. Su boca seguía ocupada, sintiendo cada convulsión de Sarah, lanzando lametones más rápidos e intensos en su núcleo del placer. Los jadeos de Sarah se agudizaron, apretando la cabeza de Jude contra ella al punto de correrse. Jude jamás había visto a una mujer tan encendida y aquello lo excitó aún más. Sarah, sin esperar a que ambos recuperaran el aliento, lo apartó bruscamente y se puso a cuatro patas sobre la cama.

—Usa esa lengua ágil que tienes para lamerme toda —le ordenó desposeída de cualquier sentido de la vergüenza. Su cuerpo todavía recordaba todo el placer que había sido capaz de procurarle aquella primera vez en el garaje de su amigo.

Jude tuvo que obedecer, porque no había forma de llevarle la contraria, Sarah estaba por completo desatada. Le gustaba cuando se ponía en ese plan: mandona y desinhibida por igual. Sus manos, labios y lengua empezaron el recorrido. Hubo lugares en los que se entretuvo más de la cuenta, hasta que ella se giró de nuevo y empezaron a besarse profundamente, mordiéndose las bocas con ansia. Luego atacó su cuello y finalmente sus pechos, en los que se deleitó durante largo rato. Chupándole ávidamente los pezones unas veces y mordiéndoselos otras, a su antojo. Ella gemía, demostrándole lo mucho que disfrutaba con aquello y Jude la observaba con devoción y seguía las instrucciones que el cuerpo de Sarah le pedía con cada sacudida. Ella lo animaba con sus gemidos, cada vez más rasgados.

—Ahora tengo que devolverte un poco lo que me has dado —dijo Sarah, dirigiéndole una sonrisa pícaro.

Lo hizo tender de espaldas sobre la cama y le acomodó la cabeza sobre la almohada. Lo besó en los labios antes de bajar hasta su erección, que no había perdido ni una pizca de entusiasmo, introduciéndosela hasta la mitad de la boca. Lo que daba de sí, dada su envergadura.

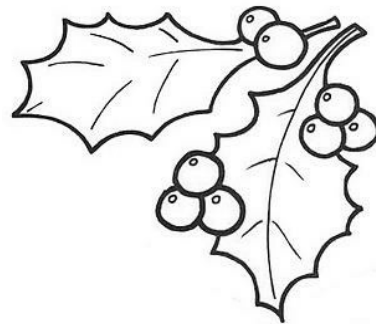
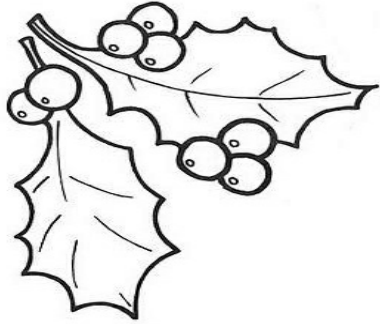
—¡Dios mío, Sarah! —exclamó él entre dientes al notar la suavidad de su boca subiendo y bajando una y otra vez desde la punta a la base, al tiempo que su mano se deslizaba a lo largo de su pene.

Los jadeos de Jude la guiaban, incrementó la velocidad y, por unos minutos, mantuvo el ritmo, hasta que este gruñó, inmerso por completo en el universo de sensaciones placenteras al que Sarah lo había catapultado. Entonces se detuvo y poco a poco fue dejando escapar la prominente erección. En cuanto tuvo su pene hinchado y brillante ante los ojos, sonrió, pensando en lo que esa parte de Jude era capaz de hacerle a su cuerpo. Él estiró los brazos

y tiró de sus hombros, instándola a remontar la cabeza para volverse a besar los labios. Ella no podía demorarlo más, lo montó y su sexo buscó con rapidez la erección de Jude. Sarah estaba tan mojada y él tan duro que se clavó en ella sin necesidad de nada más.

Cuando sus cuerpos estuvieron saciados, Sarah se apartó a un lado y apoyando la cara en su hombro, miró su rostro por unos segundos, antes de cerrar los párpados. Jude sonreía con los ojos clavados en el techo de la habitación.

—Duérmete, mi dulce Sarah —susurró él con el corazón desbordado de amor.



El cartel tardó cuatro días en secarse y Sarah tuvo que hablar con Robert para explicarle lo que había pasado. Su jefe comprendió la situación perfectamente, al fin y al cabo, no le quedaba otro remedio. El miércoles, por fin, Jude pudo darle la capa de barniz a primera hora. Para entonces Sarah ya estaba gozando de sus dos días libres antes de tomarse las vacaciones.

Tras dejar a Emma en el colegio, ambos se acercaron a comprobar que el cartel ya estaba listo.

—Está precioso —dijo ella, posando la mano sobre el cartel, recordando aquella primera vez entre ellos en ese maltrecho garaje.

—La verdad es que no las tenía todas conmigo, pero sí que ha quedado bien—. Jude lo observaba desde todos los ángulos mientras se mesaba el pelo.

—A Robert le va a encantar.

—Eso espero, he sufrido mucho por si ese hombre se enfadaba.

—Tiene un carácter extraño, pero esta vez entendió que no había más remedio que posponer la fecha prevista. En todos los trabajos aparecen imprevistos.

—Eso es cierto. Aunque hay imprevistos que caen mejor que otros —le repuso, agarrándola por la cintura para acercarla a él.

—¿A qué te refieres?

—A lo nuestro. ¿No me dirás que no es un bonito imprevisto?

—Sí, Jude, lo es. El mejor de todos los que me han surgido a lo largo de la vida —dijo ella, besándolo con ternura.

—Deberíamos irnos. Le dije a Robert que estaríamos allí antes de las once.

—Sí, será mejor que empiece a cargar las herramientas. ¿Crees que podrás ayudarme a cargar el cartel o llamo a Patrick?

—Creo que podré. He comido tantos carbohidratos desde que estás en casa que tengo casi la misma fuerza que Hulk Hogan —contestó Sarah riendo.

Entre los dos cargaron el cartel. Aunque Sarah asegurara que podía con él, los pies se le hundían en la nieve y se tambaleaba hacia los lados. Pero sacó fuerzas de donde no las tenía y el cartel entró sin daños en la furgoneta.

—Tu amigo ha sido muy amable al dejarte la furgoneta y el garaje —comentó Sarah, una vez subieron al vehículo.

—Patrick es un buen tío, aunque no es buena influencia.

—¿Y se puede saber por qué?

—Ya sabes por qué. Ha sido mi compañero de juergas durante mucho tiempo.

—Entiendo, pero no deberías dejar de salir con él, en los bares también venden refrescos —le repuso Sarah.

—¿Te parecería bien?

—No soy tu madre para darte ese tipo de permisos, confío en ti.

—Agradezco que así sea, pero lo cierto es que el que no confía del todo en mí soy yo.

—Pues ese es el mayor reto que tienes por delante, confiar en ti. Sé que eres un hombre lleno de valor y coraje y que puedes salir con tus amigos sin necesidad de beber hasta caer inconsciente —aseguró ella, posando la mano sobre la suya mientras cambiaba de marcha.

—Tienes razón. Creo que lo justo sería dedicarle un rato e invitarlo a tomar algo en agradecimiento.

—Hoy es la fiesta de Emma —le recordó Sarah.

—Me refería a otro día. No me perdería la fiesta de mi hija por nada del mundo.

—¿Quién te ayudará a colgar el cartel? Yo puedo pasarte los enseres, pero me temo que no podré sostenerlo mientras lo cuelgas.

—Patrick vendrá en un rato, cuando se despierte —respondió, dirigiéndole una significativa mirada.

—Lo he captado.

Cuando llegaron a la tienda, Sarah entró para avisar a Robert. No podía cargar más sus brazos o no los tendría disponibles para montar la fiesta de Emma.

Los dos hombres sacaron el cartel de la furgoneta y las herramientas, y

Robert sacó una escalera alta del almacén.

—¿Te gusta el resultado? —le preguntó Sarah a su jefe, que estaba observando el cartel con detenimiento.

—Si te soy sincero, no creía que fuera a quedar así de bien. Está tal y como lucía el primer día. Estoy muy satisfecho con el trabajo de tu amigo.

—Gracias, le gustará mucho saberlo.

—Y dime, sois algo más que amigos, ¿verdad?

—¿En qué lo has notado? —preguntó Sarah riendo.

—En lo feliz que se te ve. Nunca te lo digo, pero eres una de mis mejores empleadas y, aunque os parezca un ogro, tengo mi corazoncito.

—Lo sé, Robert —dijo ella, posando un beso en la mejilla de su jefe.

—Bueno... —carraspeó nervioso—. Os dejo montándolo, me requieren dentro.

—Descuida.

Mientras esperaban a que Patrick apareciera, Jude revisó los agujeros de anclaje y preparó todas las herramientas en orden de uso. También había repintado las piezas metálicas de los anclajes que quedaban a la vista sobre la madera, para que estuvieran acordes con la restauración del cartel.

Cerca de la una, Patrick hizo su aparición, andando por la calle. No tenía buen aspecto, se notaba de lejos que traía consigo una resaca monumental.

—A buenas horas, tío —dijo Jude.

—Lo siento. Tenía unos asuntos que resolver —dijo Patrick, sorbiéndose la nariz.

—Yo he de irme, chicos. Tengo que preparar una fiesta de piratas y coches de carreras en casa para las cinco y media.

—No te preocupes, Patrick y yo nos apañamos —dijo Jude, subido a la escalera.

—En ese caso me marchó. Qué vaya bien —se despidió Sarah, mandándole un beso desde la palma de la mano.

Sarah regresó al apartamento, rebosante de ilusión. Todo iba de perlas entre los dos y, además, estaba disfrutando mucho de los preparativos del cumpleaños de Emma. Nunca había organizado una fiesta infantil y, lo cierto era que, le estaba quedando muy bien.

Las noches de antes, había confeccionado junto a Emma unos banderines de colores con cartulinas y cuerda de esparto de la tienda de manualidades. Podría haberlos comprado ya hechos, pero le parecía mucho más divertido

hacer partícipe a Emma de su primera fiesta. Estar con esa niña tan despierta era un verdadero placer para Sarah. El amor incondicional de un niño al que le das todo tu cariño no tenía precio.

A lo largo de la mañana y primeras horas de la tarde, se comunicó con Jude mediante algunos mensajes. El cartel estaba casi colocado, aunque les había costado centrarlo, pues uno de los puntos de anclaje había cedido y habían tenido que modificar el agujero que lo fijaba a la fachada de la tienda, también de madera. Así que este le pidió que recogiera a Emma del colegio y comenzaran la fiesta sin él, con la promesa de llegar lo antes posible.

El trabajo se alargó más de lo previsto y la noche ya había caído sobre Edimburgo, lo que dificultaba el trabajo en la calle. Robert alumbraba a los hombres con una linterna, pero no era suficiente luz como para trabajar con destreza. Los focos que iluminaban el cartel sí eran potentes, pero habían decidido cortar el suministro eléctrico de estos para evitar un accidente si tenían que taladrar. No obstante, con pausa, pero sin freno, a las siete menos diez, el cartel ya estaba instalado en su sitio y Robert activó las luces, alumbrándolo, listo y reluciente, anunciando el nombre de su tienda y el año de fundación.

—Buen trabajo —dijo Robert, estrechando las manos de ambos.

—Gracias. Ha costado, pero ya está en su sitio.

—Esperad ahí. Sacaré la cámara, quiero immortalizar el momento —dijo Robert.

—Eh, tío, podríamos ir a tomar unas birras para celebrarlo —dijo Patrick, palmeando la espalda de Jude, conforme el dueño de la tienda los dejó solos.

—No creo que pueda, tengo el cumpleaños de Emma y me esperan en casa —le repuso Jude.

—Vamos, tío. ¿No está tu novia con ella? Además, creo que me merezco una invitación por todo esto.

—De verdad, Patrick, otro día.

—No hay otro día para mí, Jude. No me queda tanto tiempo como para esperar a otro día.

—¿De qué me estás hablando, tío? —Jude miró a Patrick con extrañeza.

—Que me muero, Jude —respondió abatido—. La vida de excesos pasa factura y me he destrozado por dentro. Soy un caso perdido para los médicos. He rechazado cualquier tratamiento paliativo, mi hígado no aguantará mucho, pero prefiero dejar este mundo corriéndome las últimas juergas. Comparte unas birras conmigo, solo un par. Luego podrás marcharte con esa chica tan

guapa y tu hija, pero dale el gusto a este viejo amigo.

Jude no supo ni qué decir. Patrick se moría, el hombre que había sido su paño de lágrimas durante mucho tiempo y el mismo que lo condujo a una vida de excesos con el alcohol y algunas drogas. Cuando lo miró con detenimiento, vio que su aspecto estaba demacrado. Pero no como otras veces en las que las ojeras le arrastraban el suelo por la resaca, no, su color era más bien amarillento, y el rostro estaba más delgado, marcando sus pómulos y hundiéndose a los lados de los labios.

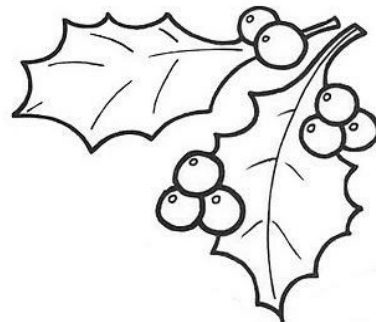
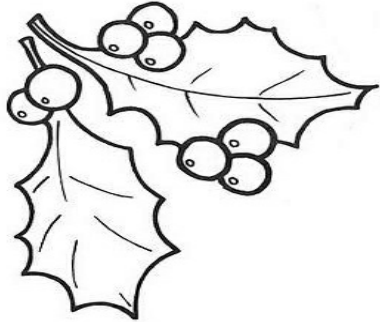
—¿Pero qué tienes, Patrick? —quiso saber con la voz entrecortada. Aquello lo había pillado por sorpresa.

—Cirrosis hepática, tío. He provocado tantas cicatrices a mi pobre hígado que ya no es capaz de regenerar las células dañadas. La sangre ya no circula bien y perderá sus funciones dentro de poco.

—¿Y quieres que vayamos a beber cerveza? Patrick, tenemos que ir a otro médico, buscar ayuda —dijo Jude, desesperado.

—No hay remedio, Jude. Pero quiero que te tomes conmigo esas cervezas, te lo pido por favor, amigo —dijo, cogiéndolo por el brazo—. Te prometo que será la última vez.

—Está bien —dijo a la vez que asentía con la cabeza.



La casa estaba atestada de niños y niñas. Quince en total, incluida Emma. La mayor parte de los padres habían decidido dejarlos solos con Sarah y recogerlos más tarde. ¿Dónde narices se había metido Jude? Le había mandado más de cinco mensajes y este no le había contestado.

—Chicos, ¿podéis dejar de gritar? —les pidió a los niños para llamarlo.

—¿Dónde está papá? —preguntó Emma, tirando de su jersey.

—No lo sé, cariño. Estoy intentando llamarlo —respondió, nerviosa, pensando que se estaba haciendo muy tarde.

—Se va a perder el momento de la tarta.

—Seguro que se ha quedado sin batería y estará al caer —le aseguró, tratando de dibujar una sonrisa para tranquilizarla.

Pero no llegó. A las ocho, Sarah decidió sacar el pastel. Ya era demasiado tarde y tuvo que avisar a los padres de que fueran a recoger a los niños media hora después de lo previsto. La fiesta debía concluir pronto, llevaba toda la tarde lidiando con aquellos monstruitos y la cabeza no le daba para más.

Cuando el último padre recogió a su retoño, llamó a Robert. Jude no le había cogido el teléfono y estaba preocupada.

—Robert, perdona que te moleste, pero Jude no ha llegado a casa y me preguntaba si todavía estabais liados con el cartel.

—No, hace mucho que se marcharon. Serían las siete y media cuando acabaron de recoger todo, él y su amigo.

—Vale, gracias.

—De nada. A ti, Sarah, han hecho un buen trabajo. Seguramente habrán ido a celebrarlo, no debes preocuparte —comentó su jefe, ignorando que para

Jude el hecho de ir a celebrar algo no suponía lo mismo que para cualquier otra persona.

—Es cierto. Siento haberte molestado.

—No es molestia. Pasa una feliz Navidad, Sarah.

—Igualmente, Robert.

Recordó la conversación mantenida con Jude esa mañana, en la que ella lo había instado a quedar con su amigo cualquier otro día. Pero, la realidad era que, él se lo había tomado de otra manera y llegaría seguramente borracho, justificando que lo había hecho por su amigo, el mismo que él había calificado de una mala influencia. Y estaba en lo cierto, ese hombre lo era.

—¿Por qué no ha venido papá a mi fiesta? —le preguntó Emma, aún con un gorrito de fiesta en la cabeza.

—Porque tenía mucho trabajo con el cartel, fíjate que aún no han terminado de ponerlo —mintió.

—Vaya, en ese caso no nos enfadaremos con él. Pero mañana si vendrá a verme a la función, ¿verdad?

—No se la perdería por nada del mundo.

—Eso espero, porque he ensayado mucho.

—Lo sé, cariño. ¿Qué te parece si recogemos un poco y te doy un baño antes de dormir? Tienes que estar reluciente para mañana —le propuso con fingida calma y buen humor.

La ayuda de Emma no fue suficiente y, cuando la acostó y esta cayó rendida nada más apoyar la cabeza en la almohada, Sarah se puso a recoger los restos de la fiesta. Suerte que había comprado menaje de usar y tirar y solo tenía que ir llenando una bolsa de basura con los platos y vasos usados. Pero el suelo era otro cantar. Estaba hecho un asco. Lleno de pegotes, confetis, plástico de globos pinchados y servilletas usadas.

Mientras hacía todo aquello, encendió la televisión para que le hiciera compañía y la programación, como era de esperar, se basaba en programas navideños. No sabía si apagarla o dejarla, no tenía el cuerpo para escuchar campanillas y villancicos.

Cuando hubo recogido lo más gordo, se dejó caer rendida en el sofá. Fregaría el suelo a la mañana siguiente, no le quedaban fuerzas para nada más y maldijo a Jude para sus adentros.

Apoyó la cabeza en uno de los cojines del sofá mientras veía una reposición de los capítulos navideños de *Modern Family*, pero al segundo capítulo se quedó dormida. Poco después, la puerta de entrada se abrió

bruscamente, chocando contra la pared con un fuerte estrépito. Sarah se despertó de un brinco y vio ante ella a Jude con la cara desencajada, tambaleándose a los lados como un tentetieso. No le apetecía hablar con él, tan solo lo miró con un nudo en la garganta y aguantándose las ganas de llorar. Apagó el televisor y cerró la puerta del apartamento antes de marcharse a su habitación, dejándolo allí en aquel lamentable estado.

Al día siguiente, Sarah se levantó temprano para no aguar la fiesta a Emma. Era el día de la representación en el colegio y decidió ser ella quien la llevara al colegio. Jude no estaba en condiciones y, además, todavía seguía durmiendo la mona. Quería asegurarse de que Emma llevaba su disfraz y quiso darle muchos ánimos.

—Venga, pequeña, hora de levantarse —dijo, apartándole con cariño el pelo de la cara.

—¿Ya es de día?

—Todavía no, pero hay que prepararse para ir al cole. Hoy es un día muy especial, ¿recuerdas?

—¡Es verdad! Hoy no habrá clases, solo juegos y esta tarde es la función —dijo, incorporándose de un brinco.

—Así es. Venga, te espero en la cocina. Tendrás que desayunar mucho para aguantar el día.

Sarah preparó huevos revueltos y bacon, el delicioso olor impregnaba el hogar. Un hogar que se encontraba en esos momentos roto. Estaba tan decepcionada con Jude que una opresión en el pecho la azoraba desde la noche anterior. Casi no había pegado ojo, escuchándolo vomitar varias veces. No le apetecía verle la cara en todo el día, pero la ocasión merecía normalidad. Emma ya había sufrido bastante como para decepcionarla a ella también.

—¿Puedo llevarme a Logan? —preguntó la niña, cargando el ángel que habían comprado en el mercadillo, sentándose a la mesa.

—¿No te preocupa perderlo?

—No lo perderé. Logan siempre me ayuda, lo necesito para que me dé ánimos para la función.

—En ese caso, es preciso que lo lleses.

—¿Es verdad que vamos a pasar las Navidades con tu familia en un pueblecito? —preguntó Emma, dándole un buen bocado a un panecillo.

—Así es, ¿te hace ilusión?

—Sí, nunca he tenido una familia de verdad.

—No digas eso, tu familia es Jude. No importa lo grande o pequeña que sea una familia, simplemente lo es.

—Sí, pero no es lo mismo —le repuso, encogiéndose de hombros—. ¿Dónde está papá?

—Está muy cansado, por el trabajo de ayer.

—Vendrá a la función, ¿verdad?

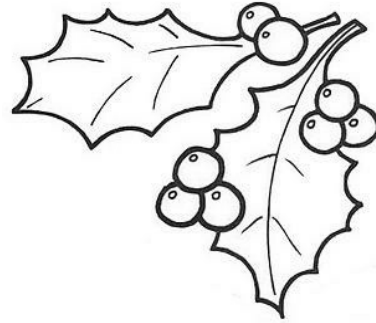
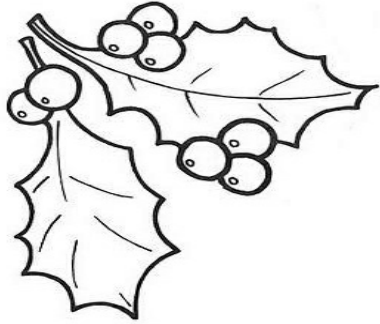
—Por supuesto. No se la perdería por nada del mundo.

—Ayer se perdió mi cumpleaños —dijo, poco convencida.

—Eso fue por fuerza mayor. Hoy no tiene que trabajar y yo tampoco, así que me encargaré personalmente de que vaya.

Sarah volvía en autobús, tras dejar a Emma en el colegio, abatida y enfadada. Unos días atrás había pensado decirle a Jude que cambiara a la pequeña de escuela para el próximo curso, ya que su colegio se encontraba demasiado lejos del apartamento. Pero ahora, con la nueva situación y su relación en la cuerda floja, no lo veía claro. Las cosas habían ido demasiado bien las últimas semanas, había sido un cambio demasiado brusco y radical para alguien que esconde botellas de *bourbon* en los armarios. Ningún adicto se recompone tan rápido y a la mínima que tiene ocasión de empinar el codo no tiene medida ni control. Y tampoco era cuestión de tener a Jude en una urna. Era un hombre adulto y dependía de sí mismo hacer esa clase de esfuerzos, e igual ella había confiado demasiado. La vida no era color de rosa. Eso solo pasaba en las películas y la vida de Sarah distaba mucho de ser un telefilm ideal. Se mudó a la gran ciudad movida por unas expectativas que no se habían cumplido y había asumido que su vida no era perfecta, pero era feliz.

Se negaba a trabajar en el negocio familiar de su tío, pues le gustaba valerse por sí misma. Y cuando tomó la decisión de marcharse a Edimburgo, buscando una oportunidad editorial, se dijo a sí misma que no volvería a Fort Augustus derrotada, que aceptaría lo que el futuro le deparara en la ciudad. Y eso había hecho, aunque su madre le recordara siempre que tenía ocasión que dejara su trabajo en la tienda de Robert y volviera a casa, ya que su tío todavía guardaba ese puesto de contable para ella. La familia era muy importante para Sarah, pero también lo era su dignidad. Y aunque no le había ido tan bien como esperaba en Edimburgo, ahora tenía allí su hogar y también a sus amigas, esas a las que hacía ya unas semanas que no veía, pero sabía que podía contar con ellas.



Al entrar por la puerta, se encontró a Jude de frente y el corazón le dio un vuelco. Agachó la mirada para evitar el contacto visual y lo apartó a un lado bruscamente para adentrarse en la cocina.

—Sarah, por favor, escúchame.

—No quiero escucharte, no me interesa nada lo que tengas que decirme.

—Sarah comenzó a recoger la cocina como un autómata.

—Sé que os he fallado, y ha estado mal —se lamentó, sin atreverse a acercarse a ella.

—Te has fallado a ti mismo. Lo más triste es que creas que nos has fallado a los demás.

—Lo digo por Emma y por ti, después de todo el esfuerzo de montar esa fiesta para ella.

—Eso lo hice con mucho gusto. Lo que no me esperaba es que volvieras borracho —dijo, guardando cosas en el armario de la despensa.

—Tiene una explicación.

—Espera, a ver si adivino. Tu amigo Patrick te arrastró a ello, pero tú no querías —le espetó, volviéndose hacia él.

—Sí, pero por una razón de peso.

—No existen razones de peso para beberse dos barriles de licor, Jude. Tienes un problema y yo he sido tonta en brindarte mi ayuda.

—¿Te arrepientes?

—No suelo arrepentirme de nada de lo que hago, arrepentirse es de tontos. Pero para todo hay una primera vez.

—Entonces entiendo que no te apetezca que vayamos contigo a Fort

Augustus.

—¿Crees que le quitaría la ilusión a Emma de pasar unas Navidades de ensueño? Tu hija está muy ilusionada con ver a una familia de verdad. Que tú y yo no seamos nada, no significa que mis sentimientos hacia ella cambien. Además, sería una irresponsabilidad por mi parte dejarla contigo aquí —dijo Sarah, cerrando un cajón con fuerza.

—En ese caso puedes llevártela a ella. Yo me quedaré aquí para no interferir en vuestros planes.

—Si crees que también voy a dejarte solo para poder beberte hasta el agua de los floreros, estás muy equivocado. Emma quiere a una familia de verdad y es lo que seremos hasta Año Nuevo.

—¿Estás poniendo fecha de caducidad a nuestra relación?

—No, no te equivoques. La relación la has tirado tú a la basura desde ayer. Lo que intento es no joder más a una pobre niña que no merece pagar los errores de los adultos que tiene a su alrededor.

—¿Me estás pidiendo que finja?

—Te estoy pidiendo que te comportes. Así que organízate el día. A las seis es la función y necesito que me ayudes a cargar los brownies para el mercadillo benéfico. No se te dará mal aparentar lo que no eres, lo has hecho muy bien las últimas semanas.

Jude asintió y la dejó sola en la cocina. Al poco, escuchó el agua de la ducha y, más relajada, sacó del congelador el pastel de chocolate para preparar las porciones.

El resto de la mañana la pasó organizando las maletas. Apenas cruzaron palabra, tan solo lo justo para preparar su marcha al colegio de Emma y los enseres que necesitaban meter en las bolsas. A la hora de comer, cada uno se preparó un sándwich, degustándolo por separado. Sarah en la cocina y Jude en el salón. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Cuando por fin fue la hora, Sarah le entregó tres bandejas en torre y salieron del piso para coger el bus.

—No quiero que Sarah note nada. Le he prometido cenar fuera y subir a la noria de los jardines de Princes Street.

—De acuerdo —le dijo él, mirando por la ventanilla.

—Piensa que lo haces por ella. Me duele que no veas lo mucho que te quiere esa niña.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que me gusta ser un borracho? —la cuestionó, mirándola fijamente con rabia.

—No te he preguntado que te gusta a ti ser o hacer. Eso me tiene ya sin

cuidado.

—Está bien Sarah. Fingiré todo lo que quieras, aunque sabes de sobra que lo que siento por ti y por Emma no es de mentira.

—Seguro que tienes tu corazoncito, pero al resto de la gente no nos gusta que nos lo rompan.

Sarah dio por terminada la conversación y agradeció que el autobús se detuviera en la parada.

Recorrieron el trecho hasta la escuela en completo silencio. Al entrar en el recinto, Sarah sacó una sonrisa de donde no las había para saludar a la señorita Michaels que, junto a un grupo de maestras, recibía a los padres y les iba indicando cuál era su puesto en el mercadillo benéfico en los tenderetes provistos con tal fin en el patio. Todos dejaban allí sus dulces para más tarde y pasaban al salón de actos, donde tendría lugar la función.

En el salón de actos el ambiente era muy festivo, todo el mundo portaba en las manos cámaras y móviles para grabar a los niños, y habían acudido con algunos familiares de más, a pesar de que el colegio había dejado claro que cuatro miembros por niño como máximo. El aforo era limitado y se daba prioridad a padres y hermanos. Cuando Sarah vio un cartelito que rezaba «Señores Myers», pegado a dos butacas, el corazón se le encogió. Aquel debía haber sido un momento feliz y ya no lo era. Cada paso que daba le recordaba momentos felices y el nudo en la garganta se iba haciendo más grande, hasta el punto de que una lágrima se le escapó de los ojos, recorriéndole las mejillas hasta la barbilla.

—Señora Myers, ya está usted emocionada y todavía no ha empezado la función —dijo la señorita Michaels que estaba acomodando a otros asistentes en la fila posterior.

—Soy muy emotiva —respondió ella, secándose con la mano la cara.

Al verla así, Jude no pudo evitar estrecharle la mano, se sentía mal por todo lo que había sucedido. Era un completo fracaso, aunque no se lo hubiera dicho. Pero Sarah le rechazó el gesto con brusquedad, algo que no escapó a los ojos de la profesora de Emma.

—Disfruten de la función —dijo sin más esta, marchándose a otro lado.

—Gracias —dijeron los dos, tomando asiento.

Quince minutos más tarde, empezó el espectáculo. Cada curso realizaba algún que otro tipo de actuación con trasfondo navideño: villancicos, bailes clásicos y modernos, recitales de instrumentos, haciendo las delicias de los familiares allí concurridos. Sarah miraba todo aquello con el corazón

encogido. Las voces infantiles de esos pequeños, entonando con todo su arte corales tradicionales, así como otras no tanto y que ella no había escuchado jamás, la estaban consiguiendo emocionar sobremanera. Tenía las lágrimas al borde y la garganta tensa de tanto aguantar el llanto. A su lado, Jude observaba el escenario con los ojos brillantes y de vez en cuando la miraba para comprobar cómo estaba, pero ella se negaba a sí misma a devolverle la mirada.

Estaba muy molesta por lo sucedido y en ese momento se veía incapaz de perdonarle, pero sabía que tarde o temprano tendría que conversar con él, ya que no quería que Emma pagara las consecuencias. Jude tenía que poner remedio a su adicción, ir a un especialista, asistir a reuniones de personas en su misma situación, hacer algo, lo que fuera, tenía que dejar de beber, porque si no lo hacía, la cosa iría a peor. ¿En qué momento había pensado que podría ser tan fácil para él dejar el alcohol? ¿Cómo? ¿Por arte de magia? Por algo las adicciones eran un problema de tanta gravedad. Cuando uno era adicto, lo era y punto.

Tras un recital un tanto desafinado de flautas, la señorita Michaels apareció en el escenario para presentar orgullosa a sus pequeños alumnos. El telón se abrió y un decorado invernal apareció al fondo, apostados de pie y estáticos, tal y como requería el papel que desempeñaban, varios niños ataviados de abetos de Navidad de toda índole posaban sonrientes ante el expectante público, que había enmudecido de nuevo. Al poco, una música empezó a sonar y los pequeños abetos comenzaron a moverse al ritmo. Sarah no tardó en reconocer en uno de ellos a Emma que, con la cara iluminada con una gran sonrisa, se movía haciendo ondear todos los adornos que pendían de su disfraz. Por un momento, olvidó todo y, extendiendo el brazo, le señaló la niña a Jude.

—¡Ahí está! —exclamó feliz y, por unos instantes, sus miradas se encontraron. Jude aprovechó la ocasión para sonreírle, pero Sarah volvió a recordar enseguida que estaba muy enfadada y mudó el gesto, girando en el acto la cara hacia el escenario.

La función, una versión libre del Nacimiento, transcurrió sin complicaciones y consiguiendo arrancar más de una carcajada al público. Emma no tenía texto, pero se la veía rebosante de felicidad, haciendo de abeto mudo que bailaba, y, verla así, consiguió que Sarah por unos minutos volviera a alegrarse de estar presente en la vida de la pequeña y también en la de su padre, al que ahora mismo detestaba, pero del que sabía que estaba enamorada

hasta lo más profundo de su corazón. Cuando terminó el teatro, ambos se pusieron en pie para aplaudir y vitorear al curso de Emma, que en fila hacían grandes reverencias al público.

—Lo ha hecho muy bien, ¿verdad? —dijo Jude, queriendo romper la incomodidad instaurada entre los dos.

—Ha estado genial —respondió ella, asintiendo a su vez con la cabeza. Estaba sonriendo, pese a todo.

—Gracias, Sarah. Tú lo has hecho posible.

—Se lo merece, Jude. Emma se lo merece —dijo Sarah, perdiendo la sonrisa.

—Lo sé. —Jude agachó la mirada, avergonzado—. Lo siento mucho.

—No solo es sentirlo, tienes que actuar. Por ti y por tu hija.

—Soy un padre horrible. Le he fallado a Emma, a Megan —Jude miró al techo del salón de actos— y a ti. Las tres personas más importantes de mi vida. Pero te prometo, Sarah, que nunca más. Te lo prometo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas a la vez que la voz le fallaba, y Sarah de nuevo sintió que no si no ayudaba a ese hombre que tenía al lado, entonces ella también le estaría fallando a Emma, a Jude y, sobre todo, a sí misma, a sus principios y creencias, y supo con toda certeza que, no podría darle la espalda a ese hombre y su hija, y seguir con su vida como si ellos dos no hubieran pasado por ella.

—Venga, dejémoslo estar por hoy. Tenemos una Navidad que celebrar por delante.

—¿Me perdonas, Sarah? —quiso saber Jude.

—No es algo que se resuma en eso, puede que yo pueda perdonarte, pero ¿podrás perdonarte tú?

La aparición de Emma, acompañada de alguno de sus compañeros, cortó la conversación.

—¿A que ha sido espectacular? —preguntó la niña emocionada.

—No quiero que tus amigos me oigan, pero has sido la mejor —le dijo Jude al oído.

—Gracias, papá. —Emma abrazó a su padre y este se estremeció por dentro, ¿cómo había sido tan estúpido?

La noche anterior se había visto obligado por la dura historia de Patrick. Era su amigo desde hacía tiempo y estaba realmente enfermo, no era cuestión de negarle ir con él a tomar unos tragos, pero también era verdad que podría haber optado por tomar un refresco. Patrick no necesitaba que él bebiera

alcohol, tan solo requería de su compañía. Debía buscar ayuda profesional, el amor de los que tenía cerca no era suficiente para dejar una adicción como esa. Cuando volvieran de Fort Augustus entraría en el programa de Alcohólicos Anónimos de la ciudad y se centraría en trabajar y cuidar de Emma, y de Sarah, si ella conseguía perdonarlo.

El mercadillo benéfico fue un éxito, sobre todo para los brownies de Sarah, a los que esta había añadido una pizca de jengibre y clavo para darles un toque más navideño.

En total habían recaudado setenta y dos libras, vendiendo todas las porciones en muy poco tiempo.

Cuando salieron de allí, los ánimos estaban más relajados. Emma estaba muy feliz, irradiaba alegría por todos los lados, era una niña como cualquier otra disfrutando de aquella maravillosa época del año y sin ninguna carencia.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Sarah.

—Lo cierto es que no. He comido tantos bollos que me va a explotar la barriga. ¿Podemos subir ya a la noria?

—Claro, por mí no hay problema.

—Yo solo tengo un pequeño problema —dijo Jude.

—¿Cuál? —preguntaron las dos al unísono.

—Que me dan miedo las alturas.

—Eso no es cierto, te he visto subido a una escalera bastante alta —le repuso Sarah, frunciendo el ceño.

—Puntualizo, a ciertas alturas, y la de esa noria sobrepasa mis límites permitidos. Subid vosotras, yo os espero abajo.

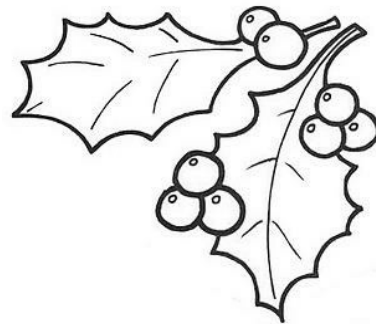
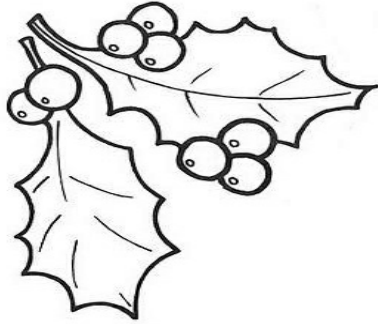
—Jo, papá, entonces no será lo mismo.

—Es verdad, Jude, si no subimos los tres no podremos hacernos el *selfie* reglamentario.

—En ese caso, haré de tripas corazón y subiré, pero puede que me maree un poco y grite como una nenaza.

—Estarás bien. Sarah y yo no dejaremos que te pase nada, ¿a que no? —dijo Emma, tirando del abrigo de Sarah.

—Eso es cierto, jamás dejaría que te pasara nada —respondió ella, dedicándole una mirada cargada de amor a Jude, no podía evitar querer a ese hombre a pesar de todo.



Fort Augustus, una localidad de poco más de setecientos habitantes, los recibió esa mañana. Emma se quedó impresionada con la magnífica panorámica del lago Ness, y Sarah le prometió ir más tarde a buscar al monstruo. Estaba deseando ver a sus padres y no veía la hora de llegar a su casa. Cuando vio por fin la fachada de piedra roja y el jardín exterior cubierto de nieve, amenazando con ocultar los adornos navideños de Sheila, una ola de nostalgia y entusiasmo invadió su cuerpo. Estaba en su hogar.

—¿Estás bien? —preguntó Jude, al verla al borde de las lágrimas.

—Sí, es solo por la emoción —respondió, cruzando la verja.

Cuando llamó al timbre, sonrió. Su madre siempre cambiaba la melodía en Navidad, y estaba sonando *Jingle Bells*, coordinada con el destello de las luces de la guirnalda que adornaba el dintel de la puerta. Sheila tardó poco en abrir, Sarah sabía que ese día se había levantado temprano para preparar su llegada y la de sus invitados, y que seguramente habría preparado un montón de comida casera, incluidas varias clases de galletas.

—Mi dulce niña —le dijo, abrazándola muy fuerte, apretando su cuerpo contra el suyo. Sintió como las borlas del jersey navideño de su madre se le clavaban en el pecho.

—Este año te has superado, mamá. Ese jersey tiene más adornos que el árbol de la plaza.

—¡Pues espera a ver los vuestros! Pasad por favor —les dijo a los tres, apartándose a un lado.

—Esta niña tan bonita debe ser Emma —comentó dirigiéndose a la niña.

—¿Me conoce? —preguntó ella, mirando a su padre y a Sarah extrañada.

—No personalmente, pero Sarah me ha hablado mucho de ti. Y de ti también, Jude —dijo Sheila, tendiéndole la mano.

—Un placer, señora Morgan.

—Oh, por favor, llámame Sheila. Esos formalismos hacen a una más vieja.

—¿Yo puedo llamarte abuela? —preguntó Emma, sonriéndole.

Sheila por unos instantes se quedó sorprendida, pero mantuvo la sonrisa. A Sarah no se le escapó la rápida mirada inquisitiva que le dirigió su madre y supo que más tarde tendría que responder a muchas preguntas. Jude, por su parte, se quedó alucinado con el descaro de su hija.

—Emma —la medio reprendió.

—No importa —aseguró Sheila—. Tú puedes llamarme como quieras, pequeña— le dijo, ofreciéndole la mano para que la acompañara—. He preparado unas galletas que te van a encantar. Tienes que contarme muchas cosas sobre estos dos —dijo, guiñándole un ojo.

—Mamáaaa —se quejó Sarah.

—Venga. Subid a dejar las maletas mientras yo hablo con mi nietecita —dijo riéndose, al tiempo que le daba un golpecito suave en la nariz a Emma.

Jude cogió las maletas y acompañó a Sarah a la planta superior.

—Supongo que mi madre os habrá preparado habitaciones separadas. Mis hermanos ya no viven aquí. Aunque siguen viviendo en el pueblo con sus mujeres.

—No hacía falta, puedo compartir cama con Emma.

—No hay necesidad, pero puedes hacerlo igualmente —dijo, pensando en que le hubiera gustado escuchar que podría compartir cama con ella.

A pesar de todo lo sucedido, Sarah tenía muchos sentimientos encontrados con Jude. Cuando estaba sobrio era un hombre del que era fácil enamorarse y entre ellos habían pasado demasiadas cosas, como para pasar por alto que sentía una profunda atracción hacia él, motivo por el que seguiría luchando para que lo suyo funcionase. Pero antes, le gustaría hablar con su madre.

Sheila no era mujer de juzgar a las personas y siempre se había mostrado dispuesta a ayudar a los demás, una cualidad que había heredado Sarah. Sabía que ella le daría buenos consejos y no pondría en tela de juicio la condición especial que acompañaba a Jude: su alcoholismo.

—¿Qué es eso de que os vais a casar? —preguntó Sheila, llevándose las manos a la boca por la emoción, en cuanto los vio aparecer en la cocina.

—¿Qué le has contado? —le preguntó Sarah a Emma.

—Que sois novios y os vais a casar. Es lo que le habéis dicho al señor McDermot. Hasta la señorita Michaels te llama ya señora Myers —afirmó Emma con vehemencia, mojando una galleta en leche.

—¿Es eso cierto? —preguntó Sheila.

—Sí, pero no. Le dijimos eso para que no nos sermoneara por convivir. Es un señor muy conservador. Y lo de señor Myers es por Emma y por los otros niños de colegio —respondió Sarah.

—Disculpe a mi hija, tiene una mente muy inventiva —intervino Jude.

—En eso se parece a la mía. ¿Te ha dicho ya que le encanta escribir historias? Nos volvía locos de pequeña. Creo que conservo un cuento de Navidad que escribió con doce años.

—Mamá, por favor —la reprendió Sarah.

—Yo quiero que me lo leas, abuelita —dijo Emma, que seguía comiendo galletas, pero atenta a todas las conversaciones.

—Lo buscaremos y leeremos un capítulo hasta el día de Navidad. Recuerdo que era como un calendario de Adviento. Sarah tiene mucho talento, pero poca suerte.

—Gracias, mamá —dijo ella molesta.

—Ay, hija, cómo estás hoy. Todo te molesta. Dejaré de abrir la boca y llamaré a tu padre para avisarle de que ya estáis aquí. Ha ido a la tienda del tío Stuart. Las ruedas necesitan una puesta a punto para sortear tanta nieve —dijo, dejándolos solos en la cocina.

—Me gusta la abuela Sheila—comentó Emma, apurando el tazón de leche.

—Y tú a ella también, pero no inventes cosas —le dijo su padre, revolviéndole el pelo.

Sheila había avisado a toda la familia de que Sarah ya estaba en casa. El hombre que la acompañaba la había impresionado mucho, era realmente guapo y de un tamaño descomunal, y su hijita había tocado su corazoncito, llamándola abuela. Sheila todavía no tenía nietos y la presencia en su casa de una niña tan mona que la llamara de aquella manera, colmaba de ternura su corazón. Sarah le había contado por encima el drama de esa pobre familia y Sheila era de empatizar mucho con las desgracias ajenas.

A la hora de comer, Paul, Mark y Evan, los hermanos de Sarah, se presentaron a comer con sus respectivas parejas.

—Estás muy guapa, hermanita —dijo Ewan, el hermano mayor.

—Gracias, tú tampoco estás mal —respondió burlona.

—¿Qué tienes con ese chico que has traído? No me gustan los hombres, pero he de reconocer que es muy atractivo. No tanto como yo —puntualizó con sorna—, pero mi mujer le daría el aprobado.

—Helen solo tiene ojos para ti —repuso Sarah, dirigiendo una rápida mirada a Jude que parecía estar por completo integrado en su familia.

—Helen me adora, pero no está ciega.

Aquel comentario hizo reír a Sarah. Su hermano estaba en lo cierto, Helen no había dejado de mirar a Jude desde el otro lado del salón mientras ayudaba a Sheila a colgar unas guirnaldas.

—Aún no me has contestado —le insistió Ewan.

—Es complicado.

—Complicado es resolver un cubo de Rubik. Las relaciones son mucho más sencillas.

—Esta no, créeme.

—Sea cuál sea el problema, seguro que tiene solución. Te conozco, Sarah. Eres la mujer más perseverante del mundo. Y si ese hombre te ha seguido a pasar unas Navidades con mamá, es que está locamente enamorado de ti.

—O sea, ¿que soportar a mamá es una prueba de fuego? —quiso saber ella, esbozando una sonrisa.

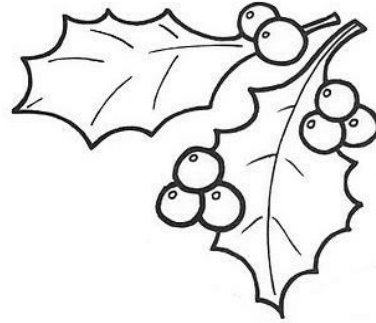
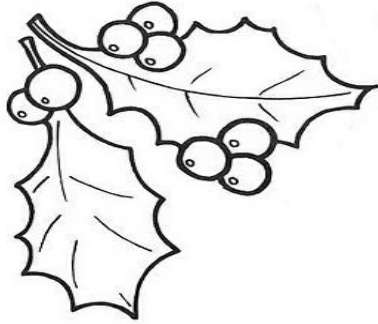
—Mamá es estupenda. Lo que hay que aguantar de verdad son estos horribles jerséis. ¿Dónde compra la lana? Esto pica más que la sarna.

—Exagerado.

—Exagerado es el menú que habrá preparado. Holly se va a poner loca de contenta —dijo, echando una mirada furtiva a la mujer de Mark, el hermano mediano.

—No seas malo, solo ha engordado unos pocos kilos.

—Después de Navidad hablamos —le replicó, provocando la risa de Sarah de nuevo. Ewan siempre lo hacía.



—Venga, todos a la mesa —ordenó Sheila.

Se había pasado la noche anterior cocinando. Era una anfitriona perfecta y estaba feliz de tener a todos sus hijos con ella. Los días previos a Navidad, la casa estaba siempre llena, la cocina en marcha preparando cualquier cosa y su cabeza haciendo planes sin parar un segundo. En esta ocasión, había incluido algunas actividades infantiles para contentar a la invitada más pequeña de la casa, y esta tarde quería que toda la familia fuera a un recital de villancicos en el centro comunitario de Fort Augustus. Todo el pueblo estaría allí y Sheila quería presumir de familia y ahora, además, de nieta.

—¿Qué tal te van las cosas por la gran ciudad, hija? —le preguntó el señor Morgan a Sarah.

—Bien, papá, no me quejo.

—¿Y tú, hijo, a qué te dedicas? —dijo, dirigiéndose a Jude esta vez.

—Jude es carpintero —se adelantó Sarah.

—Bonita profesión.

—Lo es, pero hay pocas oportunidades en la ciudad. Las grandes superficies ofrecen muebles a buen precio. No es lo mismo, pero la gente nos hemos vuelto práctica y no valoramos la calidad.

—Es cierto, pero eso por aquí no pasa. Seguimos encargando trabajos de carpintería a los comercios locales. Quizá podría preguntar si hay algún puesto vacante. Mi hermano Stuart conoce a todo el mundo, es el encargado de suministrar neumáticos a todos los habitantes de la zona.

—¡Peter! —exclamó Sheila, sorprendida por la proposición de su marido—. Jude no vive aquí. No puede venir cada día a trabajar a Fort Augustus.

—Pero tú siempre dices que Sarah debería vivir aquí. —Sheila le dio un puntapié a su marido por debajo de la mesa—. ¡No me vuelvas loco, mujer! —exclamó Peter, dando un golpe con los puños en la mesa.

—No le hagáis caso. Ha debido tomar un chupito de más en el pueblo —bromeó Sheila, lanzándole una mirada de advertencia a su marido para que se mantuviera calladito.

—¿Ya estás intentando organizarnos la vida, mamá? —intervino Paul, el hermano más callado de los cuatro.

—¿Cuándo he hecho yo tal cosa? —preguntó Sheila, con una mano en el pecho y fingida molestia.

—Pues cuando conocí a Christie, nos organizaste la primera cita prácticamente —respondió, aguantándose la risa.

—Bueno, pero yo te lo agradezco, Sheila. De haberla organizado tu querido hijo, ahora no estaría aquí sentada —intervino su mujer, dándole un beso a Paul en la mejilla.

—Tu familia es muy divertida —dijo Emma por lo bajini a Sarah.

—¿Verdad que sí?

—Sí, y la abuela Sheila es una gran actriz —respondió la pequeña, guiñándole un ojo, y volvió a centrarse en su plato de guisantes y puré.

Tal y como había previsto Sheila, a las seis, todos recorrían las empedradas calles, en dirección al centro comunitario. Sarah recordaba haber ido al certamen cada año y le gustaba mucho. Todo lo relativo a la Navidad en Fort Augustus era encantador. La pequeña localidad se decoraba con mimo: no había una ventana sin decorar, los lazos rojos se contaban por cientos, engalanando los árboles nevados. Era como una tarjeta navideña, hasta el olor de las calles recordaba a las especias típicas de la época. Fort Augustus te envolvía en un cálido abrazo con sensación de hogar. El resto del año se convertía en un destino turístico más, aun así, nunca perdía ese encanto suyo de pueblo pequeño.

—¿Estás bien? —le preguntó Sarah a Jude, pues lo vio pensativo y no estaba concentrado en la actuación.

—Lo cierto es que estoy genial. Y he estado pensando en lo que ha dicho tu padre.

—¿No habrá metido la pata y te habrá dicho algo fuera de lugar? —preguntó Sarah, sin poderse creer que algo así hubiera ocurrido.

—Ni se te ocurra pensar tal cosa. Tus padres son geniales. Es solo que

este lugar tiene algo mágico y no estaría mal que me consiguiera un trabajo por aquí.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Sarah, elevando un poco más la voz y abriendo los ojos como platos.

—¿Por qué? Hago un cumplido sobre tu lugar de origen, ¿y es porque me he vuelto loco?

—No, entiendo que te haya conquistado, lo hace a miles de turistas cada año. Pero vivir aquí es aburrido.

—Quizá a mí me venga bien un poco de aburrimiento, ¿no crees? —Jude arqueó la ceja.

—No lo sé, Jude. Me has pillado de imprevisto con todo esto. —A Sarah le cambió el gesto, ¿de qué estaba hablando Jude?

—Pues disfruta de los villancicos. Podemos hablar de eso en otro momento.

Sheila, al otro lado de la sala, se percató de que a Sarah le había cambiado la cara de un momento a otro. Entre ese hombre y ella no todo era color de rosa. Todavía no había tenido ocasión de hablar a solas con su hija, pero su instinto maternal le decía que Sarah se guardaba algo dentro.

Cuando el recital hubo terminado, entre todos los allí presentes retiraron las sillas y dispusieron mesas con dulces navideños, licores y chocolate caliente. Toda la comunidad disfrutaba del cálido abrigo de las fiestas, compartían preocupaciones y alegrías. Así era la gente de Fort Augustus y la propia familia de Sarah.

—¿Te ha gustado el recital? —le preguntó Sheila a Emma, que jugaba con otros dos niños de su misma edad y que habían actuado esa tarde con el coro.

—Me ha encantado, quizá el próximo año pueda salir a cantar como Dana y Oliver —respondió Emma, encantada con la idea.

—Seguro que sí. Además, me han dicho que fuiste el mejor abeto de la función de tu colegio.

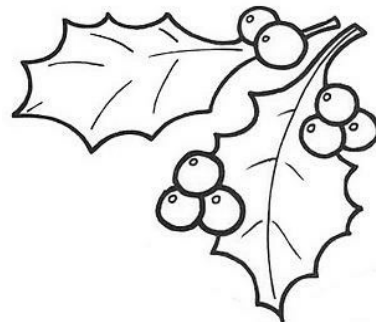
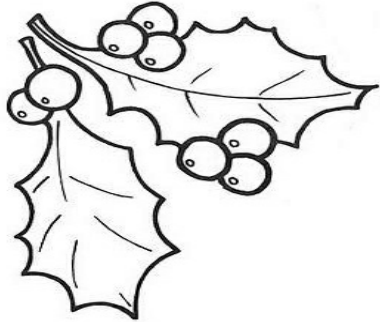
—Así es, tengo dotes interpretativas, como tú, abuelita.

—¡¿Cómo yo?! —Sheila se rio abiertamente. Esa niña era un encanto.

—Sé que te gustaría que Sarah viviera aquí, cerca de vosotros, ¿a que sí?

—¿Cómo eres tan lista, renacuaja?

Emma no contestó, se limitó a encogerse de hombros y reincorporarse a los juegos de Dana y Oliver, sus nuevos amigos.



—¿Qué es lo que te molesta? —le dijo Jude a Sarah en la habitación que, tras su confesión en el recital, no había pensado en otra cosa.

—La palabra no es molestar —le repuso, centrando la mirada en su rostro—. Es que no puedo entender por qué te planteas siquiera instalarte aquí. ¡Acabas de conocer este sitio, por el amor de Dios!

—Es solo un pensamiento. Es un lugar precioso, donde Emma podría ser muy feliz. Además, creía que después de mi última borrachera no querías saber nada de mí. —Jude trató de justificarse ante Sarah. Ella era muy importante para él, pero no tanto como Emma. Él, ante todo, sentía que tenía que luchar por normalizar la vida de Emma, y, si para ello tenía que renunciar a estar con Sarah, estaba dispuesto a ello. Aunque eso era algo que le dolía en el alma. Pero, por otro lado, sentía que tampoco tenía por qué ser necesariamente así. Podía tenerlo todo, si ella quería.

—Que esté enfadada no significa que quiera rendirme, nunca lo hago y, mucho menos, si se trata de alguien que me importa. Por eso me pregunto dónde quedo yo en todo eso.

—Me gustaría que fuera contigo. Al fin y al cabo, este es tu hogar y sé lo mucho que echas de menos a tu familia.

—Creo que estás siendo muy egoísta —le espetó ella.

—¿Y tú no? Sarah, si aquí consigo un trabajo de carpintero, estaré alejado de todo lo que me conduce a beber y a cagarla continuamente. ¿No lo entiendes?

—Pero ya has conseguido un trabajo en Edimburgo. El señor Harrison te ha ofrecido un puesto en mantenimiento.

—Lo sé, pero no es lo único que necesito, y lo sabes.

—Entonces eso significa que yo no soy parte de tus necesidades —les espetó Sarah, molesta y con las lágrimas a punto de brotar.

—Tú eres demasiado importante para mí, más de lo que piensas, pero quiero que entiendas por qué me planteo quedarme aquí.

—No lo entiendo. Lo siento.

—Sarah... —Jude hizo una pausa y suspiró antes de seguir—, no puedo permitirme defraudarte ni una sola vez más, no quiero que hipoteques tu vida por mí, no quiero suponerme una carga.

—No lo eres.

—Lo soy. Sé lo mal que te lo he hecho pasar y todavía me pregunto por qué me aguantas.

—Porque no se puede dar la espalda a la gente que necesita ayuda.

—Es tu buen corazón el que te mantiene cerca de mí, la pena o quizá la compasión, y no quiero eso. Quiero que me quieras por lo que soy, no por las necesidades que yo tenga, ni por las de mi hija.

—Yo te quiero a ti con todas las consecuencias, Jude.

—Y yo a ti, y Emma te quiere también, pero solo pienso en lo que sería mejor para los tres. Si decidieras quedarte aquí con nosotros me harías muy feliz, pero no puedo pedirte eso. Eso es algo que tiene que apetecerte a ti y no puedo seguir condicionando tu vida con mis problemas.

—¿Eso significa que lo tienes decidido?

—Eso significa lo que pienso. Y ahora mismo solo pienso en besarte y me da miedo, me da miedo que mi propio egoísmo te conduzca a vivir una vida que no te mereces.

Sheila, en la habitación de al lado, no pudo evitar escuchar aquella conversación. Se había ofrecido a acostar a Emma, la niña le tenía cautivado el corazón y las paredes de su casa no eran lo suficientemente robustas como para insonorizar las estancias. ¿Qué problemas tenía Jude? ¿De verdad quería quedarse en Fort Augustus? ¿Haría eso que su hija volviera a casa?

La mañana llegó y Sarah no había pegado ojo. Se sentía desolada. Emma fue a su habitación a despertarla y de un brinco subió a la cama.

—Sarah, Sarah, ya es de día y la abuela Sheila me dijo ayer que iríamos al mirador del lago para buscar al monstruo.

—Pues deberías ir a peinarte o el monstruo se asustará más que tú de verte con esos pelos —dijo, pasándole la mano por el enmarañado cabello.

—¿No bajas a desayunar? —preguntó Emma.

—Sí, en cinco minutos estoy abajo. No te comas todas las tortitas —dijo, adivinando, por el olor que impregnaba toda la casa, que su madre había preparado pancakes.

—Pues no tardes —le advirtió Emma, antes de marcharse.

Sarah dio una vuelta más en la cama, girándose hacia la ventana, sin darse cuenta de que Jude había entrado. Este se sentó en el borde de la cama, sobresaltándola.

—¡Qué susto me has dado!

—Lo siento. ¿Qué tal has dormido?

—¿Tú qué crees?

—Siento haberte hecho sentir mal anoche, Sarah.

—Se me pasará. Soy experta en rupturas.

—¿Por qué piensas que esto lo es?

—Porque sí... Porque no estoy dispuesta a seguirte.

—Entonces será porque lo nuestro no es tan fuerte como creías.

—Eso no puedes juzgarlo tú, a lo mejor yo podría decirte lo mismo.

—¿Crees que quiero alejarme de ti porque no te quiero?

—Es lo que parece —repuso, girándose de nuevo y cubriéndose con el edredón.

—Si quiero hacerlo, precisamente es para no hacerte más daño. Cada vez que lo hago me siento una mierda. No quiero darte esa vida ni que sufras cada vez que salgo de casa y me retraso una hora, porque hay cola en el supermercado. Soy un adicto, un maldito adicto que necesita alejarse de todo lo que le hace daño.

—Igual tienes parte de razón. Ni el cumpleaños de tu hija fue un impedimento para ello —le espetó Sarah, echándole en cara aquello.

—No quería decírtelo, pero te lo diré. No quiero justificarme, pero eso tiene una explicación.

—No sé si quiero saberla.

—De todos modos, te lo diré. Patrick está muy enfermo, tiene cirrosis y sin remedio. Se muere, Sarah. Me pidió que lo acompañara y no pude negarme. Patrick es el único amigo verdadero que he tenido en Edimburgo, aunque no fuera una buena influencia.

—Siento mucho lo de tu amigo, pero puedes acompañar a alguien sin necesidad de beber.

—Lo sé, ya te he dicho que no me justifica, pero no puedo amargarte la

vida y que me tengas en tela de juicio a cada paso que doy. Necesito ayuda, pero tengo que ser yo mismo el que tome mis propias decisiones, centrar mi vida en un objetivo. Por mí y por Emma. Mi corazón lo ocupáis vosotras dos, Emma no tiene elección, pero tú sí. Aquí podríamos ser muy felices, este lugar me da paz. Fue poner un pie en este pueblo y sentir que vivir aquí podría ayudarme a estar lejos de todo lo malo. Es el lugar que te vio nacer, y me encantaría que te quedaras aquí con nosotros. Sería muy duro no verte cada día, porque te quiero.

Sarah ahogó la congoja con la almohada. Sabía a lo que Jude se estaba refiriendo, pero no quería admitirlo. Ella no podía volver a Fort Augustus, el orgullo le podía.

—Voy a bajar, Emma está sola. Intentemos pasar estos días lo más felices posibles. Igual eso te hace cambiar de idea —dijo Jude, besando su espalda, antes de marcharse.

Sarah tardó un buen rato en bajar. Necesitaba llorar a moco tendido y liberar tensiones. Tras darse una ducha y ponerse ropa limpia, bajó a la cocina, encontrándose con una adorable estampa. Su madre estaba encantada de tener allí a Emma, ejerciendo de abuela.

—Por fin te dignas a deleitarnos con tu presencia —le dijo en cuanto la vio entrar. No se le escapó, pese a que Sarah se había maquillado, que tenía los ojos rojos.

—He sido buena y te he guardado un par de tortitas —dijo Emma con el abrigo puesto, gorro y manoplas.

—¿Dónde vais?

—Te lo he dicho antes, al lago. ¿No vas a venir?

—Lo tengo muy visto, id vosotros —respondió, dirigiendo la mirada hacia Jude, que estaba colocándose los guantes.

—¿Tú tampoco vienes abuelita? —preguntó Emma a Sheila.

—No, cielo. Tengo muchas cosas que preparar.

—Vale, pero os dejaré a Logan —dijo Emma, posando frente a Sarah el angelito.

—¿Estás segura? Mira que, si aparece el monstruo y no tienes a mano la magia de Logan, puedes arrepentirte —dijo Sarah.

—No te preocupes, papá me defenderá, y creo que la magia de Logan te hace más falta a ti ahora mismo —le repuso la pequeña, dándole un beso en la mejilla.

—Sheila —intervino Jude—, ¿dónde dices que está la carpintería de los Glenn?

—Subiendo la calle, giras a la derecha y verás un portón de madera grande, el más grande de la calle. Entra sin miedo y di que vas de nuestra parte, Bill te está esperando —respondió, obviando la cara de estupor de Sarah, que la miraba fijamente.

Cuando Jude y Emma desaparecieron dejándolas solas, Sarah seguía mirando a su madre para buscar una explicación.

—¿Qué? ¿Piensas atravesarme con la mirada?

—¿Qué te pasa, mamá?

—No entiendo.

—¿Por qué lo ayudas? ¿El trabajo de Jude no será otra treta de las tuyas para que vuelva al pueblo?

—¿Tanto te importa ese hombre? Anoche os escuché y no parecías muy dispuesta a eso —dijo, pasando un trapo por la encimera.

—¿Ahora te dedicas a escuchar conversaciones ajenas?

—Tengo un par de orejas y estaba en la habitación de al lado. Emma también lo escuchó todo, y me contó algunas cosas.

—Iba a contártelo todo. No hace falta que me lo sonsaques con técnicas absurdas.

Sheila se encogió de hombros y tomó asiento.

—Te escucho, Sarah. Sabes que me tienes para todo y no suelo juzgarte.

—Eso es solo una medio verdad. Nunca has aprobado que me marchara de aquí persiguiendo un sueño.

—Sueño que todavía no se ha cumplido desde hace muchos años. — Sheila no pudo evitar que sus palabras sonaran a reproche—. Sabes que sé que eres una fantástica escritora, pero hoy en día existen los e-mails para enviar manuscritos. No es necesario alejarte de la gente que te quiere para conseguir una oportunidad.

—¿Y por eso animas a Jude a que se quede? ¿Para que siga sola en Edimburgo sin la gente a la que quiero o que me quiere?

Sheila suspiró sonoramente y bajó la cabeza.

—Ese hombre tiene un problema, ¿verdad? Un problema serio.

—Sí, lo tiene, pero no todo el tiempo.

—¿Qué problema, Sarah? —preguntó seriamente.

—Es alcohólico.

—Entiendo —dijo Sheila, frunciendo el labio.

—No debes preocuparte. No se pone agresivo cuando bebe, y ya te he dicho que no cada día. Pero tiene un problema y debe solucionarlo, por él y por Emma. Antes creía que también debería hacerlo por mí, pero veo que no estoy en sus planes.

—¡Sarah, es muy positivo que una persona con adicciones tome decisiones propias para solucionar su problema! Es muy valiente por su parte, y Fort Augustus es un lugar magnífico donde criar a Emma, lo sabes perfectamente, tuviste una infancia inmensamente feliz. Además, los bares cierran a las once y después de trabajar y ocuparse de su hija, no le quedará tiempo para ir a beber absenta.

—¿Absenta?! ¿En qué siglo vives mamá? —preguntó, esbozado una pequeña sonrisa.

—Me has entendido perfectamente. Si lo quieres, sabrás que es lo mejor para él y, si decides quedarte aquí con ellos, le será más fácil superar todo eso. Ese hombre te quiere, Sarah. Eres el eslabón que le faltaba en su vida.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Por la forma de mirarte. Eso no falla nunca.

—¿Quieres que te recuerde cuando le dijiste a Valery Thompson que Troy Ferguson la estaba mirando con ojos de deseo?

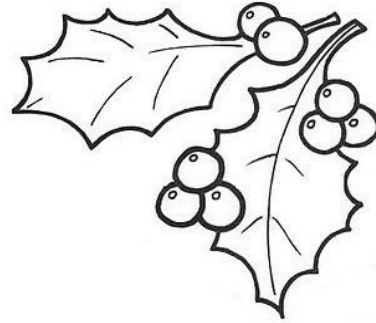
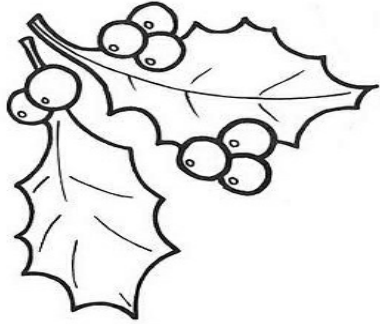
—Eso fue porque no llevaba limpias las gafas —le repuso riendo.

—Troy es gay, mamá. Lo sabe todo el pueblo.

—Bueno, pero la estaba mirando —dijo Sheila.

—¡Porque estaba haciendo las fotos de su boda! Casi le pega el novio.

—Ay, Sarah, ¡cómo te gusta recordarme ese momento tan bochornoso! —dijo, atusándose el pelo—. Pero esta vez no fallo, Jude está enamorado de ti y te lo está demostrando de mil maneras. Si tú no quieres verlo, yo no puedo hacer nada.



Esa mañana Sarah, a regañadientes, accedió a acompañar a Sheila a hacer unos recados. No le apetecía salir a la calle, pues tenía la cabeza hecha un lío. Cuando volvieron a casa, prepararon la comida. Por la tarde, Sheila quería que todos fueran al encendido del árbol de Navidad. Era tradición en Fort Augustus hacer el acto dos días antes y todo el pueblo se congregaba allí para celebrar las fiestas y tirar fuegos artificiales.

Jude y Emma entraron por la puerta con las narices rojas por el frío.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —preguntó Sheila, mientras abastecía una fuente de patatas asadas con mantequilla.

—Muy bien, pero el monstruo debe estar congelado de frío en el lago —respondió Emma, frotándose las manos.

—Tienes la nariz como un tomatito cherry —le dijo Sheila sonriendo.

—¿A ti se te pone también roja? —le preguntó la niña.

—¡Supongo que sí! Pero como no puedo distinguir el color —respondió Sheila, haciendo alusión a su raza, soltando una carcajada.

—Cuando te ríes te parece también a Rihanna. Todos los de mi cole dicen que Sarah es la versión escocesa de Ri-Ri.

—Qué más quisiera yo, creo que me parezco más a Nicki Minaj por el pandero —comentó Sheila, sin parar de reír.

Durante la comida, Sheila se contuvo de preguntarle a Jude qué le habían dicho en la carpintería. Se moría de ganas por saberlo, pero no lo creyó conveniente. Era un tema que a Sarah le molestaba y prefería tener la fiesta en paz. Por lo menos, hasta que él hablara con su hija y aclararan sus cosas.

Cuando entre todos, terminaron de recoger la mesa, Emma y Sheila

subieron al desván a buscar unos viejos adornos, y Sarah y Jude se sentaron a tomar una infusión frente al televisor.

—¿Has ido a la carpintería de los Glenn?

—Pensaba que no te interesaría saberlo.

—Que no me agrada la idea, no significa que no quiera estar informada.

—Me ha dicho que tiene una vacante si la quiero.

—Y la has aceptado, entiendo.

—No, todavía no. Le he dicho que me deje pensarlo.

—Bueno... Tienes tiempo para hacerlo.

—Lo sé. Me gustaría dar un paseo contigo, si tú quieres.

—Cogeré el abrigo —dijo Sarah, levantándose del sofá, le vendría bien un poco de aire fresco.

Anduvieron un buen rato en silencio, hasta que Jude inició la conversación. No sabía qué más podría decirle a Sarah, deseaba con todas sus fuerzas que ella accediera a quedarse o que se diera un tiempo antes de trasladarse de nuevo a Fort Augustus con ellos, pero que al menos barajara esa posibilidad.

—¿Por qué te fuiste de aquí? —le preguntó, mirando alrededor, admirando la belleza del misterioso paraje. Desde allí había una panorámica magnífica de la orilla del lago Ness.

—Estoy segura de que mi madre ya te habrá puesto al corriente sobre mis ínfulas de escritora. Creía que en la ciudad habría más oportunidades, pero no ha sido así.

—Sí, algo me ha contado, y sinceramente creo que ya eres escritora. No necesitas que nadie te confiera ese calificativo. Pero si lo que deseas es ver tus libros publicados, hoy en día existen canales de autopublicación muy buenos y con visibilidad mundial.

—¿Intentas convencerme con eso? —Sarah preguntó con ironía.

—No, intento ayudarte a cumplir tu sueño, si es que aún quieres hacerlo.

—Hace mucho que lo dejé aparcado —le repuso, mirando hacia otro lado.

—Entonces ¿qué te ata a Edimburgo?

—Mi vida, me he acostumbrado tanto a ella que siento que es mi sitio.

—¿Lo dices de corazón?

—Yo ya no sé ni lo que digo, todo esto me tiene trastornada.

—Mira a tu alrededor, Sarah. Esta paz y armonía quiero que perdure en mi vida.

—Te entiendo, de verdad que sí, pero me cuesta pensar que voy a dejar de

verte cada mañana, o que no tendré a Emma en casa y no seré más la señora Myers.

—Siempre serás la señora Myers para ella, y tendrás que venir a ver a tus padres. No nos mudamos de país.

—Entonces vas a decirle que sí a Bill.

—Supongo que sí. La felicidad de mi hija está en juego y creo que Fort Augustus es el lugar idóneo para empezar una nueva vida.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Sarah y no pudo más que abrazarlo. Comprendía que era lo mejor y que efectivamente su infancia en el pueblo había sido maravillosa. No podía pensar de esa manera tan egoísta y robarle ese prometedor futuro a la pequeña Emma. Ella lo merecía, y Jude también. Necesitaba recuperar muchas cosas y Fort Augustus era el camino. Además, sabía que, en cuanto su madre se enterase de su decisión, se ofrecería gustosamente a cuidar de Emma mientras él trabajaba: recogerla del cole, llenar su barriguita de deliciosos guisos caseros y surtirla de todo tipo de afectos y caprichos. Su madre era así, y Sarah también.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros—. Emma va a ser muy feliz aquí y tú, en consecuencia, también. Os deseo lo mejor.

—¿Eso es un no? —Jude la miró, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Sí, es un no. Pero Jude, quiero que sepas que haces lo correcto. — Sarah rompió el abrazo y se encaró con él, tomándole las manos entre las suyas—. Tu hija y tu salud son lo primero. Necesitas Fort Augustus más de lo que me necesitas a mí.

—No digas eso. Os necesito por igual, pero tengo que elegir, ya que tú no quieres volver.

Ella sacudió la cabeza y miró en otra dirección, tratando de no echarse a llorar. Aquello le estaba doliendo.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Sarah —dijo, apretándole las manos para que le devolviera la mirada—. Bueno... —carraspeó incómodo, le era difícil expresarle sus sentimientos, sin de algún modo traicionar la memoria de Megan—, ya me entiendes, en mucho tiempo... desde que murió Megan.

—Lo sé, no tienes que darme tantas explicaciones.

—Siento que te quiero tanto como la quería ella. Me he enamorado de ti, pero tengo que hacer lo que es debido. Y lo que debo hacer es pensar en mi hija antes que en mí, y pensar en Emma, supone, en primer lugar, alejarme de

todo lo que me hace beber, he de encontrar un hogar para los dos y ser capaz de mantenerlo a flote por mí mismo, necesito sentirme útil y tener la certeza de que estoy haciendo las cosas bien por una maldita vez en mi vida. Quiero reencontrarme y hacer las paces conmigo, y... —Jude volvió a mirar el paraje nevado que los rodeaba—... Y sé que todo eso lo puedo conseguir aquí, en Fort Augustus. Lo sentí nada más llegar. Este lugar tiene magia y se percibe en el aire. No llores, mi dulce Sarah —le pidió, en cuanto volvió a fijar sus ojos en ella y comprobó que estaba llorando.

—Estoy tan emocionada y triste a la vez, que los sentimientos se confunden. Te entiendo, ya te lo he dicho, pero pensaba que tú y yo teníamos un futuro juntos, pese a todo, y que juntos encontraríamos el camino.

—Me gustaría que tú formases parte de ese futuro que yo vislumbro aquí —le dijo, abrazándola con todas sus fuerzas—. Pero no quiero que te veas forzada a ello. Sé que no quieres volver y lo entiendo. Tomaste una decisión hace tiempo.

—Tenía motivos entonces, pero ahora siento que se diluyen y no tienen tanto sentido.

—¿Entonces?

Entre sus brazos, Sarah volvió a encogerse de hombros, mirando hacia otro lado. Desde allí se gozaba de una vista espectacular del lago. Por muy escéptico que uno fuera no podía evitar repasar todos y cada uno de los puntos visibles de su relieve, en busca de Nessie, y Sarah lo hizo por enésima vez en su vida de forma inconsciente.

—No lo sé. Dame tiempo.

—Todo el que quieras. Estaré esperando.

—¿Me esperarás? ¿Hasta cuándo? —Sarah lo miró a los ojos intensamente.

—Toda la vida si es necesario.

—Toda la vida es mucho tiempo —le repuso con una mueca.

—Nunca será suficiente tratándose de ti.

Sus bocas no esperaron más, salieron al encuentro de lo que sus corazones exigían a gritos. Se unieron, encajando perfectas, parecían diseñadas por un mismo molde que se había dividido en dos antes de ser concebidos siquiera. Las dos mitades juntas por fin, cerrando el círculo. La pasión se abrió camino, el calor se concentraba entre los dos, rebasando la gruesa tela de sus abrigo y jerséis, acechando la anhelante piel. El beso se tornó tan intenso, que las respiraciones dejaron de ser mudas y se transformaron en blandos resuellos.

Las manos dejaron de estar quietas, aferrando la cintura y el cuello, para buscar libremente un contacto más íntimo.

—Si no hiciera un frío de mil demonios, te desnudaría y te haría el amor sobre la nieve —susurró él excitado, rompiendo aquel beso que los estaba abrasando.

—Eso y... que no creo que al señor Grady le gustase presenciarlo —le repuso ella, avergonzada, apoyando la frente en su pecho para ahogar una carcajada.

—¿Quién? —preguntó Jude sin comprender a qué se refería con aquello.

—El señor Grady. Está ahí, con su perro —respondió entre risas, haciéndole un gesto con la mano para que mirase a su derecha.

Jude volvió la cara para buscar a ese hombre. A no más de veinte metros de distancia, un anciano, con un gorro de lana rojo calado hasta los ojos, los observaba disimuladamente, mientras aparentaba jugar con su perro, lanzándole un sarmiento.

—Buenos días, señor Grady. —Jude lo saludó elevando la voz mientras levantaba la mano, esbozando una amistosa sonrisa hacia el hombre—. Estupendo día para pasear.

—¿Qué haces?! —Sarah le agarró la mano, bajándosela.

—Saludar. Es lo que se hace en estos casos. Deberías hacer lo mismo.

—Buenos días, señor Grady —dijo ella a su vez.

El hombre hizo un gesto de sorpresa, como si terminara de reparar en la presencia de la pareja en aquel vasto y solitario paraje, y saludó:

—Buenos días. No se demoren mucho, está a punto de empezar a nevar.

—¿Cómo lo sabe? —quiso saber Jude.

—Mi rodilla... Nunca miente —respondió él, señalándose la articulación—. Siempre que va a caer una nevada de las gordas, media hora antes se pone a aullar como una condenada.

—¿Y está aullando ahora, señor Grady? —pregunto Sarah, evitando reír.

—Más que una loba pariendo —respondió, luego profirió una especie de pedorreta con la boca, que dejó a ambos extrañados. Pero al poco, apareció su perro dando brincos sobre la nieve y entendieron que esa era su forma de llamarlo.

—Vamos, Michael Jackson —le dijo, acariciándole la cabeza—. Con Dios —se despidió de ellos, antes de darse la vuelta y echar a andar en dirección al pueblo.

—Deberíamos volver también. Si la rodilla del buen Grady no se

equivoca va a empezar a nevar en nada —dijo Sarah, emprendiendo el camino a casa.

—¿Ha llamado Michael Jackson a su perro? —Jude se puso a su altura en dos zancadas.

—Se llama así —respondió Sarah, sin darle ninguna importancia al asunto.

—¿Se llama así ese perro?

—Sí.

—¡¿Por qué?! —exclamó él, divertido.

—¡Y yo qué sé! Pregúntaselo al señor Grady. Supongo que, si vas a quedarte a vivir aquí, tendrás más de una ocasión para hacerlo. —De nuevo la voz de Sarah sonó triste.

—Escucha. —Jude la detuvo, aferrándole la mano—. Hagamos un trato tú y yo.

—¿Qué clase de trato?

—Estamos aquí para divertirnos y nada nos impide hacerlo. Dedicémonos a disfrutar del presente sin pensar en el futuro, ya llegará el momento de pensar en ello. ¿Qué te parece, Sarah? —Jude le sonrió de ese modo suyo tan sexy, y Sarah supo que podía darse por ganada.

—No sé si podré.

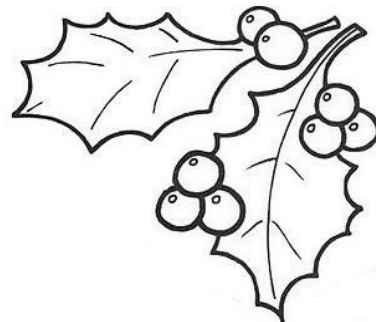
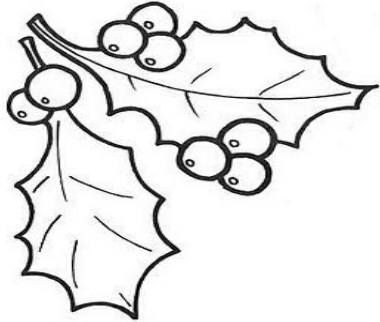
—Dime al menos que lo intentarás.

Sarah suspiró fuerte y después asintió.

—Está bien, divirtámonos y hagamos que Emma tenga las mejores Navidades de su vida.

—Eso no será muy difícil, hasta ahora han sido una completa calamidad —dijo Jude, avergonzado por la parte que le tocaba, que era toda. Había sido un padre desastroso hasta la fecha, pero ¡ya estaba bien de lamentarse y no hacer nada! Debía tomar de nuevo las riendas para enderezar su vida. No andaba solo y se lo debía a su hija.

—Eso ya nunca será así. Venga, trato hecho. —Sarah le sonrió, ofreciéndole la mano para cerrar el acuerdo.



De camino a casa de los Morgan, la pareja se detuvo para admirar el atardecer. El efecto de luces que se creaba entre el cielo y las aguas del lago dibujaba un cuadro maravilloso, casi parecía probable que en cualquier momento emergiera la monstruosa silueta de Nessie. Jude envolvió la espalda de Sarah con el brazo y ella apoyó la cabeza en su brazo.

—Pensaba que Edimburgo gozaba de los mejores atardeceres del mundo, pero veo que me equivocaba —comentó Jude, absorto en la línea del horizonte.

—Fort Augustus es el mejor lugar del mundo —aseguró ella, prendada con toda aquella belleza. Hacía mucho tiempo que no se paraba a ver un anochecer y la belleza era sobrecogedora—. Se dice que también posee los mejores arcoíris de la Tierra.

—Es un sitio fantástico.

—Lo es —dijo ella con un tinte melancólico en la voz.

—Debió ser difícil dejarlo atrás.

—Lo fue, pero tenía muchos pajaritos en la cabeza piando. Lo echo mucho de menos, lo mismo que a mi familia. En la ciudad tengo amigas, que son como mi familia allí, pero cada una ha volado y va por su lado... —suspiró—... Y ahora os tenía a vosotros, pero también me vais a abandonar.

—No te vamos a abandonar.

—Ya, sí, pero no será igual.

—Hemos dicho que íbamos a dejar el asunto. No quiero que sigas enfadada.

—Ya no estoy enfadada —le aseguró Sarah—, pero sigo triste.

Jude asintió levemente e hizo una mueca de dolor.

—Tendré que hacer algo para que no lo estés.

—No te preocupes, mi madre se ocupará de ello. Es tremenda.

Jude sacudió la cabeza y movió levemente la cabeza para encarar sus rostros, buscando un beso.

—Quiero hacerte feliz, pero no encuentro el modo.

—Ya sabes cómo podrías hacerlo, pero no quiero insistir sobre ello. — Sarah rompió el contacto, adelantándose un par de pasos—. Volvamos a casa, hace un frío criminal y se me están congelando hasta los pensamientos.

Al llegar a la casa, el calor del hogar los envolvió enseguida. Se despojaron de los abrigos y se dirigieron a la cocina, de donde procedían las voces y carcajadas que se escuchaban desde la entrada.

—Mi hija adora a tu madre.

—Y mi madre adora a tu hija. Son tal para cual, a cada cual más lianta — rio Sarah.

En la cocina se encontraron con Sheila y Emma haciendo galletas. La niña llevaba pegotes de harina hasta en el cabello y parecía exultante de felicidad con las manos metidas hasta las muñecas en la masa. De nuevo la congoja se instauró en Sarah. Ella siempre anteponía el bienestar de los demás al suyo, y esta vez no sería distinta. Aquella pequeña le importaba demasiado como para privarle de toda la felicidad, seguridad, armonía y bienestar que podía obtener quedándose a vivir en Fort Augustus.

—¿Qué tramáis vosotras dos? —les preguntó a ambas, deteniéndose en la puerta.

—Estamos haciendo el famoso bizcocho con chocolate de la abuela Sheila. Lleva sorpresitas —respondió Emma, levantando la vista hacia ellos—. ¡Ah, quietos, quietos, no os mováis de ahí! —exclamó.

—¿Nos vas a hacer una foto?

La pequeña sacudió la cabeza, sonriente, y luego dirigió una mirada de complicidad hacia Sheila.

—¿A qué no sabéis dónde estáis?

Sarah se encogió de hombros.

—¿En la cocina? —respondió.

—Síii, pero... —con una pícara sonrisilla les indicó que mirasen hacia arriba.

Jude y Sarah dirigieron los ojos al dintel de la puerta y se encontraron con una rama de muérdago que antes no estaba allí.

—Ah, entiendo... —dijo Sarah, riendo—. Eres muy pillina. Nos has puesto una trampa.

—Es que los esposos se besan y yo aún no os visto hacerlo.

—¿Tú no habrás tenido nada que ver? —Sarah miró a su madre.

—Ha sido todo idea de Emma —respondió Sheila—. Pero la tradición es la tradición, y ya sabéis lo que manda.

—Entonces no tenemos muchas alternativas. —Sarah miró ahora a Jude que, a su lado, tragó saliva y se encogió de hombros.

—Yo soy un hombre de tradiciones.

—¡Entonces no os queda más remedio! ¡Venga, un beso! —exclamó la pequeña, feliz de haberse salido con la suya.

Jude inclinó levemente la cabeza y posó un tímido beso sobre la frente de Sarah, que respiró aliviada. La situación, aunque ingeniada con gracia por la niña, no dejaba de ser incómoda para ella. Nunca había besado a un chico en presencia de su madre.

—¡Pues vaya caca de beso! —protestó Emma, haciendo una mueca de disgusto.

—Oye, pequeñaja, nosotros hemos cumplido. La tradición no dice nada sobre dónde y cómo serán los besos —le replicó Sarah, entre risas, acercándose a ella—. Oye, eso tiene una pinta espectacular. ¿Qué sorpresitas lleva?

—Si te lo digo, ya no será sorpresa.

—Ah, es verdad, qué tonta estoy. —Sarah rodó los ojos.

—Porque eres tú, Sarah, sino... —Emma sacudió la cabeza con fingido enfado—. ¿Dónde habéis estado?

—Dando un paseo —respondió Jude, tomando asiento a la mesa.

—Me hubiera gustado ir.

—A la próxima —convino su padre, quitándole unos pegotes de masa de la frente.

A pesar de la fuerte nevada que había caído a las cuatro, de acuerdo a los aullidos de la rodilla del señor Grady, toda la familia, siguiendo los deseos de la matriarca, se reunió en la plaza a las seis menos cuarto. Casi todo el pueblo estaba allí congregado y, a pesar de que eran muchos los presentes, reinaba un denso silencio, creando un efecto de intensa emoción en todos ellos.

Emma, que había ido hasta allí de la mano de Sheila, se movió para colocarse al lado de Sarah y, sin decir nada, le buscó la mano. Sarah la miró y

le brindó una sonrisa.

—Es la mejor Navidad de mi vida —dijo, tirando de su mano hacia ella para besársela, algo que aún conmovió más el corazoncito de Sarah.

—Me alegro.

—Gracias por traernos.

—No hay de qué. Mi familia está muy feliz de teneros aquí.

—¿Y tú? ¿Estás feliz? —preguntó la pequeña, haciendo gala de esa perspicacia suya, poco común para su edad.

—Sí, mucho.

—Entonces ¿por qué lloras?

—¿Qué? —Sarah abrió los ojos como platos, sorprendida.

—¿Si eres feliz, por qué lloras? —insistió la pequeña que no entendía mucho de sutilezas.

—No estoy llorando.

—Ahora no, pero has llorado esta mañana. Lo sé.

Sarah asintió levemente, incapaz de mentir, y subió la mirada, encontrándose con los ojos tristes de Jude, que observaba la charla entre las dos.

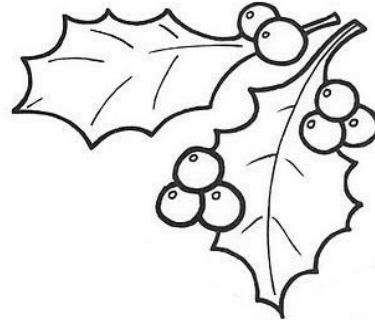
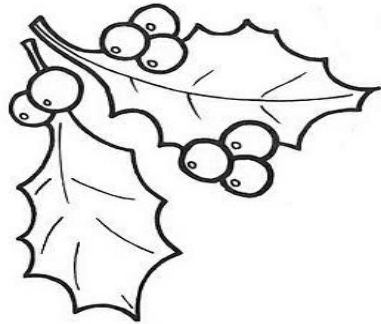
—A veces no se llora por tristeza, sino por emoción, como la que siento ahora, al estar aquí con todas las personas que más quiero en el mundo, compartiendo este momento tan simbólico y emocionante.

—¿Yo soy una de esas personas?

Sarah asintió, sintiendo que la garganta se le atenazaba.

—Ahora mismo estás la número uno de mi lista de personas favoritas.

—Yo también te quiero, Sarah —dijo la niña, sin poder reprimir la emoción, y le abrazó fuertemente las piernas.



La casa era un hervidero con los preparativos para la noche. Sheila iba a cocinar, como mandaba la tradición familiar, el famoso ganso ahumado de la bisabuela Alice, y, nada más anochecer, fueron apareciendo los hermanos y cuñadas de Sarah para ayudar. La casa se llenó de una risueña algarabía y las voces se entremezclaban unas con otras, robándose los turnos de palabra.

Jude, sentado en uno de los sofás del salón, observaba divertido la escena familiar. Aquello era como estar viendo una película navideña, todos, sin exclusión, llevaban puesto un jersey de lana verde con el dibujo de un reno con gorro de Papá Noel, y felices recorrían la distancia entre el salón y la cocina, portando platos, copas y botellas, arreglando la mesa para la hora de la cena. Emma en el lugar que se había adjudicado en la cocina, junto a la anfitriona, vigilaba el horno.

Mark se acercó a Jude con unas copas de vino en las manos, le ofreció una y se sentó a su lado. Jude la tomó, pero no bebió.

—¿Qué tal Jude? ¿Cómo lo llevas? —le preguntó, antes de darle un sorbo a su copa.

—Lo llevo bien. —Le brindó una sonrisa.

—¿Hay algo entre tú y mi hermana? —Mark no se anduvo por las ramas.

—¿Qué?

—Tío, no me hagas entrar en detalles, ya sabes, ¿que si mi hermana y tú sois pareja o algo así? —se explicó con precaución.

—Comprendo. —Asintió levemente—. Pero no sé decirte qué hay entre los dos.

Mark frunció el ceño.

—No entiendo.

—Es difícil de explicar, no es que Sarah y yo estuviésemos saliendo, aunque, en cierto modo, sí lo estábamos haciendo, pero ahora mismo, creo que ya no.

—¿Habéis roto?

—No exactamente.

—Tío, no entiendo nada.

—Lo siento. No sé explicarlo mejor.

Ewan se acercó al grupo, sentándose al otro lado de Jude.

—Eh, Jude, ¿qué tal?

—Bien, aquí estoy. —Jude se encogió de hombros, entre los dos hermanos, que tenían la mirada clavada en su persona. Se sentía bastante acorralado. Puede que él fuera más grande, pero ellos eran dos.

—¿Sabes que aquí tenemos una tradición? —dijo Ewan con cierto retintín en la voz.

—No. ¿Qué clase de tradición?

—Una familiar. —Mark dibujó una sonrisa maliciosa.

—¿Debería asustarme? —preguntó Jude, suponiendo que querían gastarle alguna broma.

—Depende del aguante que tengas —respondió Ewan.

—¿Qué tipo de aguante?

—Al aguardiente. —Chasqueó la lengua contra el paladar y Jude frunció el ceño.

—No lo aguanto bien —le repuso.

—¡¿No serás un flojeras?! —se burló Mark, dándole un codazo.

—No, pero no bebo —se defendió Jude, que tampoco quería entrar en más detalle.

—Tío, es una tradición —Ewan insistió—. ¡Paul, tráete el aguardiente y unos vasos como Dios manda! —le gritó al tercer hermano que terminaba de aparecer por la puerta.

Poco después, Paul volvió a aparecer, cargado con la botella y cuatro vasos anchos, y los dispuso sobre la mesa de centro antes de servirlos.

—¡Venga, brindemos! —dijo Paul, ofreciéndole el vaso a Jude, que lo miró estoicamente por unos segundos, sin atreverse a cogerlo.

—Lo siento, pero no puedo —se disculpó, apartando la mano.

—Pero ¡qué nenaza! —se burló Mark.

—¿No serás alcohólico? —se rio Ewan inocentemente.

Jude lo miró fijamente un instante y luego desvió la mirada, centrándola en la alfombra bajo sus pies. De pronto, las risas de los hermanos se silenciaron, cuando estos comprendieron que Ewan había dado en el clavo.

—Joder, qué mal rollo —musitó Mark.

—Tío, lo siento, no sabía nada —se disculpó Ewan, incómodo.

Jude se mordió el labio y levantó la mirada, mirando a los tres, sin decir nada. Tras unos instantes, habló.

—Sí, soy alcohólico —afirmó tajante, pero a la vez avergonzado. Era la primera vez que admitía su problema ante personas que apenas conocía. Pero no tenía sentido demorar más aquello. Si pensaba quedarse a vivir allí, los hermanos de Sarah iban a formar parte de su vida y era preciso que supieran de su adicción.

—Tío, joder, qué metedura de pata.

—No pasa nada, es lo que hay. Pero vosotros bebed, sin problema —les repuso con una sonrisa conciliadora

—Nada de eso —dijo Paul, recuperando los vasos de las manos de sus hermanos para llevárselos cuanto antes de la vista de Jude—. La familia está para ayudarse. Si tú no bebes, aquí nadie bebe.

—No hace falta, en serio. No es necesario. Que yo tenga un problema, no os tiene por qué afectar a vosotros.

—Pero nos afecta, tío. Eres el novio de Sarah —comentó Ewan, pasándole el brazo por encima del hombro, para lo que tuvo que auparse un poco, puesto que Jude le sacaba casi una cabeza.

Mark al escuchar aquello carraspeó y Ewan lo miró inquisitivamente.

—¿Qué pasa? He vuelto a meter la pata, ¿verdad? —preguntó titubeante.

—Sí, hasta al fondo —respondió Mark riendo.

—¿No sois novios?

—Me temo que no —dijo Jude, tratando de no reír.

—¿Y qué sois?

—Amigos.

—¿Amigos... amigos, o amigos con derecho a roce? —quiso saber Ewan. Jude tragó saliva, incómodo, y respondió:

—Creo que me voy a abstener también de responder a esa pregunta.

—Eres un maldito cotilla —se burló Paul.

—Venga, joder, habéis estado hablando todo el tiempo de lo que tienen estos dos desde que llegaron, ¿y ahora yo soy el cotilla? —protestó Ewan entre risas.

La charla entre los hombres se detuvo con la entrada triunfal en el salón de la bandeja con el ganso ahumado en manos de Sheila y su comitiva de ayudantes, portando fuentes de patatas asadas y otras delicias que habían preparado en las horas previas.

—Todo el mundo a la mesa —dijo la anfitriona con voz de mando.

Jude se levantó del sofá y observó aquel despliegue culinario sobre el mantel rojo bordado con motivos navideños, feliz. Quizá no estuviese completamente satisfecho, pero, desde luego, se sentía mucho mejor. Estaba en el camino de recuperar su vida, ahora solo le faltaba una cosa para que su dicha fuera completa. Demostrarle a Sarah que merecía la pena regresar a Fort Augustus.

Tras recorrer la pequeña distancia hasta la mesa, Emma corrió a su encuentro con los ojos brillantes por la emoción. Sabía que hacía lo correcto.

—Papa, ¿habías visto alguna vez una mesa así? —le preguntó, tomándole la mano entre las suyas.

—Sí, pero hace mucho —respondió nostálgico, recordando las grandes comilonas que se organizaban en su casa cuando era pequeño.

—Quiero que siempre sea así —dijo Emma, dirigiéndolo a una silla, junto a Sarah—. ¿Puedo sentarme entre los dos?

—Y yo —musitó él, aunque su hija ya no le estaba escuchando, ocupada, como lo estaba ahora, en sentarse a la mesa y sonreír de oreja a oreja a todos los presentes.

La cena transcurrió en un ambiente festivo, en el que no faltaron las típicas bromas de quién se conoce de toda la vida y las pausas para entonar villancicos, pero a Sarah no se le escapó que sus hermanos hacían cosas raras, como apartar las botellas de vino y sidra del alcance de Jude y no demandar brindis multitudinarios por la Navidad como solían hacer siempre. Miró inquisitivamente a su madre en varias ocasiones, preguntándose si les habría dicho algo del problema de Jude con el alcohol, pero su madre sonreía a diestro y siniestro, sin hacer ningún caso a sus miradas.

Tras apurar todas las fuentes, llegó la hora del postre. Un Dundee cake, un delicioso pastel de mazapán con almendras, que Emma devoró chupándose ruidosamente los dedos, mientras elogiaba a su abuela Sheila, ante las risas de todos. Aquella niña los había conseguido conquistar en solo dos días.

—Ha llegado el momento de formular nuestros deseos —anunció Sheila, poniéndose en pie.

Se dirigió al aparador sobre el que lucía majestuoso un Nacimiento de

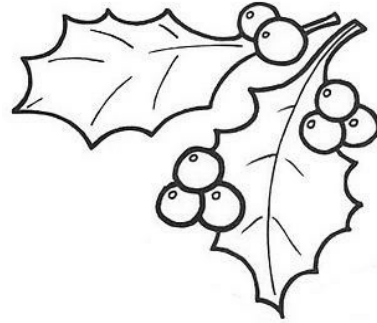
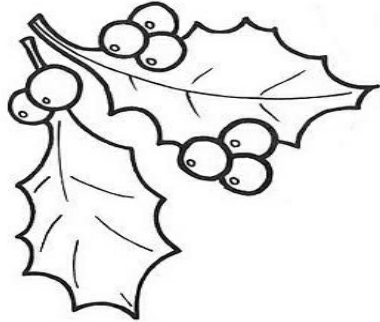
figuras enormes de porcelana y tomó una vela blanca de un candelabro, que alumbraba titilante el Belén. Se acercó de nuevo a la mesa. Todos guardaron silencio esperando el ritual especial que siempre hacían en Nochebuena, en el que uno tras otro sujetando la vela formulaban un deseo. Sheila cerró los ojos por unos segundos y sonrió, luego le pasó la vela a su marido, que hizo lo mismo.

Cuando llegó el turno de Emma, a la que Sheila ya le había explicado esa mañana lo que debía hacer, esta tomó con su pequeña mano la vela que le ofrecía Sarah y sonrió.

—Recuerda que los deseos de Navidad siempre se cumplen —le dijo Sheila desde su posición en la cabecera de la mesa.

—Lo sé, abuelita —dijo ella, antes de cerrar los ojos y formular su deseo para sí misma. Tras eso le cedió la vela a su padre de un modo solemne.

Jude tomó la vela, nadie le había explicado el ritual, pero lo había captado viendo proceder a los demás. Antes de cerrar los párpados, miró a Sarah un instante. Ella lo estaba observando y, con una leve sonrisa, hizo un leve asentimiento con la cabeza. Luego bajó la mirada y pidió en silencio que Sarah decidiera quedarse con él y con Emma en Fort Augustus.



—Estoy agotada. —Sheila se llevó la mano a la frente—. El año que viene lo haremos en casa de Ewan.

—Todos los años dices lo mismo —le replicó en broma Sarah, terminando de secar unos cubiertos, antes de guardarlos en el cajón.

—Sí, pero luego se me olvida —se rio su madre, pasándole un plato.

—Ya no queda nada más —dijo Jude, entrando en la cocina con unas copas vacías.

—Gracias, Jude, déjalas en la mesa. Mis hijos tras devorar mi comida y beberse mis licores salen corriendo —comentó, pasándole otro plato a Sarah.

—¿Puedo ayudar en algo más? —preguntó él.

—No. Está bien.

Sheila le lanzó una mirada a Jude antes de que este abandonase la estancia.

—Ese hombre tuyo es muy grande —bromeó Sheila.

—No es mi hombre, mamá.

—No es lo que dicen sus ojos.

—¿Y qué dicen sus ojos?

—Que es tu hombre —afirmó con una sonrisa confiada.

—Mamá, no empieces. Es muy complicado.

—Es complicado porque tú lo haces complicado.

—¿No te importa que sea alcohólico?

—¿Te importa a ti?

Sarah sacudió la cabeza y abrió la boca durante unos instantes de confusión antes de responder:

—Podría vivir con ello si él dejara de serlo, pero no es solo eso.

Sheila hizo una mueca de desagrado, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo que debes plantearte es si quieres seguir viviendo sin él, y creo que eso es algo que aún no te has planteado en serio.

—He vivido muy bien sin él toda mi vida, olvidas que hace casi nada que lo conozco —le replicó.

—Tú lo has dicho, antes de conocerlo. Pero ahora que lo has conocido, ¿crees que seguirás así de bien?

—Eres una lianta.

—Lo sé, ¿¿qué le voy a hacer?! —Sheila se rio.

Los Morgan tenían por costumbre abrir uno de los regalos por la noche antes de irse a dormir, y el resto al día siguiente, tal y como mandaba la tradición. Toda la familia se reunió frente al árbol, esperando con ansias el momento.

—Como anfitriona de la cena, me gustaría decir unas palabras —dijo Sheila, captando la atención de todos—. Doy las gracias por tener siempre a la familia cerca, y agradezco que la vida nos ponga en el camino personas nuevas a las que incluir en este núcleo de paz y amor —dijo, dirigiéndose a Jude y Emma—. Que nunca os falte un sueño por el que luchar, un proyecto que realizar, algo que aprender, un lugar donde ir y alguien a quien amar. ¡Feliz Navidad!

Todos la felicitaron y posaron besos en sus mejillas, Sheila siempre sabía emocionarlos con sus palabras.

—Además, ya que estoy, quiero anunciar que Jude y Emma han decidido convertirse en residentes de Fort Augustus. Y desde ya, quiero deciros, que tendréis nuestro apoyo incondicional y una casa a la que acudir si lo necesitáis —le dijo a Jude, agarrándole las manos con firmeza—. Y a ti, pequeña Emma, jamás te faltará el amor de tu abuela Sheila.

—Sarah, ¿tú no te quedas? —preguntó Emma.

—No, lo siento cariño —respondió con un nudo en la garganta.

—¿Por qué? ¿Ya no nos quieres?

—No digas eso ni en broma, ¿me oyes? Sabes que tengo mi trabajo en Edimburgo.

—Aquí también hay tiendas de regalos, las vimos ayer —le replicó la pequeña, algo desanimada con la marcha de Sarah.

—Lo sé, pero no es solo eso. Son cosas de mayores.

Sheila vio que la tristeza amenazaba con instaurarse en los ojos de la niña y quiso desviar el tema con la apertura de regalos.

—Emma, cielo. Tú serás la encargada de elegir un regalo para cada uno, pero solo uno. Están todos debajo del árbol con los nombres. Ve —la animó Sheila y esta lo hizo.

Emma comenzó a repartir a cada uno cajas perfectamente envueltas, mientras recitaba en voz alta los nombres, notando entonces que para ella no había regalo.

—¿Y para mí? —dijo, cruzándose de brazos.

—Para ti, tengo algo muy especial, y Papá Noel mañana dejará el resto bajo el árbol. Recuerda que él solo reparte en Nochebuena para los niños.

—¡Es cierto! No había caído —dijo con toda la inocencia.

—Ten. —Sheila le entregó una bolsa decorada—. Espero que te guste y que haya acertado con la talla.

—¡Me encanta! —exclamó Emma, estirando un jersey navideño verde con la cara de un reno con un gorro de Papá Noel, el mismo que lucían todos los Morgan esa noche.

—Lo he hecho especialmente para ti esta semana. Este jersey representa tu llegada a la familia. Es un Morgan original.

—¿Y para papá?

—Me temo que para tejerle un jersey a tu papá necesitaría más de una semana. ¡¿No has visto lo grande que es?! Pero prometo que me pondré a ello en cuanto pase Hogmanay y lo tendrá para el próximo año.

—Te lo agradezco mucho, Sheila —dijo Jude, abrazándola amistosamente.

—Es un placer, además, he hablado con el párroco y está buscando grupos de apoyo que queden cerca de Fort Augustus —le dijo en voz baja, pero captando la atención de Peter.

Todo el mundo estaba encantado con sus regalos, incluido Jude al que Sarah le había comprado un cinturón para herramientas.

—Espero que te guste. No es gran cosa, pero pensé que te vendría bien —le dijo.

—Me encanta, de verdad.

—A mí me ha tocado otro par de zapatillas de estar por casa, mi madre no falla —rio ella, enseñándole su regalo con una mueca.

—Yo también te he comprado algo —dijo Jude.

—¿Lo has dejado bajo el árbol con todos los demás?

—No, quería dártelo personalmente —respondió, sacando del bolsillo de su pantalón una caja pequeña.

—Una caja como esta suele significar algo caro, no tenías que haberlo hecho —dijo ella, mirando la cajita sobre la palma de su mano.

—Ábrelo —dijo Jude con una sonrisa expectante.

Sarah no dilató más el momento y comenzó a desenvolverla. Cuando le hubo quitado el papel y levantó la tapita del pequeño estuche de terciopelo rojo burdeos, se quedó maravillada con lo que contenía.

—Jude, es precioso. —Sarah sostenía la cadena y observaba entusiasmada el corazón formado por dos alas de ángel.

—Lo vi y pensé que debías tenerlo, porque eres un ángel y me has robado el corazón. Representa todo lo que eres para mí y para Emma.

—No sé qué decir.

—No digas nada, solo pónitelo y llévalo siempre contigo. No quiero que te olvides de nosotros, al igual que nosotros no nos olvidaremos de ti jamás.

—No me hagas esto, Jude.

—No quiero que te vayas, Sarah. No sé si podré soportarlo.

—Podrás, sé que lo harás y vendré a veros siempre que me sea posible —le dijo, reteniendo las lágrimas—. No hablemos más de esto, no quiero ponerme triste. Es Nochebuena.

—Está bien —dijo Jude en voz baja.

Sarah le sonrió, y, tratando de recuperar el ánimo, le echó un vistazo a su familia que, feliz junto al árbol, canturreaba un villancico a viva voz, pero entonces vio algo que volvió a entristecerla. Emma estaba sentada sola en un sillón con el jersey navideño puesto, abrazando a Logan, con una cara de inmensa pena.

—¿Qué te pasa Emma? —le preguntó.

—Estoy enfadada.

—Eso ya lo veo. Se te ha arrugado la nariz como a una uva pasa.

—He tenido una conversación desagradable con Logan. Me prometió un regalo que no me ha traído.

—Bueno, ya has oído a la abuela. Aún falta que venga Papá Noel esta noche. Quizá tu regalo esté debajo del árbol mañana.

—No lo creo, no es algo que pueda envolverse.

—¿Qué es entonces?

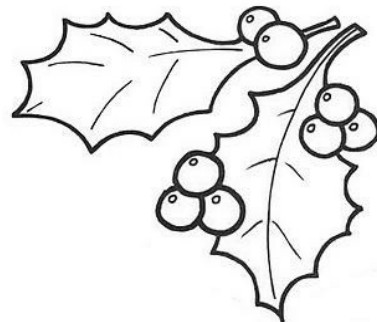
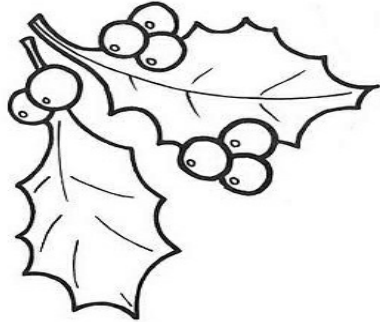
—No puedo decírtelo.

—Entonces es porque aún albergas la esperanza de que ese regalo se haga

realidad.

—Es posible —dijo, levantándose del sillón para marcharse a otro lado.

Tras pasar una hora más en familia, los hermanos y cuñadas de Sarah se despidieron hasta el día siguiente. Las celebraciones no habían hecho más que comenzar, y toda la familia quedó en reunirse temprano para desayunar y preparar el festín de medio día.



—Ha sido una noche fantástica —afirmó Jude, apoyado en la puerta de la habitación de Sarah. Acababan de acostar a Emma que, aunque seguía triste y enojada, estaba muy emocionada con la visita nocturna de Papa Noel.

—Sí, aunque me temo que Emma está enfadada conmigo.

—Se le pasará.

—Eso espero, o no me lo perdonaría en la vida.

—Pues quédate aquí con nosotros.

—Por favor, no empecemos otra vez. Cada vez que tenemos esta conversación me duele.

—Lo siento. Sé que dije que no iba a presionarte, pero no puedo evitarlo.

—Jude se acercó a ella y le besó la frente.

—Gracias por el colgante, es precioso —dijo Sarah, tocándose el cuello.

—Tú lo eres mucho más. No hay joya que pueda compararse a lo mucho que brillas tú y a toda la luz que irradias.

—Siento que mi regalo es muy cutre —le repuso, refiriéndose al cinturón de herramientas que había comprado a las prisas en la ferretería del señor Barts.

—No lo es, además, lo voy a necesitar.

—¿Cuándo empiezas?

—Bill quiere que sea cuanto antes, pero le he dicho que necesitaré unos días para trasladar todas mis cosas desde Edimburgo y buscar una casa aquí. Además, tengo que matricular a Emma en el colegio.

—¿Cómo se ha tomado la noticia?

—Bien, es una niña que se adapta bien a los cambios y tu madre ha

supuesto un plus, así que está encantada.

—No lo parecía cuando le he dicho que yo no iba a quedarme.

—Supongo que eso la ha entristecido un poco, aunque yo no le dije que ibas a hacerlo.

—Sé que no, pero creo que ese era el deseo de Navidad que le había pedido a Logan.

—Yo también se lo había pedido, pero ese Logan nos ha salido rana — dijo Jude sonriendo.

—Es tarde, deberíamos irnos a la cama.

—¿Sería indecoroso que te pida que durmamos juntos? —Jude le acarició el pelo y la mejilla.

—No lo sé, prueba a ver —le respondió, tirando de él al interior de su habitación.

El día de Navidad Jude se despertó pronto. Tras hacer el amor, se habían quedado dormidos. Aún bajo las mantas, se quedó mirando el techo. El día de antes con la emoción del momento, había visto claro lo de mudarse a Fort Augustus, pero ahora la idea de que tal vez eso no serviría de nada, si no era con Sarah, lo estaba atormentando. En la penumbra, la respiración de ella se colaba por sus oídos, entremezclándose con sus pensamientos, y por un segundo pensó que despertarse cada mañana sin ese sonido de fondo sería una estupidez y algo inviable, que nada de lo que hiciera iba a cambiar sus pasos si ella no andaba a su lado. Alargó el brazo y, cubriéndola con él, la acercó a su costado. Paz. Calma. Gloria. Estar con Sarah era el único camino para la salvación, saber que podía compartir con ella cada cosa: buena o mala, que ella sería parte de sus días, que construirían juntos un futuro mejor. Pero eso no sería posible si ella no tomaba la decisión de quedarse. Hundió la nariz en su cabello oscuro y lo olió. El olor de hogar que este emanaba le invadió las fosas nasales y sintió entonces cómo el dolor de separarse de ella lo llenaba entero.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. La voz de Peter les siguió.

—Sarah, ¿estás despierta?

A su lado, Sarah se removió entre las sábanas, todavía dormida, y Peter volvió a golpear la puerta con un poco más de ahínco.

—¿Sarah? —insistió, subiendo el volumen.

Jude lanzó un rápido vistazo a la habitación, buscando donde esconderse,

antes de que el padre de Sarah tuviera la brillante idea de abrir la puerta. Estantería de libros, armario empotrado, cortinas, mesita de noche... No. Muy improbable que ninguna de esas opciones consiguiera ocultarlo.

De un rápido movimiento, salió de la cama y se metió debajo de su estructura. La puerta se abrió y Peter entró en el dormitorio.

El padre de Sarah estaba preocupado y molesto. Nadie le había hablado de los problemas personales de ese chico, que a las claras tenía una relación con su hija. Cuando escuchó a su mujer susurrarle al oído lo de los grupos de apoyo, preguntó a sus hijos, aprovechando la distracción de los demás, y estos confirmaron sus sospechas.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde del colchón. Sarah seguía dormida, pero tenía que hablar con ella. En esa casa de locos era prácticamente imposible encontrar un minuto de intimidad. Apoyó la mano en su hombro y la sacudió levemente, sin ánimo de asustarla. Pero no lo consiguió, Sarah abrió los párpados, sobresaltada.

—¿Qué sucede, Jude?

—¡¿Cómo que Jude?! —dijo Peter, extrañado. Tal vez lo de ir hasta allí a esas horas no había sido una buena idea.

—¡¿Papá?! —preguntó ella, ahora confundida.

—Sí, creo que lo soy —respondió el hombre, absteniéndose de preguntarle por qué había supuesto que se trataba de Jude.

Sarah se dio la vuelta y trató de enfocar en la penumbra la figura que había a su lado. No entendía qué hacía su padre allí, y ¿dónde estaba Jude? Supuso que debía haber regresado a su dormitorio tras dormirse ella.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las siete.

—¿No es muy pronto?

—No para mí —le respondió Peter, que siempre se levantaba a las cinco.

—Pero es Navidad —le reprochó Sarah, extendiendo la mano para encender la lamparilla sobre la mesita.

—Tenía que hablar contigo.

—¿Ahora? ¿No hay más horas en el día? —Sarah se sentó y miró a su padre.

—En esta casa imposible. Es importante y luego no sé si tendré ocasión.

Sarah asintió y dijo:

—¿Y bien?

—¿Por qué nadie me había dicho que Jude es alcohólico?

—¿Perdón? —preguntó Sarah, abriendo sus ojos claros de par en par.

—Solo me preocupo por ti, hija. Sé que tienes algo con ese hombre, algo serio por lo que he podido ver, y me preocupa que pueda darte mala vida.

—¿Dónde has oído eso de la mala vida? ¿En un telefilm trasnochado?

—No me hables de ese modo, Sarah Jane Morgan.

—Lo siento, papá —dijo ella, agachando la vista—. Entiendo que estés preocupado, pero Jude no es como tú crees y, además, va a recuperarse. Ha hecho grandes progresos y ha decidido quedarse aquí para poner en orden su vida y la de Emma.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Vas a poner en orden la tuya? —quiso saber Peter, muy preocupado por el bienestar de su hija.

—No sé a qué te refieres exactamente con eso.

Peter suspiró.

—No voy a negarte que me preocupe la condición de ese hombre, pero también me preocupa tu felicidad. Cuando me refería a algo serio entre vosotros estaba hablando de sentimientos fuertes. Los mismos que sentí yo cuando vi a tu madre por primera vez. Era de las pocas chicas negras del pueblo en aquel entonces. Un ángel de chocolate caído en Fort Augustus para llenar todo mi mundo y toda mi vida. Este pueblo tiene poderes mágicos, Sarah, poderes que hacen que la gente sea muy feliz. Si quieres a ese hombre y él te quiere a ti, harás lo correcto. Ninguna hija mía brinda la mano a quien lo necesita y después lo deja solo con el corazón maltrecho, entonces no sería una Morgan. —Peter le dio un beso en la frente y luego salió de su habitación, dejándola pensativa. Todos en su casa parecían tener más claro que ella misma que era lo mejor para ella.

Un ruido bajo la cama la alertó. Dio un salto sobre el colchón asustada. ¿Qué era aquello?

—Sarah —dijo la voz de Jude, desde allí.

—¿Jude? ¿Qué haces debajo de mi cama?

—Esconderme. He oído a tu padre y he pensado que lo mejor era desaparecer —respondió asomando la cabeza.

—¿Y has cabido ahí abajo?

—A duras penas. —Jude se puso en pie y todavía desnudo se desperezó, estirando la columna vertebral.

—Y por supuesto que has escuchado la conversación —afirmó Sarah.

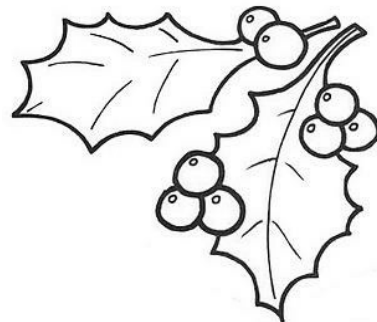
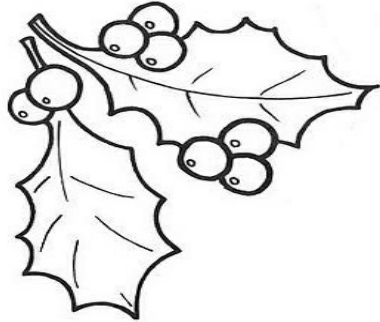
—Sí, lo siento. Siento estar ocasionándote tantos problemas con tus padres. Está claro que quieren que vuelvas desde hace tiempo y mi presencia y la de Emma les ha brindado la ocasión en bandeja.

Sarah se encogió de hombros y suspiró.

—Eso parece —respondió pensando de nuevo que quizá todos tenían razón y que ella era la única que se equivocaba por insistir en mantener esa vida que había levantado en Edimburgo, pero que cada vez parecía tener menos sentido. Su trabajo en la tienda de suvenires le gustaba, pero no tanto como para anclarla a la ciudad. Sus amigas eran grandes amigas, pero cada una había hecho su camino y ella apenas pintaba nada en sus planes. Y ella... Ella había conocido a Jude, un hombre maravilloso, que la amaba y al que la vida no había tratado bien, con una hija adorable y que le había conquistado el corazón, y un problema gordo con el alcohol. ¿Qué debía hacer? ¿Qué le pedía el corazón?

—Volveré a mi habitación antes de que Emma se despierte —dijo Jude, vistiéndose con la ropa que había quedado amontonada sobre la alfombra en el momento de pasión, y que afortunadamente Peter no había visto.

—Sí, ten cuidado, no vayas a cruzarte con mi padre —le avisó Sarah, saliendo de la cama para vestirse.



Cuando Sarah entró en la cocina, sus padres se encontraban allí desayunando. Sheila no había escatimado en nada y sobre la mesa había fuentes con cantidades industriales de huevos fritos y panceta, tostadas, mermeladas caseras de varios sabores y mantequilla. Su padre al verla le guiñó un ojo desde su lugar en la mesa y entonces ella entendió el mensaje que este había querido darle esa mañana. Su verdadera preocupación no era que Jude pudiera acarrearle problemas, sino que Jude no pudiera superar verse solo en Fort Augustus sin ella. De nuevo se sintió triste. ¿Hasta cuándo perduraría esa tristeza? ¿Podría dejar algún día de sentirse así?

—Siéntate, cariño —le pidió su madre, viéndola parada en la puerta—. Parece que has visto un fantasma.

—Tal vez sí —dijo ella, acercándose a la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá he visto el fantasma del futuro —respondió, refiriéndose a uno de los personajes del famoso libro de Charles Dickens *Cuento de Navidad*.

—¿Como el del señor Scrooge? —preguntó Sheila riendo.

—Más o menos, no tan lúgubre —rio Sarah, tomando asiento y cogiendo una tostada para abastecerla con una buena capa de mantequilla. En ningún lugar del mundo las tostadas eran comparables ni de lejos con las de casa de sus padres.

—¿Y qué te ha enseñado? —quiso saber Sheila, esta vez refiriéndose a la moraleja de ese libro.

—Creo que no quiero terminar viviendo sola con mis gatos.

—Tú no tienes gatos. —Sheila la miró fijamente.

—¡Pues peor me lo pones! —Sarah soltó una risa a duras penas.

—¿Qué tienes en esa cabecita? Dinos. —Su madre, alargó la mano y le acarició levemente el brazo, animándola a sincerarse.

—Lo que tengo ahora mismo en la cabeza es un lío tremendo.

—Eres muy cabezota.

—Puede que lo sea, pero tú lo eres más.

Sheila se encogió de hombros y le brindó una sonrisa.

—Haz lo que tengas que hacer, hija. La cabeza está para pensar, pero no siempre lleva la razón. A veces el corazón debe mandar.

—Mi corazón está como loco desde que conocí a Jude —dijo, sin pararse a pensar mucho, y enseguida sintió que se le calentaban las mejillas por la vergüenza de decir aquello delante de sus padres.

—Eso es por algo —dijo Peter.

—Lo sé —admitió ella.

—Buenos días y feliz Navidad. —La voz de Jude los interrumpió.

—Buenos días y feliz Navidad, hijo —lo saludó Peter con una sonrisa.

—Buenos días, Jude. ¿Y Emma? —preguntó Sheila.

—Sigue durmiendo. Ayer se acostó tarde y se le han pegado las sábanas.

—Déjala dormir entonces. Ven, toma asiento y desayuna tranquilo con nosotros. —Sheila le señaló una silla.

—Gracias, Sheila. —Jude se sentó al lado de Sarah.

—Buenos días, Sarah —le dijo, dedicándole una mirada de adoración.

—Buenos días, Jude.

—¿Es que no os habéis podido saludar antes? —intervino burlón Peter.

—¿Cómo dices? —preguntó su hija, sorprendida.

—Nada, nada, cosas mías —respondió Peter, metiéndose una loncha de panceta en la boca.

—Tiene todo una pinta formidable —afirmó Jude, sirviéndose dos huevos fritos, y obviando lo que había querido insinuar Peter—. Echaré mucho de menos tus comidas, Sheila —comentó mientras añadía un par de lonchas de panceta a su plato.

—Ya sabes que puedes venir cuando quieras —le recordó Sheila.

—Gracias, pero solo podré hacerlo muy de vez en cuando, a mi pesar.

—¿Por qué dices eso, hijo? Si vamos a vernos casi a diario —le repuso ella entre risas.

—No lo creo. —Jude sacudió la cabeza a la vez que masticaba.

Sarah lo miró extrañada, sin entender a santo de qué venía todo aquello.

—No te entiendo —dijo Sheila.

—Ni yo. —Sarah lo miraba intrigada.

—Lo que quiero decir es... —Jude las miró a las dos, pero luego concentró la mirada en Sarah—... Que he decidido que no me quedo en Fort Augustus.

—¿Cómo?! —Los tres lo miraron con los ojos abiertos como platos.

—Me voy a Edimburgo. Me voy con Sarah. Iré donde ella quiera estar.

—Pero Jude, ¿y ese trabajo en la carpintería? —preguntó Sheila que, con ese cambio de rumbo en la decisión de Jude, perdía toda esperanza de que Sarah decidiera regresar.

—Me encanta y os agradezco mucho que me lo consiguierais, pero también tengo un trabajo esperándome en Edimburgo. No es lo mismo, pero es un buen trabajo, al fin y al cabo. Y lo que necesito es trabajar y ganar dinero para mantenernos, no importa que tampoco sea tan de mi agrado. Lo importante es que Sarah y yo estemos juntos. Y ya lo he dicho, iré donde ella quiera estar.

Sarah lo miraba sin salir de su sorpresa. Estaba feliz porque él finalmente hubiera decidido volver con ella, pese a que para ello tenía que renunciar a un trabajo de carpintero y vivir en la tranquilidad y seguridad que le brindaba un lugar como Fort Augustus. Sabía que juntos podrían con todo, que Jude podría vencer su adicción y construir algo sólido y duradero, pero ella también había tomado su propia decisión.

Jude seguía con la vista clavada en ella, esperando que dijera algo.

—Te quiero, Sarah. Te quiero con toda mi alma y mi corazón, y mi hija también. He tenido la gran suerte de conocerte y solo Dios sabe por qué me has hecho un hueco en tu corazón. Y yo lo único que sé con certeza es que no quiero perderte. No quiero pasar un solo día sin verte. Sin escuchar tu voz. Sin abrazarte. Sin besar tus labios. Sin...

A Peter le sabía mal cortar aquella declaración tan bella que estaba teniendo lugar en la cocina de su casa, pero no deseaba seguir escuchando todas las cosas que Jude no soportaría no tener o hacer si Sarah no estaba con él. Así que, se vio obligado a intervenir.

—¡Para, hijo, para! ¡Me van a subir los colores escuchándote!

—Perdone, señor Morgan, me he venido un poco arriba —se excusó Jude, dibujando una tímida sonrisa. Miró de nuevo a Sarah, a la que las lágrimas empezaban a agolpársele en los ojos—. Iré donde tú quieras ir. Estos días contigo han sido los mejores de mi vida. He comprendido que tú eres mi

hogar. Mi felicidad. Mi magia. Me completas.

Se puso en pie y la instó con un gesto de las manos a hacer lo mismo.

—Y yo iré donde tu estés —musitó ella, emocionada, levantándose de la silla.

Se miraron por unos instantes y, dando rienda suelta a sus sentimientos, se besaron apasionadamente, para regocijo de Sheila y pudor ajeno de Peter, que desvió la mirada para no tener que ver a su hija en esa situación.

Unos grititos infantiles pusieron fin a aquel beso. Jude se separó de los labios de Sarah y miró sonriendo hacia la puerta, donde Emma, en pijama y con el cabello hecho un desastre, daba brincos de alegría.

—¡Os estáis besando como en las pelis de mayores! —exclamó feliz la niña.

—¡Mira quién se ha levantado! —dijo Sarah, acercándose a la pequeña.

—¡Sarah, Sarah! —La niña saltó a sus brazos—. ¡Os estabais besando, ¿verdad?! Eso es porque os queréis. ¡Viva, viva! Ya tengo mi regalo de Navidad.

—¿Y cuál es, pequeñaja? —le preguntó Sarah, rascándole la barriguita.

—Tú —respondió, abrazándola con todas sus fuerzas—. Tú eres el mejor regalo del mundo —susurró con la boca pegada a su cuello.

—Y tú el mío. —Sarah ya no pudo aguantar más y arrancó a llorar.

—¿Por qué lloras, Sarah? —preguntó Emma, que había notado la humedad de sus lágrimas, mojándole las mejillas.

—Lloro de felicidad —le respondió.

—Vamos a estar siempre juntos, los tres, ¿verdad?

—Por siempre, jamás —afirmó Sarah con vehemencia.

—¿Aquí?

Sarah asintió varias veces, incapaz de hablar, y tras eso miró a su madre que, con la boca abierta y el corazón en un puño, contemplaba la escena.

—Iba a decíroslo antes. He decidido que quiero volver a vivir en Fort Augustus.

Sheila se llevó las manos a la boca, henchida de felicidad, y miró fugazmente a su marido que, como ella, estaba radiante por la emoción y conteniendo las lágrimas a duras penas.

—¡No! —dijo sin poder creérselo.

—Sí, mamá. Este es mi hogar.

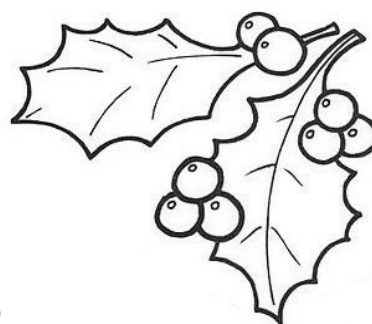
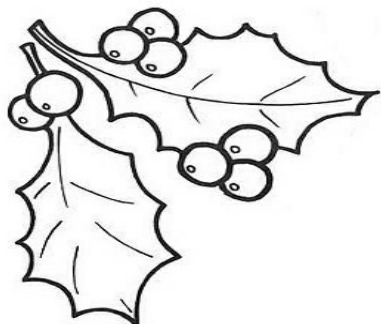
Jude, también emocionado, se acercó a sus dos mujeres y las rodeó con sus largos y fuertes brazos, levantándolas en el aire por unos segundos. Ellas

gritaron sorprendidas y contentas. Él también tenía su mejor regalo. La felicidad completa entre sus brazos. No se podía pedir más a la vida, ni tampoco a esa mágica Navidad en Fort Augustus.

—Mirad dónde estamos —canturreó feliz Emma, señalando con su pequeño índice el dintel de la puerta.

—¡Vaya por Dios, ahora no tendremos más remedio que besarnos los tres! —exclamó su padre, fingiendo sorpresa, mirando la rama de muérdago.

—¡A la de tres! —gritó la pequeña. Pero antes de empezar la cuenta, dos pares de labios ya se habían posado en sus dos mejillas.



Epílogo

Diciembre, dos años después...

Mi vida,

Eso es lo que eres, mi vida. Porque toda mi vida cambió el día que llegaste hace dos años y me llenaste por completo con ese amor que nunca antes había sentido. Había amado mucho, había querido mucho, pero hasta que tú apareciste no comprendí el verdadero significado del amor. Por eso quiero agradecerte que me hayas descubierto este mundo diferente de cariño y protección. Me siento diferente desde que estás en mi vida. Me siento más fuerte y más vital, porque estoy dispuesto a todo por ti. También me siento más seguro, porque por primera vez sé que formo parte de la vida de una persona de forma inevitable, con un lazo que no se romperá jamás, pues de nuevo a Emma y a mí nos haces un regalo con la pequeña que acaba de nacer, fruto de nuestro amor. Y eso es lo que me da fuerza. Tú me das la fuerza, la alegría y mantienes mi sonrisa. Pero también me mantienes alerta, siempre dispuesta a protegerme, a querernos y a darnos todo. A cambio, recibo la certeza de que me quieres, de que te quiero y de haber descubierto por fin el amor eterno, ese para siempre que he encontrado sin buscarlo. Quiero que sepas que pase lo que pase siempre me tendrás a tu lado. Sé que nunca estaremos solos, que estaremos irremediabilmente unidos hasta

el final y más allá. Estás a mi lado leyendo mi carta de Navidad y tu sonrisa me ilumina el corazón.
Que esta Navidad convierta cada deseo en flor, cada dolor en estrella, cada lágrima en sonrisa, cada corazón en dulce morada.
¡Feliz Navidad!

Jude, Emma y Megan

P.D: ¿Te quieres casar conmigo?

Sarah, que sostenía a la pequeña Megan, dejó la carta a un lado y entregó la bebé a Sheila, que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja por la emoción. Jude le había pedido que leyera la carta en voz alta y todos los Morgan habían podido escuchar sus palabras. Centró la mirada en Jude que, frente a ella, le sonreía nervioso.

—Por supuesto que sí. Estos dos años han estado llenos de bendiciones y hemos sido testigos de grandes milagros... Casarme contigo es lo que más deseo en este mundo.

—Entonces no dilatemos más el momento. —Jude sacó una cajita y la abrió, arrodillándose ante ella—. Sarah Jane Morgan, pasa una vida entera conmigo.

Todos los Morgan se acercaron a ver el anillo y Sarah se lo colocó en el dedo, mostrándoselo.

—Anda que tú podrías haberte estirado un poco cuando me pediste matrimonio —regañó Holly a Mark, dándole un codazo.

—Nos has dejado a la altura del betún, cuñado —dijo Ewan entre risas.

—Venga, muchachos, sentémonos a la mesa. Ha llegado el momento de celebrar otra inolvidable Nochebuena —dijo Sheila, pletórica de felicidad.

FIN

¡Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo!